
Una Temporada en Londres II
Seducidos por el Escándalo
Sheyla Brinstong

Series: Una Temporada en Londres II
Seducidos por el Escándalo
Sheyla Brinstong
All rights reserved ISBN: 9798878129657
Kindle Direct Publishing
Ediciones Kasai

Sheyla Brinstong

Seducidos por el Escándalo

Una Temporada en Londres II

Para Sara S.
quien me inspiro esta historia, susurrándome sobre lo que deseaba leer en mí próxima novela.

Espero haber estado a la altura
de sus expectativas.

S.Brinstong

Argumento:

Eran poco más que unos niños cuando les impusieron aquel matrimonio, secreto y olvidado.

Descubiertos por la sociedad, no les quedo más remedio que aliarse para sortear el escándalo.

Independientes y testarudos no se someterían fácilmente a la voluntad del otro.

Y mucho menos expondrían su corazón en aquel matrimonio sin sentido.

Prólogo

25 de mayo de 1807

Oliver notó que el coche se ralentizaba para entrar en la glorieta de la finca y se estiró perezosamente, incorporándose, estaba nervioso.

Habían viajado durante toda la noche desde Eton, su padre había mandado el carruaje a buscarle, sin ningún tipo de explicación, salvo la de que debía volver a casa de inmediato.

No era un buen momento para dejar el colegio, estaban los finales, antes de comenzar las vacaciones de verano y sus notas se resentirían, pensó preocupado por la reacción de su padre si no eran perfectas, pero nadie era tan valiente como para ignorar un requerimiento del Marqués.

Un escalofrío le recorrió la espalda, tantas veces golpeada por la fusta de su caballo, solo de pensarlo. Aunque a sus dieciséis años, ya se sentía como un hombre, eso no impediría a su padre castigarle si pensara que debía impartir disciplina en su vástago.

Apenas había puesto un pie en el vestíbulo cuando vio salir a su padre de la biblioteca e ir hacia él.

—Al fin has llegado —le saludó con sus rudos modales de siempre—. Tenemos que irnos.

—¿Pero a dónde? —le preguntó acelerando el paso para ir tras él, el cual ya había salido de la casa y bajaba la escalinata de entrada.

—A la capilla.

—¿A la capilla? —le preguntó, eso no tenía sentido.

Su padre rara vez visitaba la capilla, solía acudir todos los domingos a los oficios en la parroquia del pueblo. No porque fuera un hombre religioso ni nada por el estilo, sino para que sus vecinos le vieran y no pensaran que era un hereje.

Acudir a los oficios era una de esas tradiciones que su padre se empeñaba en mantener, pero en las que no creía.

—Te lo contaré por el camino, muchacho, si es que eres capaz de caminar a mi lado y mantener el ritmo.

Oliver aceleró el paso y se colocó a su izquierda, acomodando sus pasos a los suyos.

Hacía tiempo que había aprendido que colocarse a su derecha solo estaba reservado para su heredero.

Tal y como decía la biblia ” … *subió al cielo y se sentó a la derecha del padre …”*, que Matthew no estuviera allí, no le permitía ocupar su lugar.

—Padre … —le apremió lleno de curiosidad.

—Hoy es un gran día, por fin, servirás para algo a esta familia y yo podré pagar la deuda de honor que contraje con su hermano, el Conde de Trevon, en la batalla de Yorktown donde falleció salvándome la vida.

—Ah —dijo aún más confundido que antes.

—Hoy te casarás con su sobrina, procurándoles así el sustento que tanto necesitan.

—¿Qué? —preguntó tropezándose con sus propios pies, sorprendido—. No voy a casarme con nadie —gritó parándose en seco en mitad del camino.

—Lo harás —afirmó categórico sin dignarse a mirarle—. El carruaje saldrá de vuelta en unas horas, de esta boda depende, si regresarás a Eton y a tu privilegiada vida, como parasito total que

no sirve para nada, mi segundo hijo, o a Escocia, a reunirte con tu hermano —sentenció.

—No te atreverás —contestó entrando en pánico.

Él le había escrito en un par de ocasiones, contándole las horribles torturas a las que le sometían, para reeducarlo en la más absoluta obediencia a sus mayores que le dieron la vida.

Respiró hondo, tratando de calmarse, puede que aún pudiera razonar con él, aunque nunca le había visto cambiar de parecer cuando ya había tomado una decisión.

Pero tenía que intentarlo.

—Seguro que hay otra solución, padre.

—Ninguna que sea decente y no comprometa la reputación de la Baronesa —esperó unos segundos a que dijera algo al respecto, pero continuó al ver que permanecía en silencio—. Si la instalara en la casa de la viuda y la asignara una cuantiosa cantidad para gastos, todos pensarían que está siendo mantenida por ser mi amante —le explicó pacientemente—. Vuestra boda con su hija hará callar los rumores.

—¿Lo es? —no pudo evitar preguntarle.

Su padre se volvió a medias y le recorrió con su mirada altiva, fría como el hielo.

—Eso carece de importancia —le reprimió por su impertinencia—. Tu no eres más que mi segundo hijo, nunca tendrás mi título, condenado al clero o al ejército, según la tradición. Por lo que eres él más apropiado para tomar por esposa a la simple hija de un Barón arruinado, sin familia, ni contactos que beneficien al Marquesado —le explicó dejándole muy claro lo que esperaba de él—. Vuestro casamiento no deshonrará a nuestra familia ni a nuestro buen nombre —concluyó, cruzando el umbral de la puerta de la capilla y adentrándose en su interior.

Oliver se tomó un momento, tratando de darle sentido a toda esa locura. Tan solo tenía dieciséis años y su padre deseaba casarle esa misma mañana con una total desconocida. No estaba listo para tomar esposa, pero la alternativa era impensable. Tomó una respiración profunda y cruzó el umbral.

Vio que junto al altar le esperaban, el párroco de la aldea, su padre y una mujer vestida completamente de negro, se imaginó que sería la Baronesa viuda que su padre le había mencionado.

A su lado una niña, de poco más de doce años, si es que era tan mayor. Con sus largas trenzas rubias, abrazando un cachorrillo junto a su pecho, sonriendo.

Solo con verla le dieron ganas de salir corriendo, pero la mirada acerada de su padre, sobre él, le obligaron a reunirse con ellos, frente al altar.

El párroco comenzó a oficiar la ceremonia inmediatamente.

—Lady Euphemia Hatley, aceptáis a este hombre por esposo.

Silencio, Oliver se volvió hacia ella extrañado.

—Fanny, ya sabes lo que tienes que contestar o si no —la amenazó veladamente su madre.

Vio como levantaba la mirada hacia ella con miedo, para después volverla hacia el cachorro sonriendo, le acarició la cabeza con cariño al tiempo que decía.

—Sí, quiero.

Oliver no tuvo ninguna duda de que no era a él a quien tomaba por esposo, ni que siquiera entendía nada de todo eso, sino a su adorado perro.

Levantó la mirada para sonreírle con su pecoso rostro, era la sonrisa más sincera que había visto en su vida, haciendo que su corazón se acelerara al contemplarla.

—Te toca responder —oyó decir a su padre sacándole de su ensoñación—. Tú decides el destino de tu próximo viaje.

Oliver captó la amenaza en su voz y se volvió hacia el párroco.

—Sí, quiero —pronunció cada palabra de forma firme y segura ante el altar y ante Dios.

—Pues yo os declaro, marido y mujer —les sentenció—. Puedes besar a la novia.

Oliver se inclinó y depositó un suave beso sobre sus labios.

Fanny le miro sorprendida, sin entender a qué había venido eso, por qué la había besado ese desconocido de esa manera, se preguntó, ese sería el marido del que su madre le había hablado.

Se suponía que se marcharía y no volvería a verlo, mientras que ella se quedaba con su perrito y se instalarían en una bonita casa, donde nunca volverían a pasar hambre.

Nadie la había hablado de besos y menos con alguien que tenía la cara llena de granos, además de no ser muy guapo que digamos.

Frunció el ceño tratando de comprender que estaba pasando.

—Bien, ya solo queda firmar los papeles y estará hecho —dijo el párroco desplazándose a una mesa situada en un lateral de la pequeña capilla e invitándoles a que se le unieran.

Todos fueron tras él y firmaron donde les indicaban, tras ellos el viejo mayordomo de su padre y el ama de llaves, firmaron como testigos, los cuales nunca revelarían los secretos de su señor.

—Ya puedes irte, el carruaje te está esperando —le ordeno su padre despidiéndole —recuerda que este matrimonio se mantendrá en el más estricto secreto hasta que llegue el momento de revelarse.

—Sí, padre.

Oliver se volvió a mirar por última vez a su recién estrenada esposa, la cual jugaba inocentemente con su perro entre los bancos de la capilla, ajena a todo lo que estaba pasando a su alrededor.

Levantó la cabeza hacia él y le sonrió feliz.

Oliver le devolvió la sonrisa, deseándola lo mejor, antes de volverse y olvidarse de ella.

En Eton le esperaban sus nuevos amigos y numerosas tareas antes de las vacaciones.

Un año después, Matthew murió en España luchando por su país, convirtiéndolo en el heredero.

Nunca más volvió a atender los reclamos de su padre, ni declaro ante el Tribunal de anulación de su matrimonio, tal y como deseaba.

En noviembre de 1811, fue convocado a su lecho de muerte para despedirse.

—Ahora me escucharéis, vos —murmuró inclinándose sobre su oído—. Nunca anularé el matrimonio que me impusiste ni la tomaré como esposa.

Vio como se revolvía intentando decir algo, furioso. Falleció pocos minutos después.

Al día siguiente, tras el entierro en el panteón familiar, fue proclamado el decimocuarto Marqués de Bramford, tras lo cual tomo su carruaje, sin mirar atrás, con la intención de no volver nunca más.

Capítulo1

Mayo, 1816

Como cada mañana, Fanny se recostó contra el viejo roble del sendero, con el rostro semi oculto bajo la capa, de camino al trabajo, solo para verle pasar.

Muchas veces había pensado en acercarse, en hablar con él, pero en realidad no tenia nada que decirle.

Por lo que permanecía allí plantada, mirándolo en silencio, hasta que le perdía de vista y reanudaba su camino hacia el Club de los Eruditos.

Se había convertido en su amuleto, solo con verle cada mañana, sabía que ese sería un buen día.

No tardo en oír los cascos de los caballos que se acercaban por la avenida, giro la cabeza para verle mejor.

Parecía estar más serio de lo normal, se dijo preocupada, puede que hubiera perdido la carrera con sus amigos ese día.

Su corazón se encogió al ver su semblante, preocupada, la gustaba verle reír, él era un hombre alegre, sin preocupaciones, que siempre sonreía.

Tampoco es que tuviera mucho de que preocuparse, su vida estaba resuelta desde que nació. Tenía dinero, alcurnia, era querido por todos los que llegaban a conocerlo.

Se había convertido en el hombre más guapo y viril que había conocido, las damas peleaban por contar con sus favores.

Nunca había carecido de nada, su único objetivo en la vida era divertirse con sus amigos y visitar cada día, al menos, una cama de las múltiples a las que era invitado.

Él era el Marqués de Bramford, su marido.

—Como cada día, llueva o nieve, tu admiradora secreta siempre está ahí, Bramford.

Oliver giró la cabeza en su dirección con la esperanza de que ese fuera el día en que pudiera verle la cara, por fin, tenía el presentimiento de que, si lo hiciera, la reconocería, pero como cada día, permanecía oculta a su mirada.

—Algún día vas a tener que bajarte del caballo y levantarle las faldas para darla lo que quiere.

—Qué más quisiera ella. —le respondió, no estando dispuesto a tal cosa, era poco más que una sirvienta, aún no había caído tan bajo ni tenía necesidad de ello, habiendo tantas damas de la nobleza dispuestas a recibirle.

Todos estallaron en carcajadas.

Fanny había oído su conversación y se sintió insultada, ella no era una de esas mujeres bajas de moral, que se hacían llamar damas, con las que se relacionaban.

Pero el sonido de su risa hizo que su enfado se disipara, como el humo, solo por haberle hecho reír ese día había merecido la pena que se burlaran, le sonrió con cariño, así es como le gustaba verle, contento, feliz.

Les siguió con la mirada hasta perderlos de vista, antes de incorporarse y seguir su propio camino.

Oliver cada día estaba más intrigado con la extraña muchacha que les esperaba cada mañana, para verles pasar, incluso alguna tarde juraría haberla visto por allí, camuflada entre los muchos

transeúntes que atestaban el parque a esas horas.

Algún día tendría que darles esquinazo a sus amigos y acercarse a ella, se dijo, olvidándola de nuevo tras cruzar las puertas del parque, para concentrarse en el tráfico de la ciudad a esas horas.

—A llegado una nota para usted, de la casa del Duque de Ainsworth, señorita Hatley —la dijo el portero, nada más cruzar las puertas del edificio—. Puede recogerla en recepción.

—Muchas gracias, John.

Pasó por recepción para recoger la misiva, antes de continuar su camino hacia la sala privada donde trabajaba con otros escribanos copiando los libros para la imprenta.

Había sido una suerte conocer a los Condes de Kedington y poderse postular por el puesto.

No había muchos trabajos que una mujer como ella, hija de un Barón, casada con un Marqués, pudiera realizar sin poner en riesgo su reputación y la de su esposo, si llegara a descubrirse quién era y sus orígenes.

Además de que la encantaba su trabajo, esos libros eran únicos y encerraban una gran cantidad de conocimiento que no estaba al alcance de cualquiera.

También estaba el hecho de que era un trabajo bien pagado que necesitaba para sobrevivir, sus ahorros habían menguado considerablemente desde que llego a la ciudad.

La reforma de la casa y el nuevo mobiliario se lo habían llevado casi todo, sin olvidar los vestidos nuevos que había tenido que encargar para renovar su anticuado armario y no parecer una pordiosera al lado de sus otros compañeros.

Vivir en Londres estaba resultando demasiado caro para una pobre mujer como ella, no sabía cuanto más podría resistir sin tener que vender la casa y mudarse a una ciudad más pequeña, ajustada a sus posibilidades.

Por eso atesoraba cada minuto en que podía verlo en el parque dentro de su corazón, porque esos recuerdos deberían durarle toda la vida, cuando ya no pudiera hacerlo.

Rompió el sello y leyó la misiva antes de ponerse a trabajar.

Iba a ser un día muy largo y no podría volver por el parque esa tarde, así que no tendría la oportunidad de verle de nuevo, pensó con tristeza, concentrándose en lo que estaba haciendo.

Eran más de las tres de la tarde cuando termino lo que la habían encomendado, lo guardo todo en el portafolios y se despidió de sus compañeros.

Comería algo ligero en el Club antes de llevárselo a los Kedington.

Había sido una mañana larga y estaba cansada, pensó, al tiempo que tocaba la aldaba de la puerta.

—Buenas tardes, soy la señorita Hatley —se anunció ante el estirado mayordomo de los Duques —Los Condes de Kedington me esperan.

—Buenas tardes —la saludó abriendo aún más la puerta para dejarla entrar—. Esperé aquí, iré a anunciar su llegada.

—Gracias.

Fanny se sentó en un banco al lado de la puerta, admirando el hermoso vestíbulo, en el que se encontraba, todo revestido de mármol blanco, veteado en franjas doradas. La espectacular escalera, de madera clara, llamo su atención al no estar cubierta su belleza por las típicas alfombras con las que solían cubrir sus escalones en las casas pudientes.

—La señorita Hatley, ha llegado, Lord Kedington.

Oyó que decía el mayordomo.

—La recibiré en mi estudio, por favor, avise a mi esposa por si pudiera reunirse con nosotros.

—Por supuesto.

El sonido de unos pasos procedentes del otro lado del vestíbulo que se acercaban llamaron su

atención.

—Oh señorita Euphemia, nadie me ha avisado de su llegada.

—Lady Kedington —la saludó haciendo una ligera reverencia ante ella.

—Mis disculpas por hacerla venir hasta aquí, pero este golfillo —dijo alborotando el pelo con cariño al niño que estaba a su lado—. Le ha dado por ponerse pachucho justamente hoy.

—No tiene nada por lo que disculparse, milady, sé lo importante que es cumplir los plazos de entrega para la imprenta.

—Ah, aquí llega mi esposo, prometo no entretenerla demasiado.

—Señorita Hatley.

—Lord Kedington.

—¿Y tú como te encuentras jovencito?

—Mejor, papa. Mama me ha hecho tomar una de esas cosas horribles.

Fanny sonrió ante la estampa, ella nunca llegaría a tener una familia, pensó con añoranza.

—Vamos —intervino Lady Kedington, invitándolos a que la siguieran—. No debemos entretener más de lo necesario a la señorita Euphemia.

—Por supuesto que no, querida.

Oliver saltó como un resorte al escuchar de nuevo ese nombre, ¿Cuántas mujeres en el mundo podían llamarse Euphemia Hatley?, se preguntó ya sabiendo la respuesta, una y tan solamente una, su esposa.

Cruzó la biblioteca a grandes zancadas, en la que estaba reunido con unos amigos, saboreando una copa de brandy y conversando, antes de unirse a las damas en su paseo diario por Hyde Park, sorprendiendo a todos los que allí se encontraban que fueron tras él.

—Por el amor de Dios, ¿qué demonios haces tú aquí? —Vociferó colérico acercándose a ella.

Fanny se volvió hacia él aterrada, todo el color de su cara había desaparecido por completo.

No podía ser, cómo era posible que él estuviera en la casa, pensó desesperada, sin saber qué hacer.

—Nunca debiste salir de Bramfield, tenías que quedarte allí según nuestro acuerdo —gritó furioso.

Fanny levantó la cabeza envalentonada al oírle, estaba colérica.

—¿Acuerdo?, ¿cómo te atreves a acusarme a mí de romperlo? —le preguntó parándose ante él y golpeándole con un dedo enguantado en el pecho —eres el hombre más despreciable y sin honor que he tenido la desgracia de conocer.

Oliver dio un paso atrás para evitar que siguiera golpeándole.

—Supongo que te estás refiriendo a esa burla de contrato matrimonial que tu padre y madre, pactaron en nuestro nombre —le acuso —ese en el que ni tú ni yo tuvimos nada que decir y contra el cual lo único que pudimos hacer fue acatarlo.

Oliver era consciente del silencio que se había instaurado en el vestíbulo, lugar al que acudieron el resto de la familia atraídos por sus gritos.

Oliver abrió la boca para contestarla como se merecía, pero estaba claro que aún tenía mucho que decir.

—Te falto tiempo para echarme de mi casa y retirarme la manutención, la cual nunca me concediste como tu esposa, al día siguiente de fallecer mi madre —le escupió con lágrimas en los ojos al recordarlo —, ni siquiera la había enterrado aún.

Fanny se deshizo en llanto al rememorar aquellos días en su mente y se cubrió la cara con las manos enguantadas, tratando de ocultarlo.

—Yo … —dijo Bramford dando un paso hacia ella extendiendo los brazos para reconfortarla.

Fanny notó que se acercaba y se movió hacia la puerta esquivándolo.

—Londres era el único lugar al que podía ir, gracias a mi trabajo no necesito la ayuda de nadie y menos la tuya —le dijo llena de resentimiento.

Fanny se acercó a la puerta que discretamente el mayordomo había abierto y corrió hacia la avenida, mezclándose con los viandantes, se desvió por algunas callejuelas y se ocultó en sus callejones, no paro hasta sentirse segura de que él no la encontraría.

—Uf, tu admiradora secreta tiene un genio de la leche, quien lo hubiera dicho —comentó Lord Pembury admirado.

Bramford se volvió hacia él sin comprender a qué se refería, qué tenía que ver aquella mujer con su esposa, se preguntó pensando si Pembury no se habría vuelto loco de repente.

—Menuda mujer —exclamó el hijo pequeño del Duque admirado —y yo sin haberla prestado atención durante todos estos años.

—Samuel —corearon el resto de la familia advirtiéndole.

—¿Qué? —les respondió ofendido —las mujeres enérgicas y con personalidad propias son las que más nos atraen a los varones de Hertford.

—Buf —bufó Eloísa al oírle.

Bramford paseaba la mirada entre ellos, sin dar crédito, definitivamente todos se había vuelto locos y él no se había dado cuenta de ello, se preguntó confundido.

—Y ahora que vas a hacer, jovencito —quiso saber la Duquesa—. Porque antes de que salgas por esa puerta todo Londres sabrá que existe una Marquesa de Bramford —le dijo mirando de soslayo a los sirvientes que se movían alrededor con discreción.

Bramford siguió su mirada, comprendiendo al instante a que se refería, sintió un escalofrío recorrerle la espalda, estaba perdido, el escándalo sobre su matrimonio secreto estaba servido y no había forma de pararlo.

—Aunque respeto a la señorita Hatley, por todos los años que ha cumplido, fielmente, con su trabajo, ninguno de nosotros dirá nada al respecto —aclaró Dereck.

—Por supuesto, también puedes contar con mi silencio —se comprometió Pembury a su vez.

Bramford se lo agradeció con una ligera inclinación de cabeza.

—Pero ese no es el caso —dijo el Duque tomando la palabra—. Si quebrantaste vuestro contrato matrimonial, tal y como la señorita Hatley afirma, debes subsanarlo de inmediato.

—No quebrante nada —dijo sintiendo la furia renacer de nuevo en su interior—. Nunca echaría a una mujer desvalida de su casa y menos a mi propia esposa.

—No tengo ninguna duda de ello, pero alguien lo ha hecho —dijo Kedington—. La señorita Hatley no mentiría en eso.

—Además de que ambos sabemos que tuvo que viajar a Londres en un carro con sus pocas pertenencias de forma precipitada, aunque desconocíamos el motivo hasta ahora —dijo Eloísa empezando a entender muchas cosas.

—¿En un carro? —les preguntó, Bramford, dudando seriamente de su palabra.

—Con unos amigos granjeros que también fueron desalojados de la granja que os arrendaban, al no poder pagar, por las malas cosechas de este año —le confirmó Dereck.

—Los cuales tuvieron la amabilidad de traerla hasta aquí —añadió Eloísa.

—Debes aclarar todo esto enseguida y reparar los daños causados —le aconsejó el Duque —pero lo más importante es asegurarte de que no se repitan.

—Lo haré, excelencia, tiene mi palabra.

—Bien.

—¿Saben, por un casual donde se aloja?

—En algún lugar entre Mayfair y el barrio de las cortesanas —dijo Eloísa—. Aunque desconocemos su dirección exacta.

Bramford la miro escandalizado, si eso llegara a saberse, que se sabría, no tenía ninguna duda al respecto, limpiar su reputación sería aún más difícil, sin contar con el hecho de que toda la sociedad la repudiaría.

Ni siquiera siendo la Marquesa de Bramford se salvaría de ello.

—Pues date prisa, muchacho, el tiempo apremia —le aconsejó el Duque.

—Tiene razón, si me disculpan —se despidió—. A propósito, la señorita Hatley tal y como ustedes la llaman, es hija del Barón de Hatley, descendiente de un antiguo y respetado linaje el cual se perdió, al ser hija única, por lo que proviene de la más alta alcurnia y merece el mismo respeto que el resto de sus pares —dijo desde la puerta antes de salir al exterior.

Tomo su caballo, que ya le habían preparado, para volver a su residencia, tenía mucho en que pensar y un viaje por hacer, solo esperaba que, ya que había conseguido sobrevivir sola, durante todos esos años pudiera hacerlo unos días más hasta su regreso.

—Yo conocía al Barón —murmuró el Duque, más para sí mismo que para la audiencia —una triste historia en la que dejo a su viuda y a su joven hija, siendo aún una niña. Fuimos muchos los que quisimos ayudar ante su desgraciada situación. Me alegro de que alguien encontrara una solución, aunque no parece haber sido la correcta —dijo antes de volverse y caminar de nuevo hacia su estudio.

Dejando al resto, de las personas que le acompañaban, confundidos, sin saber a qué se refería exactamente en el vestíbulo.

Capítulo 2

Bramford entró en su residencia como un vendaval, vociferando órdenes, mientras iba directo a su estudio.

—Que preparen el carruaje —gritó a pleno pulmón—. Que mi ayuda de cámara prepare mi equipaje para una semana aproximadamente.

—Sí, milord —dijo su mayordomo que le seguía pisándole los talones, así como un par de lacayos que habían aparecido de la nada.

—Él no es necesario que me acompañe —le aclaró, tomando el pomo de la puerta —aunque si el señor Peterson, que le avisen inmediatamente.

—Sí, milord, enseguida van a buscarlo —respondió solícito—. ¿algo más?

—Partiremos en una hora, nada más por ahora, Jenkins —dijo entrando y cerrando con un portazo.

Fue directamente a la estantería de los libros de contabilidad de la finca de ese año y los extrajo.

La verdad es que nunca se ocupaba él personalmente de revisarlos, eso era trabajo del señor Peterson, quien le informaba una vez al mes de su estado y si había ocurrido algo digno de destacar durante ese periodo.

No recordaba nada así en los últimos meses, aun así, los hojeo de manera rápida buscando alguna anotación en los márgenes que se le hubiese podido pasar.

Pero no encontró nada, el señor Peterson era un buen administrador, concienzudo, que no descuidaba su trabajo e insistía en informarle hasta de la más mínima discrepancia que encontraba.

Le había contratado tras la muerte de su padre, gracias a una recomendación de Pembury, ya que era el tercer hijo del administrador de su padre en su finca. Tenían más o menos la misma edad, por lo que compartían ideas progresistas y menos arcaicas que con otros administradores más tradicionales.

Era un hombre leal y justo, Bramford confiaba en él y en que respetaría su voluntad de como deseaba llevar su patrimonio.

Si todo aquel lío resultaba ser cierto, era culpa suya, debería haber despedido al arcaico administrador de su padre en la finca de inmediato. Aunque lo cierto es que había mantenido a todo el personal al servicio de su padre en Bramfield. Mientras que en Londres apenas quedaban sirvientes que hubieran trabajado para él.

Qué estúpido había sido al pensar que seguiría sus instrucciones y dejaría de actuar como si su padre aún estuviera al frente de todo.

Sacudió la cabeza, consternado, ya no había nada que pudiera hacer al respecto, salvo asegurarse de que no volviera a suceder y compensar a los afectados.

Cerro los libros y los guardo en la cartera de cuero, los revisaría más detenidamente durante el viaje.

Fue hacia la caja fuerte, saco la carpeta que contenía su contrato matrimonial y todas las acciones que su padre había hecho después tratando de anularlo, lo único que se había traído de Bramfield tras su muerte.

Nunca la había abierto, era solo pasado, pero había llegado el momento de examinarlo y descubrir exactamente lo que habían acordado, en su nombre y en el de su Marquesa.

Siempre pensó que las cosas se quedarían como estaban y nunca tendría que enfrentarse a ese momento.

Lo guardo en su cartera y regreso al vestíbulo, no sin antes escribir una nota rápida a sus abogados. A tiempo de ver bajar su equipaje, su ayuda de cámara tan eficaz como de costumbre, pensó.

—Milord, está seguro de que no desea que le acompañe —le pregunto ya sabiendo su respuesta —puedo estar listo en tan solo unos minutos.

—No, gracias, me las apañaré solo —le respondió, levantando la vista hacia las escaleras por las que aún descendía—. Solo serán unos días.

—Como desee.

El señor Dagger también había sido contratado tras la muerte de su padre, no deseaba heredar a su estirado ayuda de cámara bajo ningún concepto. Unos años mayor que él, acababa de casarse con una de las doncellas y estaban esperando su primer hijo, que podía nacer en cualquier momento.

No era momento de embarcarle en un viaje lejos de su esposa.

En ese instante se abrió la puerta dejando entrar al señor Peterson cargado con una bolsa de viaje.

Gracias a Dios, él no tenía familia a quien dejar atrás, porque le era imposible prescindir de él si deseaba aclarar todo esto.

—Milord, el carruaje acaba de llegar —anunció su mayordomo, viendo como se detenía ante la entrada.

—Pues vámonos —dijo mirando al señor Peterson—. Le pondré al día por el camino.

—Milord, adonde debo decirle al cochero que le lleve —preguntó Jenkins cada vez más desconcertado.

—A Bramfield

Vio como su mayordomo palidecía y daba un paso atrás sorprendido, antes de recuperar su estoica compostura e ir hacia el cochero.

Subieron al carruaje y partieron, si viajaban toda la noche, podrían estar allí por la mañana, para el almuerzo, todo lo más calculo mentalmente.

Iba a ser un viaje muy largo y agotador, pues debía volver a Londres cuanto antes.

—Deberá buscar un nuevo administrador enseguida y regresar a la finca para entrenarle —comento Bramford en el viaje de vuelta, sentado frente al señor Peterson, tres días después.

—Si me permitís, ya tengo a alguien en mente.

—Entonces enviármelo para que lo entreviste mañana mismo.

—Sí, milord.

La verdad es que no necesitaba saber nada más, pero el señor Peterson se empeñó en informarle de que era un antiguo amigo suyo, compañeros de estudios, quien deseaba dejar la ciudad y trasladarse al campo, ya que pronto sería padre. No quería criar a su hijo en ese ambiente tan perjudicial para sus pulmones, lleno de inmundicias y andaba buscando una finca donde retirarse.

Bramford lo escuchaba solo a medias, aún quedaba un problema por solucionar, su esposa, algo de lo que debía ocuparse él solo y no creía que fuera a colaborar voluntariamente con lo que tenía planeado, suspiro resignado.

Peterson parecía que había acabado de hablar, por lo que se recostó en su asiento y cerró los ojos, dispuesto a descansar el resto del viaje.

Mañana sería un día muy largo y desagradable, pensó intentando relajarse.

Llegaron a Londres bien entrada la mañana, dejo al señor Peterson en su casa antes de ir a la suya, para revisar la correspondencia.

Aunque lo único que buscaba era la nota de sus abogados donde le informaran de la dirección de su esposa.

Dejó el coche de viaje y tomó su caballo, era hora de enfrentarse a la dama.

Fanny llegó a su casa sin contratiempos, él no la había seguido, abrió la puerta y Ares salió al pasillo a saludarla.

Se agachó y le acarició la cabeza con cariño, su viejo amigo y más fiel compañero, el único que había permanecido a su lado desde aquel día.

El pago por un "sí, quiero" a un completo desconocido, sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

Qué sería de ellos, ahora que los había descubierto, se preguntó dejándose llevar de nuevo por el llanto.

Ya no la quedaban fuerzas para seguir luchando, ni tenía medios para desaparecer de nuevo. Esa casa había sido toda una bendición y él no tardaría en encontrarla, ahora que sabía que estaba en la ciudad.

Dudaba mucho que fuera a ignorar su encuentro y todo permaneciera como hasta ahora.

Ares emitió un sonido lastimero, al sentir su tristeza, y comenzó a lamerle la cara, borrando las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—No pasa nada, viejo amigo, estoy bien —le dijo poniéndose en pie y caminando hacia el saloncito, dejándose caer sobre el diván frente al mortecino fuego.

Quien iba a pensar que, a esas alturas de año, tendría que mantener el fuego encendido para caldear el ambiente frío y húmedo de la estancia, parecía estar viviendo dentro de un invierno eterno, sin primavera, y dudaba que el verano fuera hacer acto de presencia ese año.

Muchas más cosechas se perderían y los granjeros serían desalojados de sus hogares, por sus viles amos, al no poder afrontar los pagos. Pensó en los Morrison quienes ya habían sufrido ese castigo por orden de Bramford.

Qué esperanza tenía ella de recibir clemencia de alguien así.

Se frotó la sien con la mano, tratando de aliviar el incipiente dolor de cabeza que se la había levantado.

No tenía sentido seguir castigándose así, imaginando los miles de infortunios que podían caer sobre ella de sus manos, solo podía esperar y rezar para que no fuera tan malo como pensaba.

Hasta entonces seguiría con su vida como hasta ahora y aceptaría el futuro que Dios la deparara, no podía hacer nada más, aunque quisiera.

Tomo una respiración profunda antes de levantarse para ir a la cocina a preparar la cena, entre unas cosas y otras, ya era bastante tarde y mañana tenía que madrugar para acudir al trabajo de nuevo.

Esa mañana no le había visto pasear por el parque, por lo que supo que sería un mal día, lo cual se confirmo en cuanto cruzo las puertas del Club y vio a Lord Kedington sentado frente a la chimenea, saboreando una taza de café mientras leía el periódico.

Supo por instinto que era a ella a quien esperaba, por qué si no estaría ahí tan temprano.

—Buenos días, Lord Kedington —le saludó yendo directa hacia él.

—Buenos días, Lady Hatley —la respondió, no usando su apellido de casada a propósito, pero sí otorgándola el tratamiento de una dama como la correspondía—. Por favor, siéntese.

Dereck esperó a que el lacayo tomara nota de su pedido antes de continuar.

—En vista de los últimos acontecimientos y a la espera de una pronta resolución —comenzó tratando de ser lo más suave posible dadas las circunstancias.

—Les he mentido sobre mi verdadera identidad y me van a despedir —afirmó convencida de ello, negándose a dejarse llevar por el pánico que sentía.

—No, por supuesto que no —se apresuró a aclararla—. Apreciamos mucho su labor y nos gustaría seguir contando con usted.

—Entonces, no lo entiendo.

—Supongo, la vida entre nuestros pares es bastante complicada y estoy seguro de que usted desconoce muchas de las arcaicas normas por las que se rigen.

Fanny le miró aún más confundida que antes, de que estaba hablando, se preguntó llena de aprensión.

—Mire, hasta que su esposo y usted decidan como se van a enfrentar al escándalo de su matrimonio secreto, es mejor que no nos vean en su compañía —la dijo yendo directo al grano —. Como bien sabe para localizar los manuscritos dependemos de la voluntad de otros nobles para que nos dejen entrar en sus bibliotecas y si nos relacionan con usted se nos cerrarían muchas puertas.

—No entiendo por qué.

—Es difícil de explicar a alguien que ha vivido siempre al margen de la sociedad, pero créame que sería así —dijo no sabiendo que más decir al respecto para aclararle sus dudas.

Fanny esperó en silencio a que continuara, él había dicho que no la despedirían, pero hasta ahora todo lo que había dicho indicaba lo contrario.

No podría sobrevivir sin ese trabajo, pensó llena de miedo por lo que la esperaba, tener que enfrentarse a su marido la parecía en esos momentos el menor de sus problemas, comparado con todo esto.

Dereck cogió su taza de café y le dio un buen sorbo, antes de continuar, ya sabia de antemano que esta conversación no sería agradable para ninguno de los dos, pero no tenían más remedio que mantenerla.

—A partir de ahora y solo mientras estas circunstancias prevalezcan, un lacayo le llevara su trabajo a casa y pasara a recogerlo cuando lo haya terminado en el tiempo estipulado —la informó—. Solo necesitamos su dirección para saber a donde lo debemos enviar.

Fanny le miró unos instantes en silencio, procesando lo que acaba de decir, era cierto que no la despediría, al menos por el momento. Con sus palabras también había dejado bien claro que no debían tener ningún tipo de contacto, ni con él ni con ningún otro miembro del grupo de caballeros que se dedicaban a buscar la biblioteca perdida de John Dee y eso incluía a sus familias.

Fanny sintió que había sido repudiada de su círculo más cercano solo por estar casada con el Marqués de Bramford.

Si todos los nobles eran como ellos no deseaba formar parte de esa sociedad, por desgracia no había nada que pudiera hacer al respecto.

Nació siendo hija de Barón, sobrina y nieta de un Conde y había sido desposada por un Marqués.

Lo quisiera o no, formaba parte de esa sociedad a la que había conseguido eludir durante

años, pero necesitaba el trabajo, por lo que no la quedo más remedio que doblegarse ante sus nuevas condiciones y claudicar.

—Por supuesto —metió la mano en su bolso y sacó un cuaderno, donde garabateó unas letras —. Aquí tiene mi dirección, milord.

Kedington tomó el papel y lo dobló antes de guardarlo en el bolsillo de su chaqueta.

—Siento todo esto —se disculpó de nuevo, poniéndose en pie y dando por terminada la reunión—. A lo largo del día le enviaremos a alguien con un nuevo manuscrito y sus instrucciones —la informó—. Que pase un buen día, Lady Hatley.

Fanny le siguió con la mirada mientras subía a la planta superior, donde se reuniría con los demás en las salitas privadas que utilizaban como oficinas, deseando poder unirse a ellos.

Se levantó despacio y camino hacia la salida, la habían despachado, solo la quedaba volver a casa y esconderse allí de todos ellos.

Capítulo 3

Aunque el barrio no era el adecuado para una mujer decente que vivía sola, a la cual podían tomar como la mantenida de algún noble desposado, la casa no estaba mal del todo.

Llamó a la puerta y esperó a que le abrieran.

Fanny estaba en la cocina, lavando las verduras que acababa de comprar para el almuerzo. Cuando los golpes en la puerta la hicieron saltar sobresaltada, no esperaba ninguna visita ese día, aún tenía tres días por delante para terminar el trabajo que la habían encomendado.

Levantó la vista hacia la ventana y vio a Ares tumbado al sol mortecino de la mañana y sonrió.

Se secó las manos en el delantal antes de quitárselo.

Los golpes en la puerta resonaron de nuevo, quien quiera que fuera parecía tener mucha prisa, pensó, tomando el pomo y abriendo.

—Ya era hora, ¿es qué no hay nadie más para abrir la puerta? —preguntó Bramford entrando mal humorado por la espera.

—Pues no.

Bramford se giró para mirarla confundido.

—¿Cómo es posible que no tengas criados? —la preguntó horrorizado.

—Simple, no puedo permitírmelos.

—Pero alguien te ayudará con la casa —insistió sin poder creerse algo así.

Fanny le miró muy seria, dejándole clara su respuesta.

—Santo dios —exclamó, girándose de nuevo y entrando por la primera puerta que estaba abierta a su izquierda.

La cual resultó ser una sala, no demasiado pequeña, que albergaba una gran chimenea en el centro.

Esta había sido dividida en dos, a la izquierda una mezcla de biblioteca, estudió, imaginó que era ahí donde ella trabajaba como escribiente para los Kedington y a la derecha una confortable zona de estar, con una mesa redonda para tres comensales y varios divanes y sillones colocados alrededor del fuego.

Le gustaba la sensación de calidez que había logrado instaurar en la estancia.

Ninguna de las múltiples habitaciones de su enorme residencia en Londres y mucho menos en Bramfield lograba transmitirle tanta paz y sosiego.

Tan solo la biblioteca era algo menos fría e impersonal que el resto de ellas.

—Si has terminado de juzgar mi humilde hogar —le increpó molesta por su escrutinio —podrías decirme a qué has venido.

Puede que en su casa no encontrara los lujos a los que estaba acostumbrado, para él debía ser tan humilde como desechable, pero Fanny estaba orgullosa de ella, porque por primera vez en su vida era dueña del techo donde vivía y la gustaba, así como estaba.

—A buscarte, es hora de que te instales en Bramford —la anunció sin más preámbulos —recoge tus cosas, tenemos que marcharnos.

Fanny abrió la boca, pero no pudo emitir ningún sonido de lo sorprendida que estaba, así que volvió a cerrarla, tomando una respiración profunda, antes de volverlo a intentar.

—Vamos, que no tengo todo el día —la increpó, viéndola allí parada como un pasmarote sin hacer nada.

—No voy a ningún lado, esta es mi casa y no me pienso mover de aquí —consiguió responderle furiosa, con los brazos en jarras, desafiante.

—Como tu marido, te recuerdo, que todo lo tuyo es mío, por lo que esta casa me pertenece.

Bramford se pasó la mano enguantada por el cabello, desordenándolo, no era así como tenía pensado llevar la conversación, pero esa mujer lo estaba desafiando con su negativa y estaba demasiado cansado como para abordarlo de otro modo, aun así, lo intento.

—Mira, para reparar tu reputación, con el fin de que no seas repudiada por todos, debemos vivir bajo el mismo techo en Bramford —enfatizó, dejándola bien claro lo inapropiado que era vivir en aquella casa siendo marqueses—. Es la única manera de acallar el escándalo que nuestro matrimonio ha provocado.

—Lo cual no me preocupa en absoluto —respondió aún más enfadada—. Me gusta mi vida ahora mismo y no pienso cambiarla por unas cuantas habladurías.

—Es mucho más que eso —la contradijo—. Lo quieras o no, ya no eres la señorita Hatley y nunca volverás a serlo.

—Por supuesto que sí.

—No y la prueba la tienes en que los Kedington y demás miembros, te han escondido tras estas cuatro paredes y rehúsan tu compañía, incluso negaran conocerte si alguna vez os cruzáis, casualmente, en cualquier lugar.

Fanny no tenía nada que objetar a eso.

—Solo es cuestión de tiempo que prescindan completamente de tus servicios —la aseguró conociendo como funcionaba su mundo—. Te dieron este último trabajo, solo con la esperanza de que regresara e hiciera lo correcto para reparar esta desafortunada situación en la que nos encontramos.

—Si es así, ya encontraré otra cosa que me permita mantenerme.

—Nada lo suficientemente decoroso para una marquesa y menos que sea admitido por esta sociedad —la explicó—. El simple hecho de que cobres un salario y no lo hagas simplemente para ocupar tu tiempo libre ya es inadmisible.

—¿Cómo puede ser inadmisible ganarse el pan honradamente? —le preguntó dudando de su juicio—. Miles de personas lo hacen cada día.

—Pero no ostentan la figura de la adinerada y poderosa Marquesa de Bramford, descendiente de alta cuna.

—Aun así, me arriesgaré —declaró no dándose por vencida.

—Basta —gritó perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. Vendrás a Bramford Hall por las buenas o por las malas.

—No puedes obligarme —le desafió desesperada por conservar su independencia, aunque presentía que hacía tiempo que había perdido esa batalla, pero no se rendiría tan fácilmente a sus exigencias.

—Enviaré a unos lacayos para que te ayuden y te lleven a Bramford antes de las cinco —dijo poniéndose en pie—. Si no has llegado para esa hora, enviaré a Scotland Yard para que te desalojen inmediatamente con lo puesto.

—No te atreverás.

—No me pongas a prueba.

—Eres … Eres …

—A las cinco, ni un minuto más —dijo encaminándose hacia la puerta sin esperar respuesta.

Fanny le vio salir y dar un gran portazo.

¿Cómo habían llegado a eso?, se preguntó dejándose caer en el sillón que él acababa de desocupar.

Tenía hasta las cinco para instalarse en la que sería su nueva residencia en Mayfair o para ser despojada de todo y tener que buscar un centro de beneficencia donde pasar la noche y tal vez el resto de su vida.

No la quedaba más remedio que ir a Bramford Hall e intentar llegar a un acuerdo más llevadero con él, pero para eso debía permanecer serena y no volverle a hacer enfadar de esa manera, pensó sintiendo renacer de nuevo un poco de esperanza en su corazón por el futuro que la aguardaba.

Escuchar a Ares arañando la puerta de la cocina, la devolvió a la realidad, si tenía que tener todo listo antes de las cinco, sería mejor que se diera prisa, se dijo, levantándose y yendo a abrir a Ares, antes de subir al piso superior y empezar a empaquetar sus cosas.

La casa seguiría estando ahí, por lo que solo se llevaría sus objetos personales, como la ropa, su trabajo y a Ares, al cual no pensaba abandonar de ninguna de las maneras, antes se uniría a la beneficencia que dejarle.

Ya volvería a por el resto de sus cosas cuando las necesitase, si es que alguna vez lo hacía.

Como media hora después, unos nuevos golpes en la puerta la sacaron de sus quehaceres. Había cumplido su palabra de enviarle ayuda, incluso había mandado una cesta con el almuerzo, anticipándose a que no tendría tiempo para prepararlo, sonrió al verla, puede que al final no fuera tan difícil dialogar con él y llegar a un acuerdo que les satisficiera a los dos, pensó tratando de animarse.

Eran las cinco menos cuarto cuando el carruaje y el carro con sus baúles se detuvo ante las impresionantes puertas de roble macizo de Bramford Hall.

Fanny había paseado por delante de la casa, llena de curiosidad por lo que ocultaba en su interior, por lo que no se sorprendió de su majestuosidad y opulencia, pero tampoco de su belleza.

Parecía que su deseo se haría realidad, pensó mientras ascendía la escalinata de mármol de la entrada, a partir de ahora sería su inquilina y podría disfrutar de su contenido.

La puerta se abrió antes de que pudiera tomar la aldaba, estaba claro que la esperaban.

—Buenas tardes, milady —la saludó el mayordomo con una ligera reverencia.

—Buenas tardes —le saludó a su vez, entrando en el enorme vestíbulo, toda la primera planta de su casa cabría en él y aun así sería más pequeña, pensó, sorprendida por su tamaño.

—Milord, la espera, si es tan amable de seguirme —la dijo tomando su capa y sus guantes para dárselos al lacayo que había tras él.

Fanny intentó no quedarse con la boca abierta, admirando las pinturas que colgaban de sus paredes.

Oyó las voces al tiempo que se acercaban a las puertas entreabiertas.

—Por fin, ha llegado —observó Bramford mirando por la ventana los carruajes—. Casi en el último minuto, para desafiarme

—Pero ya está aquí y ahora que vas a hacer con ella —oyó otra voz desconocida para ella que le preguntaba.

—Acabar con todo esto cuanto antes —oyó que se quejaba su esposo—. Necesito una noche de distracción con urgencia.

—Estoy seguro de que Agnes no tendrá ningún problema en recibirte.

—Eso espero.

—De todas maneras, algo tendrás que hacer con ella, desconoce las normas y carece de cualquier tipo de refinamiento o protocolo —le advirtió—. Si la presentas así en sociedad, será el hazmerreír de todos.

—Algo se me ocurrirá, es la hija de un Barón, no merece su desprecio, por lo que habrá que instruirla en como debe moverse en este mundo.

—¿En una semana?, imposible que esté lista para presentarla ante la corte.

—Lo estará, solo hace falta que me deje hacerlo.

Una tosecilla discreta desde la puerta les advirtió que ya no estaban solos.

—Milady, ha llegado, milord —la anunció el mayordomo, haciéndose a un lado para dejarla entrar.

—Si tú lo dices —observó Pembury al verla.

Bramford se volvió hacia él con una mirada de advertencia, no quería tener más problemas con ella de los que ya tenía, por culpa de malos entendidos.

—Milord, Ares, puede entrar en la casa o debo enviarle a los establos —le preguntó preocupada por el destino de su querida mascota—. Le he dejado en la calle al no saber como debía proceder.

Bramford tardo solo una milésima de segundo en saber a qué se refería.

—Por el amor de Dios —exclamó cruzando la biblioteca hacia la entrada.

—Suéltelo —le gritó al lacayo que lo sujetaba a duras penas de la correa.

Vio como se lanzaba al interior buscando a su ama y fue tras él.

Ares, era así como ella lo había llamado antes, ya la había encontrado y se encontraba a su lado reclamando atención.

—Siempre he pensado que te casaste con ese chucho en lugar de conmigo.

Fanny sintió que se ruborizaba al oírle, sabiendo que tenía razón, ella era demasiado pequeña para que le importara otra cosa que su precioso cachorrito ese día.

—Déjalo, no hace falta que digas nada —dijo al ver su bochorno—. Jenkins prepárelo todo.

Le ordeno al mayordomo que le había seguido de vuelta a la biblioteca.

Se encaminó hacia el escritorio y tomo los papeles que había mandado hacer antes de su llegada.

—Te presentaré al personal antes de dejarte tranquila por hoy para que puedas instalarte —se acercó a ella y le tendió los planos de la casa—. Que ahora residas aquí o que todos conozcan la existencia de nuestro matrimonio no nos obliga a cambiar nuestras vidas o nuestros intereses, solo tendremos que ajustarlos un poco.

Fanny le miro confundida sin saber muy bien a que se refería.

Bajo la mirada hacia lo que parecían ser los planos de la casa.

—Déjalo ya hablaremos más despacio de ello.

—Como desees, milord —respondió aún confusa —¿qué es esto?

—La casa es suficientemente grande como para que no tengamos que vernos si no lo deseamos, aunque vivamos bajo el mismo techo —la explico con paciencia —por lo que he decidido dividirla en dos, para perseverar vuestra intimidad y la mía, como podéis ver.

Fanny bajo de nuevo la mirada para examinarlos más detenidamente.

—El ala izquierda está completamente a vuestra disposición, podéis reformarla o hacer lo que desees con completa libertad —dijo marcándola en el mapa—. Mientras que el ala derecha serán mis dominios.

—Ah —exclamó sin que se la ocurriera nada más que decir, nunca hubiera esperado algo así.

—Por desgracia solo tenemos una escalera principal, un vestíbulo y una entrada, por lo que

deberemos compartirlos —continuó ajeno a su reacción—. Espero que no os moleste.

—No, por supuesto que no —dijo levantando la cara para mirarle a los ojos, dudando por primera vez de su cordura.

—Estupendo —exclamó satisfecho.

—Ya está todo preparado, milord —anunció el mayordomo desde la puerta.

—Gracias, Jenkins, ¿vamos? —la preguntó tendiéndola el brazo.

Fanny lo tomo y dejo que la guiara. Volviendo a salir al vestíbulo, donde todo el personal de la casa había sido reunido.

Bramford no tardo en presentarla como su Marquesa y señora de la casa a todos y cada uno de ellos, junto a Ares, el nuevo miembro de la familia.

Fanny le miro agradecida, ese simple gesto en consideración a su amado perro, la dio esperanzas de que no era tan malvado como se había mostrado hasta ahora imponiendo su voluntad.

Quizás él tuviera razón y solo tenían que ajustar un poco sus formas de vida para que todo se solucionara.

—Y ahora os dejo en las manos de la señora Jenkins, quien os mostrara vuestros aposentos —se volvió hacia ella—. Os veré aquí mañana a las once para ir a la modista —la comunicó—. Milady, os deseo una buena noche.

Fanny vio como se giraba y se marchaba sin más, dejándola allí plantada, Lord Pembury le siguió en silencio y juntos abandonaron la casa.

Horas más tarde recordó las palabras de este, en cuanto a buscar una distracción diferente junto a Lady Putney.

Sintió que se acaloraba al comprender que tipo de diversión le ofrecería, a la vez que se enojaba porque su marido deseara salir a su encuentro.

Eso no tenía ningún sentido para ella, por qué debía enfadarse por ello, pero la realidad es que lo estaba.

Sacudió la cabeza confusa y se subió a la cama, era hora de descansar, el día había sido largo y lleno de emociones.

No tenía sentido quedarse despierta esperándole, cuando ni le vería, si es que volvía a casa esa noche, pensó sintiendo renacer la ira en su interior.

Qué la estaba pasando, se preguntó justo antes de quedarse dormida.

Capítulo 4

A las once, en punto, Fanny, bajo al vestíbulo para reunirse con Bramford.

Este ya la estaba esperando, charlando amigablemente con su mayordomo, parecía de mejor humor, seguro que Lady Putney le había tratado bien la noche anterior, pensó sintiendo renacer la rabia en su interior.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos tratando de disiparla.

Eso no tenía sentido y era hora de superarlo de una vez por todas. Lady Putney era su amante, al igual que Lady MacQuoid lo era de Lord Pembury, lo cual era de dominio público en todo Londres y allá donde llegaran los periódicos que siempre los mencionaban.

Bramford se volvió hacia las escaleras al oír sus pasos, arrugando el entrecejo al verla, iba a necesitar todo un vestuario nuevo, pensó examinando detenidamente su sencillo vestido carente de cualquier adorno. La muselina se la veía demasiado gruesa y deslucida, aunque el color melocotón, si era el adecuado para cualquier salida, tuvo que reconocer para si mismo, algo es algo, pensó.

—Buenos días, milord —le saludó con una ligera reverencia al llegar a su lado.

—Ah, no, eso sí que no —exclamó al tiempo que tomaba su capa de manos del lacayo para ayudarla el mismo a ponérsela—. Yo soy Oliver, tú eres Fanny y él es Ares —dijo agachándose a acariciar su cabeza despreocupado—. Nada de milord o milady entre nosotros.

—Si insistes —claudicó al verle tan decidido.

Nunca la había gustado ese tratamiento tan formal y distante entre personas cercanas, aunque ellos no lo eran, aún, se suponía que debían aparentarlo.

—Perfecto, ¿nos vamos? —la invitó tendiéndola el brazo para guiarla al exterior.

Fanny lo ignoro y salió sin su ayuda, en un gesto de rebeldía que ni ella misma entendía porque lo había hecho.

Oliver se encogió de hombros ante su desplante y camino tras ella.

—Oh, Lord Pembury, va a acompañarnos usted en todas nuestras salidas —le preguntó pasando ante él y subiendo al carruaje.

—Espero que no, milady.

—Pembury, tiene un gusto exquisito para la moda, según las damas que conocemos —la explicó—. Así que le he pedido que nos acompañe, nos vendrá bien su consejo.

—Estoy segura de que es todo un experto en vestir y desvestir a una dama, sobre todo si hablamos de cortesanas —replicó con más acritud de la que pretendía.

La verdad es que no tenía nada en contra de Lord Pembury y no sabía que la había inducido a comportarse de aquella manera tan inapropiada, pensó, sería mejor que se disculpara.

—No sé a qué ha venido eso —la increpó Bramford—. Ni quiero saberlo —dijo levantando la mano para acallarla al ver su intención de replicarle—. Madame Ross, nos espera.

—No sé quién es Madame Ross, ni me interesa —replicó imitando su altivez—. Mi modista es la señorita Morrison y será la única que me vista.

Bramford gruñó en su asiento enfadado, estaba empezando a perder la paciencia y eso que se había prometido ser amable esa mañana con ella.

—Tu modista será quien yo diga, ya que seré yo quien page sus facturas.

—Puedo pagarme mis propios vestidos —replicó furiosa—. Y acabo de renovar todo mi vestuario, por lo que no necesito nada más.

Bramford bufó de nuevo, tomó una respiración profunda, tratando de calmarse.

—Los cuales son totalmente inapropiados e insulsos para una Marquesa —replicó mordaz.

Fanny se tensó en su asiento al oírle, ya estaba harta de que aquel pomposo la insultara, por muy guapo que fuera y vaya si lo era.

—Vale, qué tal si nos calmamos todos, un momento, y aclaramos esto —intervino Pembury tratando de poner paz entre ellos.

Ambos se volvieron a mirarle como si se hubiera loco de remate, su intervención no había sido bien recibida por ninguno de los dos, que preferían seguir peleándose.

Suspiro resignado ante la situación.

Esos dos eran demasiado testarudos y orgullosos como para entenderse entre ellos.

Estar a su lado era como estar sentado sobre un polvorín, sabiendo que estallaría en un momento u otro y sin poder hacer nada para evitar que lo alcanzara.

—Milady, permítame que la explique lo que Bramford trata de decirla.

—Está bien, le escucho.

Fanny se reclinó de nuevo en el asiento, dispuesta a darle una oportunidad y escuchar sus consejos.

—Aunque esos vestidos, de un corte impecable y moderno —los alabó tratando de calmarla —. Son perfectamente adecuados para la señorita Hatley, pero a la vez demasiados sencillos para una dama de la nobleza —vio que iba a protestar de nuevo y se apresuró a continuar—. Estas lucen más abalorios y adornos en sus trajes, digamos estampado, lazos y cosas por el estilo, nada ostentoso, por supuesto —la aclaró—. Para resaltarlos y darles un toque único en cada uno de ellos.

Fanny se tomó su tiempo para pensar en lo que la había dicho.

La verdad es que lady Kedington y el resto de las damas que conocía, sí que lucían vestidos como los que él, acaba de describir, pero ella nunca le había dado importancia, ni se había sentido discriminada por preferir la sencillez.

Pero también era verdad que ella era la señorita Hatley y nunca la habían tratado como una igual, a partir de ahora debería relacionarse con esas damas como la Marquesa de Bramford, algo que no debía olvidar de nuevo, lo cual era el motivo de su visita a la modista.

—Las apariencias lo son todo dentro de la nobleza —la recordó Bramford, en tono conciliador.

—La señorita Morrison es capaz de confeccionar vestidos así si se lo pidiera, es una gran diseñadora con ideas de lo más innovadoras y elegantes —la alabó—. Yo elegí la sencillez en mi vestuario debido a mi trabajo, es mucho más práctico.

—No tengo ninguna duda de ello, pero Madame Ross es quien viste a todas las damas importantes esta temporada y serán sus diseños los que lucirás —sentenció Bramford dando por terminada la discusión.

Fanny volvió a tensarse en su asiento llena de furia, dispuesta a replicarle.

—¿Por qué está tan interesada en que sea la señorita Morrison quien la vista, como para ni siquiera considerar a cualquier otra modista de Londres? —preguntó Pembury intrigado por su insistencia.

Fanny le miró a los ojos y decidió sincerarse con él.

—Es una amiga de la infancia que desea hacerse un hueco en esta ciudad como modista y diseñadora, a la que deseo ayudar —le explicó—. Los Morrison estuvieron a mi lado en

momentos muy difíciles y me ayudaron a llegar hasta Londres cuando me echaron de mi casa, sin previo aviso —les contó su conexión—. Deseo devolverles el favor, luciendo sus vestidos ante la nobleza, además de que el dinero que el Marqués está dispuesto a pagar por ellos, les vendrá muy bien y para que se lo lleve una desconocida, prefiero que sea ella quien se beneficie.

—Eso es muy loable por tu parte, pero no puedes presentarte ante la Reina, en su baile de cumpleaños, sin el mejor vestido de todo Londres y más teniendo en cuenta que será nuestra primera aparición pública, en la cual todos examinarán y juzgarán cada uno de nuestros movimientos —la explicó Bramford con paciencia intentando hacerla comprender lo importante que era.

—Con más razón para que sea la señorita Morrison quien lo haga, será todo un éxito para ella —replico ilusionada, imaginándose a todas las damas de Londres llamando a su puerta, suplicando porque las vistiera.

—Por el amor de Dios, es que no me has escuchado —exclamó enfurecido de nuevo, no entendiendo su actitud de rebeldía.

—Está claro que nada de lo que digamos la hará cambiar de opinión —dijo Pembury—. Por lo que la propongo un trato, usted acede a visitar a Madame Ross y permitir que la confeccione un vestido para la ocasión y tú —se volvió hacia Bramford, sentado a su lado—. A que la señorita Morrison haga otro a su vez, tras lo cual un jurado, compuesto por al menos dos damas de alcurnia, decidan cuál es el que lucirá en el baile.

—Está bien, si así conseguimos acabar con esta ridícula discusión, estoy dispuesto a pagar por dos vestidos, si es necesario —claudicó Bramford cansado, al fin y al cabo, las damas se declinarían por Madame Ross sin ninguna duda.

—Y quienes serían el jurado.

—No sé, Lady Putney y Lady MacQuoid, por ejemplo.

—Vuestras amantes, ni hablar, ellas harían cualquier cosa por sabotear mi entrada en sociedad, ridiculizándome, no confió en su buen juicio —se negó en rotundo a que aquellas dos damas eligieran que debería ponerse ante la Reina.

—Muy bien, propónganos otras damas de su elección —logró decir Pembury reponiéndose de la sorpresa, esa mujer era demasiado desinhibida y sincera. Sus pares se la merendarían antes de que acabara la noche.

—La Duquesa de Ainsworth y la Condesa de Kedington —dijo sin pensar demasiado—. Yo misma se lo pediré.

—Si aceptan no tengo ningún problema con eso —se apresuró a decir Bramford al notar que el coche se detenía.

—Entonces tenemos un trato —dijo extendiendo la mana para cerrarlo con un apretón.

Bramford levantó la ceja sorprendido, pero la estrechó la mano en silencio.

Fanny sonrió satisfecha y se levantó para bajar del carruaje, no había ganado la guerra, pero sí una pequeña parte de la batalla, poco a poco.

Roma no se conquistó en un día, se recordó a sí misma.

El resto del día transcurrió sin incidentes, visitaron a ambas modistas y las dieron las mismas instrucciones de lo que requerían.

Incluso picotearon algo ligero en una de las pastelerías de moda, cuyo nombre no recordaba, aunque no la presentaron a nadie formalmente, más tarde la explicaron que hasta la noche del baile, tras ser presentada ante la Reina, era de mal gusto hacerlo.

Fanny lo acepto como una de esas muchas normas de las que ellos hablaban constantemente y ella desconocía.

Incluso Pembury resultó que era de verdad un gran entendido en moda, su visión de los colores y diversos combinados fue muy apreciada por ambas modistas y tuvo que agradecerle por sus consejos, pero sobre todo le agradecía a Bramford que le hubiera pedido que la ayudara.

Capítulo 5

Había sido una semana de locos, pero al fin había terminado, pensó Fanny con la mirada perdida tras los cristales.

Mañana sería el gran día, comenzaría con el almuerzo formal, donde actuaria como anfitriona y terminaría con su presentación ante la nobleza como la Marquesa de Bramford.

Un suave toque en la puerta, la saco de sus cavilaciones.

Se volvió para ver a Bramford bajo el umbral con un periódico bajo el brazo.

Su figura despreocupada, apoyado en la jamba de la puerta, la dejó sin aliento.

Se había desprendido de la chaqueta y el chaleco, dejándose solo la camisa desabrochada hasta medio pecho.

Siempre había sabido que su marido era un hombre atractivo, pero esa noche, verle así tan poco convencional vestido, la hacía desear ser de verdad su Marquesa, no solo un papel firmado hacía tanto tiempo.

Sacudió la cabeza confundida, de donde habían salido semejantes pensamientos, se preguntó azorada, nunca la tomaría por esposa, más vale que dejara de desearlo, porque jamás ocurriría.

—¿Puedo? —la preguntó Bramford al ver que no le invitaba a entrar.

—Por supuesto —respondió expectante por su visita.

—Así que este es el resultado de tanto movimiento de muebles de un lado a otro —dijo entrando en la estancia y observándola más detenidamente.

—Dijiste que podía hacer lo que quisiera en mi lado de la casa —le dijo con temor a no haberle entendido bien y haberse extralimitado.

—Por supuesto y has hecho justo lo que esperaba —corroboró sus palabras, sonriendo ante lo que veía—. Solo esperó que me permitas compartirlo alguna vez.

Fanny le miró confundida, ahora sí que no entendía nada, a qué se refería exactamente, le miro esperando que se explicara.

—Me encanto la calidez y armonía que se podía respirar en la sala-estudio de tu casa —dijo alabándola—. Esperaba que consiguieras trasformar alguna de las muchas estancias de esta casa, frías e impersonales, en algo parecido, dándole algo de calor a estas cuatro paredes.

—Ah, solo se necesita encender el fuego, para eso —dijo tratando de bromear, sin saber muy bien como tomarse su elogio.

—Es mucho más que eso.

Se acercó a la mesa junto a la ventana y dejo el periódico.

—Dos mecedoras, eso quiere decir que no te importaría tener compañía.

—De verdad deseáis pasar las veladas conmigo a salir a disfrutar de los múltiples placeres que ofrece la ciudad —le preguntó sin creerle demasiado.

—Alguna que otra vez, sí —se sinceró yendo a su lado ante la ventana—. A veces salir todas las noches puede ser agotador o no tan divertido.

—Entonces, esas noches será un honor para mí compartir esas veladas con vos.

—Gracias.

Ambos se quedaron en silencio observando la oscuridad del jardín posterior tras los cristales, esa niebla extraña apenas dejaba traspasar la luz de la luna, volviéndolo todo más

fantasmagórico.

—Le pediré a Jenkins que encienda las antorchas para que podáis contemplarlo desde aquí.

—No, es más bonito así, solo con la luz de la luna.

—La cual está completamente ausente, absorbida por la niebla.

—Es extraña, verdad —le preguntó—. Vivimos en un perpetuo invierno, bajo su manto, algo más cálido, pero sin poder llamarlo verano.

—Sí, este año no es normal como se comporta el tiempo.

—Muchas cosechas se perderán. Los jornaleros perderán sus casas y el sustento de sus familias, por no poder pagar el arrendamiento al amo.

—Eso no ocurrirá en Bramfield —se volvió muy serio hacia ella—. He dado orden de que no se cobre a ningún arrendatario, pueda pagar o no y por supuesto nadie será expulsado de sus casas.

—¿De verdad? —le sonrió ilusionada por la noticia.

—Ojalá hubiera podido saberlo antes y protegeros a ti y a los Morrison de mi administrador —la confesó aún molesto por haber sido tan estúpido de confiar en él.

—Gracias.

Oliver sintió que su corazón se saltaba un latido al verla sonreír de esa manera y la devolvió la sonrisa inconscientemente.

Fanny se sintió una reina al ver como la miraba con la sonrisa reflejada en sus verdes ojos, nunca le había visto sonreír así, sin ningún tipo de armadura que le ocultara de los demás.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se puso de puntillas, para alcanzar sus labios con su suave beso.

Oliver sintió la caricia de una pluma sobre su boca, el cosquilleo de sus labios, pero acabó antes de que pudiera disfrutarlo, necesitaba más.

Inclino la cabeza para devolverle el gesto, pero el sonido de un carraspeo procedente de la puerta impidió que llegara a saborear sus labios, sonrosados como una fresa madura.

—Lord Pembury ha llegado.

Bramford maldijo entre dientes la interrupción, que hacía allí, se preguntó, le había escrito anunciándole que se quedaría en casa esa noche acompañando a Fanny, dándola apoyo para lo que se avecinaba el día de mañana.

Estaba preocupado por ella y en como estaría afrontando estas últimas horas.

La voz de Agnes en la lejanía le obligo a ponerse en movimiento, bajo ningún concepto debía llegar hasta allí y contaminar con su presencia esa estancia.

—Nos veremos mañana, milady —se despidió apresuradamente—. Y no os preocupéis por nada, todo saldrá bien, confió en vos.

Fanny suspiro frustrada al oírle, estaba segura de que la besaría, pero la aparición de esa mujer en la casa lo había impedido.

Deseaba arrancarla los ojos solo por eso, pensó asustada de sus propios pensamientos.

—Oliver —le llamó justo cuando alcanzaba la puerta—. Tengo que pediros perdón por lo que sucederá mañana durante el almuerzo, espero que entendáis que era necesario —le suplicó.

Bramford la miró extrañado, a la vez que preocupado, qué había querido decir con eso.

—Veis, ya os lo decía yo —dijo Agnes apareciendo por el pasillo directa hacia él—. Querido, tardar tanto en recibir a tus invitados no es muy decoroso —se quejó.

Bramford se giró hacia ella, cerrando las puertas, con determinación, a su espalda.

—Deberías haber esperado en la biblioteca a que me uniera a vosotros —la recriminó.

—Desde cuando no puedo andar libremente por la casa.

—Las cosas han cambiado —la recordó veladamente —a partir de ahora te quedarás donde Jenkins te acomode.

Agnes arrugó los labios en un puchero, lastimero, pero no dijo nada. Eso ya lo veremos, ninguna Marquesa, temporal, la quitaría sus privilegios de señora de la casa de Bramford, gracias a la intimidad que compartían, se dijo así misma.

Mañana sería su presentación, tras la cual Bramford pediría la anulación por no consumación al haber acabado sus deberes hacia ella como caballero y antes de que finalizara el año, celebrarían sus nupcias y ella sería la nueva Marquesa.

Solo tenía que jugar bien sus cartas, los hombres eran fáciles de manejar, una mujer solo tenía que satisfacerles o negarles sus placeres para conseguir lo que deseara.

La clave siempre estaba en el lecho, se dijo, aún no había conocido a ningún hombre a quien no pudiera manejar con ese método.

—Volvamos con los demás —la dijo tomándola del brazo y guiándola hacia la biblioteca en el otro extremo de la casa.

Donde los esperaban, Pembury y Lady MacQuoid, los cuales parecían estar muy entretenidos ellos solitos, divirtiéndose en su diván.

Bramford fue directo al mueble de las bebidas y se sirvió una generosa copa de brandy, esa no era la forma en la que había planeado pasar la velada.

Aunque ser besado por su esposa tampoco entraba en sus planes, reconoció, y mucho menos, que le afectara de esa manera su inocencia.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, además qué había querido decir con eso de que debía perdonarla, qué demonios había hecho que requiriese su perdón, se preguntó desconcertado.

—No me vas a invitar a una copa —protestó Agnes desde el otro diván junto a la chimenea.

—Por supuesto que sí, querida —la respondió, regañándose a sí mismo.

Sería mejor que olvidara todo lo ocurrido y se centrará en la dama o esta causaría problemas que afectarían a la presentación de Fanny y eso no podía permitirlo, se recordó todo lo que se jugaba y lo duro que había trabajado esa semana para estar a la altura de lo que se esperaba de alguien de su alcurnia.

Mantener contenta a Agnes era la forma de asegurarse de que esta no sabotearía la presentación de la Marquesa.

Se volvió con ambas copas en la mano, dispuesto a cumplir su cometido, aunque lo que más deseara en esos momentos era estar en otra estancia de la casa, pero sobre todo con otra mujer.

Suspiró resignado y se sentó junto a ella dispuesto a complacerla.

Fanny le observó salir y cerrar las puertas con decisión antes de volverse de nuevo hacia la ventana llena de rabia e impotencia hacia esa mujer que gozaba de sus favores y su afecto, desde la temporada pasada, cuando su affaire salió a la luz, tras publicarse en los periódicos.

Nunca había estado con una amante durante tanto tiempo, al menos que ella supiera, por lo que su relación era más seria de lo que cabía esperar, al fin y al cabo, ella era una viuda, lo suficientemente respetable como para hacerla su esposa.

Sintió el sabor de la bilis en la garganta y el dolor en las palmas de sus manos por haberse clavado las uñas ante la sensación de impotencia que albergaba todo su ser.

Tarde o temprano él pediría la anulación de su matrimonio y se iría con ella, sin darla una oportunidad para poderle demostrar lo que sería un matrimonio entre ellos.

Pero qué narices estaba pensando, se regañó a sí misma al darse cuenta de a donde la estaba llevando su mente.

No podía entregarle su corazón para que lo rompiera en mil pedazos, se repitió por enésima vez.

¿Pero y si ya se lo había entregado?

—Basta —se regañó en voz alta, despertando a Ares de su dulce sueño y haciendo que la mirara preocupado.

Sacudió la cabeza y fue hacia la mesa, se acomodó en su mecedora preferida, observando la avenida desde su rincón y tomo su labor dispuesta a dejar de pensar tonterías sobre el amor, los besos, las amantes, pero sobre todo en su guapo y viril esposo.

Capítulo 6

Por fin, el día había llegado, para bien o para mal todo se decidía ese día y Fanny estaba nerviosa, apenas había podido dormir esa noche, aunque se tomó la tisana que la señora Jenkins la había preparado para calmarla, pero ni así, había conseguido descansar como era debido.

Había sido una semana de locos, pensó, parada bajo el umbral de la puerta del comedor principal de la casa, donde todo estaba preparado.

Su vida había cambiado drásticamente de ser una simple señorita, pobre y desconocida, a ser una mujer casada, con el hombre más guapa de todo Londres, rica y mimada por los sirvientes.

Por lo que había tenido que aprender, a toda prisa, a ser Marquesa y moverse entre sus pares.

Gracias a Dios, la Duquesa de Ainsworth y Lady Kedington habían accedido a enseñarla a pulir sus modales y el protocolo que debía seguir a partir de ahora.

Hoy daría su primer almuerzo oficial, una especie de prueba donde mostraría a los asistentes todo lo que había aprendido.

—¿Nerviosa?

Fanny se giró al oír la voz de su marido a su espalda.

—No deseo defraudarte.

—No es a mí a quien tienes que agradar.

—Por supuesto que sí, confiaste en mí, para que fueran la Duquesa y Lady Kedington quienes me mostraran todo lo que necesitaba saber.

—Créeme, eran ellas o yo, no tenía otro plan alternativo —la confesó—. No creo que te hubiera gustado como maestro.

Fanny se quedó pensativa durante un momento.

—No hubiéramos progresado mucho —reconoció.

—Sí, hubiésemos dominado el arte de pelearnos entre nosotros a la perfección.

—Eso sin dudarlo.

Ambos comenzaron a reír con solo imaginárselo.

—Disculpen —los interrumpió Jenkins—. Los invitados están llegando.

—Gracias —le respondió Bramford aún con una sonrisa en los labios—. ¿Vamos?

Fanny tomó el brazo que la tendía.

—¿Puedo pediros algo? —le preguntó tímidamente.

—Claro.

—Podríais no escabulliros esta noche en el baile con Lady Putney —le pidió azorada.

No la gustaba nada tener que hablar de esa mujer y la relación que mantenían, pero necesitaba hacerlo, no se podía pasar toda la noche en tensión, esperando que alguien los descubriera y la ridiculizara ante toda la sociedad, no había trabajado tan duro para eso.

—No pensaba hacerlo —la respondió con sinceridad—. Esta noche es vuestra noche y no pienso avergonzaros, os lo prometo.

—Gracias.

Oliver se volvió hacia ella para mirarla, pero ya habían llegado al vestíbulo, donde Lord Pembury y Lady MacQuoid los esperaban.

—Lady MacQuoid, gracias por su colaboración y que haya decidido unirse a nosotros —la

saludó Fanny con una ligera inclinación de cabeza—. Lord Pembury —le saludó tendiéndole la mano para que se la besara.

—Lady Bramford —la saludó tomando su mano.

Observó que Bramford hacía lo mismo con Lady MacQuoid, antes de guiarlos hacia la sala de recepción, adelantándose unos pasos con Lord Pembury.

—¿Por qué no me has avisado? —le preguntó confundido—. Traerla aquí ha sido una pésima decisión.

—No lo he sabido, hasta que ha llegado en carruaje a mi casa esta mañana —murmuró para no le oyeran las damas—. Tu esposa la invitó, pero la pidió que no dijera nada para que no pudieras intervenir y retirar la invitación.

—Esto no me gusta nada —frunció el ceño, preguntándose que se traería entre manos.

Pensaba que todos sus movimientos habían sido supervisados por la Duquesa y lady Kedington.

—Oh, dejar de cuchichear como dos viejas arpías —les regañó Fanny una vez se quedaron a solas.

—¿Qué te propones?

—Lady MacQuoid, es aceptada por toda la sociedad —les recordó—. Una mujer casada, que ha cumplido con su obligación de proporcionarle un heredero a su esposo y el de repuesto, tiene derecho a divertirse y a tomar un amante si gusta de ello —se volvió hacia ella, esperando no haberla ofendido—. Según vuestras normas y aun así, seguir siendo una mujer respetable.

Pembury y Bramford se la quedaron mirando sorprendidos, en cualquier otro momento que Lord Pembury se hubiera presentado con ella de acompañante no sería ningún problema, pero todos conocían su relación con Pembury y la de ella con Agnes.

Esto podía convertirse en un escándalo en cualquier momento, si alguno de ellos cometía la más mínima indiscreción, pensó Bramford molesto por la situación en la que se encontraban.

Aunque no se habían visto en toda la semana, hasta la noche anterior, sabia que Fanny se había esforzado mucho, trabajando duro para estar lista y no hacer el ridículo en su presentación, pero esto podía dar al traste con todo incluso antes de que llegara la noche.

—Tranquilízate, Bramford —le pidió Scarlett—. Y ofréceme una copa de jerez mientras esperamos al resto de los invitados.

Bramford miró a Pembury resignado, él tampoco parecía estar muy contento con la encerrona que las damas les habían preparado.

—Oh, queréis tranquilizaros de una vez —les reprendió Fanny—. Su presencia ha sido aprobada por la Duquesa, así que no se escandalizaran al verla, si es lo que os preocupa.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Bramford aún más preocupado que antes.

—Para mostrarla que ciertas damas pueden comportarse con más laxitud que otras dentro de la sociedad, sus modales y protocolos son menos regios, a la vez que aceptados —respondió la Duquesa cruzando el umbral junto al resto de su familia.

—Además de enseñarla la diferencia entre la sociedad escocesa y la nobleza inglesa —continuo el Duque uniéndose a su esposa.

—Lady MacQuoid, estoy encantado de verla y todos le agradecemos su colaboración, asistiendo a este formal almuerzo, donde examinaremos y juzgaremos si la Marquesa de Bramford es digna de entrar en la sociedad inglesa o sus burdos modales solo la permiten pertenecer a lo más bajo de la nobleza rural.

Bramford se erizó furioso ante las palabras del Duque, dispuesto a desafiarle por ofender a su esposa de esa manera.

—Por el amor de Dios, Bramford, de que pensabas que iba todo esto —intervino Lord Kedington al verle—. Este almuerzo es solo un juicio, en que todos nosotros nos hemos ofrecido como jurado.

—Incluso hemos traído a los niños —señaló Lady Kedington—. Los cuales comerán en nuestra mesa y requerirán otro tipo de atención.

—Una buena anfitriona debe estar preparada para atender a todos sus invitados y adaptarse a ellos —continuó la Duquesa, tomando asiento en el diván, junto al suave fuego.

—Bramford, estás avergonzando a Lady MacQuoid —le dijo, Fanny, acercándose a él y poniendo su mano en su brazo para calmarle.

—Solo quiero que todo salga bien —la susurró complacido por su contacto.

—Entonces, comportémonos.

Bramford tomó una respiración profunda y cabeceó su acuerdo, aunque no estaba convencido del todo de que eso fuera lo mejor para su inexperta esposa, la daría una oportunidad.

Al fin y al cabo, él también la estaba juzgando, pensó sintiéndose un hipócrita, a quien pretendía engañar con su actitud.

—Bien, pues una vez que todo ha sido aclarado, que les parece si empezamos por elegir el vestido más adecuado para el baile —les propuso.

—Me muero por verlo —dijo Lady Kedington poniéndose en pie de nuevo.

—Jenkins, les acompañará al salón donde ambos están expuestos —les indicó.

Todos se levantaron y le siguieron.

Bramford dio un paso hacia la puerta dispuesto a ir con ellos.

—Tú no, deseo que sea una sorpresa cuando lo veas esta noche puesto —le pidió tomándolo del brazo para detenerle.

—¿Y si no es el adecuado?

—Tendrás que confiar en ellos.

—Buf —resopló malhumorado.

—Tenemos un trato —le recordó.

—Necesito una copa —dijo frustrado, volviéndose hacia el carro de las bebidas, donde solo encontró jerez y oporto.

Necesitaba algo más fuerte que eso sí, deseaba sobrevivir a ese almuerzo.

Vio como Fanny se había desplazado hacia la ventana y contemplaba los jardines traseros.

Noto que seguía luciendo uno de esos vestidos insípidos que trajo consigo, aunque le había añadido un bonito lazo y encajes.

Se preguntó cuando había tenido tiempo para hacerlo, entre sus clases de protocolo y su trabajo, el cual había terminado y entregado a tiempo, no debía haber tenido mucho tiempo libre para dedicarle a la costura, pensó, al menos no había tomado un nuevo trabajo de momento, según le había confirmado Lord Kedington.

Dio un trago a su copa y se acercó a ella.

—Ya está, ya lo tenemos —anunció la Duquesa blandiendo un sobre donde se ocultaba el nombre de la modista del vestido que habían elegido.

Bramford se adelantó y lo tomó para abrirlo.

—Señorita Morrison —dijo sorprendido, tuvo que leerlo dos veces para asegurarse de lo que ponía.

—Oh, querida, es precioso, tienes que darme su dirección para que pueda ir a visitarla, cuando regrese a Londres —exclamó Lady MacQuoid.

—Después de esta noche la lloverán los pedidos —dijo la Duquesa, entusiasmada por el

descubrimiento.

—Espero que la hables bien de nosotras y seamos las primeras a las que atienda —la pidió Lady Kedington.

—Por supuesto, no aceptará ningún pedido más hasta que acabe con los vuestros —las aseguró Fanny contenta con el resultado por el éxito de su amiga.

—La mesa está servida —anunció Jenkins justo en ese momento y todos se dispusieron a seguirle.

Capítulo 7

Fanny se miró por última vez en el espejo antes de salir de sus aposentos.

Apenas se reconocía así misma, Zoe y Samy, habían hecho un gran trabajo, solo esperaba que Bramford estuviera complacido con el resultado.

Llego a lo alto de la escalera, aún no podía verlo, pero podía oír el murmullo de su voz, hablando en el vestíbulo, se cogió con más fuerza al pasamanos.

No quería resbalar y caer por los nervios, de repente las voces se apagaron y Oliver apareció ante su vista al pie de la escalera, mirándola sorprendido, con un cierto de grado de admiración, no solo con la mirada inexpresiva de siempre, igual que se miraba a un mueble que ya has visto tantas veces con el que debes convivir.

La tendió la mano para ayudarla a bajar los últimos peldaños en un gesto de galantería.

Fanny notaba el calor de su contacto a través de los guantes, haciendo que se ruborizara.

—Impresionante —la dijo admirado, dando una vuelta a su alrededor para poder observar cada detalle —serás la dama mejor vestida de la noche.

—Me alegro de que os guste.

—Yo no he dicho tal cosa —comento aún extasiado por su belleza —tendré que pasarme toda la noche con cara de perro, espantando a vuestros pretendientes.

—Ah.

—Solo espero no tener que batirme en duelo por la mañana con algún caballero que se niegue a retirarse.

—¿Qué? —gritó escandalizada, sintiendo como el color abandonaba su cara solo de pensarlo, estaba empezando a marearse, apretó su mano con más fuerza, sujetándose para no caer.

—Tranquila, solo era una broma —dijo al ver como la había afectado su inocente comentario —nadie va a batirse en duelo al amanecer.

Fanny sintió como la conducía hacia uno de los bancos del vestíbulo junto a la puerta, invitándola a sentarse. Arrodillándose ante ella para poder estar a su altura.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —se disculpó preocupado.

—No está bien, solo ha sido la sorpresa, no me esperaba algo así —susurró tratando de recuperarse.

—Que alguien traiga un poco de agua —ordenó levantando la voz desesperado al ver que el color no volvía a su cara.

—Milord.

Se giró para ver a Jenkins a su lado portando una bandeja con el preciado líquido que había pedido.

Su mayordomo, siempre anticipándose a sus deseos y necesidades, pensó, tomando un vaso.

—Tomar, beber un poco —la suplicó sin saber que más hacer por ella.

—Estoy bien, un vaso de agua no va a ayudar en nada —replicó, devolviéndolo a la bandeja, poniéndose en pie —será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde.

Se movió hacia su doncella que sujetaba su capa junto a la puerta, pero Bramford la tomó primero y la ayudó a colocársela, antes de tomar su abrigo y guiarla al exterior, donde el carruaje los esperaba.

—Lo has conseguido, tu amiga tendrá llamando a su puerta a todas las damas de Londres, para que las vista.

—No, solo tomará a las damas de la familia del Duque y a mí, por supuesto —le contradijo.

—¿Y eso?, creía que el objetivo era que se convirtiera en la primera modista de Londres —la pregunto contrariado.

—Lo hemos hablado, su taller es demasiado pequeño y su personal muy escaso para recibir tantos encargos —comenzó a explicarle su plan —. Tomará solo unas pocas damas a las que pueda atender con lo que tiene e invertirá los beneficios en otro taller más grande y con mayor capacidad de producción, así para la Temporada que viene podrá cumplir con los encargos sin defraudar a nadie, ni explotar a sus ayudantes.

—Me gusta, es una gran idea —comentó asombrado por tan ingenioso plan—. Supongo que ya tendrás pensado que las dirás a quien te pregunte.

—Que es una modista nueva recién llegada a la ciudad, que no acepta encargos hasta la próxima temporada —le confió, orgullosa de su ingenio.

—Lo que no satisficiera a la mayoría de las damas, que insistirán en saber su nombre a toda costa —la dijo convencido de ello—. Lo que generara envidias y rencillas hacia ti.

—No veo por qué.

—El armario de una mujer es sagrado para ellas —trató de explicarla—. Que las considerasen las más hermosas y elegantes es una competición entre ellas y algunas serían capaces de cualquier cosa por conseguirlo.

—Ah —respondió pensativa —Lady Putney sería una de ellas, supongo.

—De las más encarnecidas, dispuesta a todo para conseguirlo —la confirmó, orgulloso de que empezara a distinguirlas.

Tenía que reconocer que un almuerzo tan variado había sido una buena idea, aunque él nunca lo hubiera aprobado de haberlo sabido —no te preocupes, yo me ocuparé de Agnes.

—No deseo ser motivo de discordia entre vosotros.

—No lo eres para mí —la confesó, sintiéndose inquieto, hablando de su amante tan libremente con su esposa.

Tras lo cual cayeron en un cómodo silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

Tardarían un rato en llegar ante las puertas de palacio, toda la nobleza había salido en tropel, abarrotando las calles con sus carruajes, siempre ocurría lo mismo en los grandes eventos a los que nadie quería faltar.

Las aceras de las avenidas se llenaban de viandantes para ver pasar el desfile de carruajes con la esperanza de poder atisbar a sus ocupantes.

Bramford se acomodó en su asiento y se dedicó a admirar con más detenimiento a su bella esposa, enfundada en tan espectacular vestido, incluso Pembury, sería incapaz de ponerle una pega.

El amarillo brillante que había elegido, en ambas modistas, había sido entretejido con finos hilos dorados que resaltaban su luminosidad y hacían juego con el entrelazado de su espalda.

El corsé había sido incrustado en el vestido, dándole un aspecto más ligero y moldeando sus curvas en los lugares adecuados.

Los cancanes y sobrefaldas con las que las mujeres acostumbraban a ahuecar sus faldas, habían seguido la misma suerte, moldeando sus piernas al andar sin hacerlo.

Todo él estaba diseñado para poner a un hombre de rodillas, suplicando por quitárselo, pensó sintiendo despertar su libido, al fin y al cabo, él también era un hombre y disfrutaría enormemente desvelando lo que ocultaba en su interior.

Se removió en su asiento incómodo y se obligó a calmarse, por el amor de Dios, ella era Fanny, su esposa, a la que había jurado que nunca tomaría, tenía que poner freno a esos pensamientos antes de que se adueñaran de él y se convirtieran en una obsesión.

Ya había sentido antes la lujuria por alguna mujer y su obsesión hasta conseguirla, por lo que no deseaba pasar por eso de nuevo, porque en esta ocasión permanecería frustrado para el resto de su vida.

Por el rabillo del ojo vio que cruzaban las puertas y entraban en el patio de palacio.

—Será mejor que te prepares, hemos llegado —la informó, incorporándose —que comience el baile —dijo, tendiéndola la mano para ayudarla a descender.

Fanny se había pasado el resto del viaje repasando mentalmente todos los consejos que la habían dado y el protocolo que regia sus normas, creía estar preparada para enfrentarse a ellos, solo esperaba no meter la pata y terminar haciendo que Bramford se avergonzara.

Alzo la cabeza con altivez y tomo su mano, tal y como él había dicho, el baile había comenzado.

Capítulo 8

Fanny notó que todas las miradas se volvían hacia ellos, mientras el silencio caía entre los asistentes, a medida que avanzaban hacia la comitiva de recepción para saludar a los anfitriones.

Bramford hizo las presentaciones lo más distendido que pudo, estaba nervioso y tenso, todo debía de salir perfecto, por ella.

Por aquella niña a la que ataron a su vida y la robaron su futuro.

No podía devolverla su libertad, pero sí podía hacer que todos la reconocieran por su alta cuna y la aceptaran como un miembro más entre sus pares.

Al fin y al cabo, si eso no sucedía, sería a ella a quien culparían, a quien castigarían y quien sufriría las consecuencias.

Él no se jugaba nada, al fin y al cabo, era un hombre, su reputación permanecería intacta, incluso muchos de ellos sentirían simpatía por él al haber sido obligado a tomar semejante esposa.

Las reglas para los hombres siempre habían sido mucho menos severas que para las mujeres, sobre todo a la hora de afrontar las consecuencias de sus actos.

—Has estado perfecta, estoy orgulloso de ti —la susurro guiándola hacia la entrada del salón de baile.

Fanny fingió no oírle y siguió concentrada en mantener la compostura.

Un par de horas después, la habían presentado a tanta gente, que era incapaz de recordar sus nombres, todos los rostros la parecían iguales.

Bramford hacía rato que se había retirado, junto con otros caballeros, a otra estancia, supuso al no verlo en el salón.

Se disculpó con sus acompañantes y fue hacia la puerta, en busca de la sala de las damas, necesitaba alejarse unos momentos del sofocante calor que hacía en el salón de baile.

Hubiera preferido salir al jardín, pero no sabía si la estaría permitido para una mujer sola, sin la compañía de su esposo, por lo que prefirió no arriesgarse.

El salón estaba vacío, el cambio de temperatura no era el que ella hubiera preferido, pero bastaría.

Se dirigió hacia las ventanas y observo los senderos iluminados por las antorchas, si no fuera por esa implacable niebla, el baile se hubiera celebrado allí, como todos los años.

Suspiro con añoranza, hubiera disfrutado paseando y oliendo el dulce aroma de los arbustos floridos que los delimitaban y no ese horrible olor a sudor rancio que desprendían algunos de sus pares.

¿Es qué no se bañaban nunca?, se preguntó arrugando la nariz al recordarlo.

Oyó la puerta al abrirse a su espalda y se movió instintivamente hasta quedar oculta tras las cortinas, no deseaba hablar con nadie, necesitaba ese momento para recomponerse antes de volver a la batalla.

Porque eso era para ella esa noche, una batalla de la que debía salir victoriosa y hasta ahora lo estaba logrando.

Unos minutos más y estaría lista para volver al baile.

—¿La has visto? —oyó una voz desconocida para ella que preguntaba.

—¿Quién no? —la respondió su acompañante—. Ha cautivado a todos con ese vestido tan espectacular y sus exquisitos modales.

—Dicen que la propia Duquesa de Ainsworth la ha instruido, que era una burda campesina antes de que la tomara como su pupila.

—Eso he oído, Bramford debe estar contento con el resultado.

—Quien no está nada contenta es Lady Putney que ve peligrar su affaire con el Marqués, el cual ya dura casi dos años.

—No lo creo, tarde o temprano conseguirá convencerle de que pida el divorcio, para que puedan casarse.

—No me extrañaría, es más, en estos momentos están teniendo un encuentro privado en la biblioteca, Lady Putney se ha ocupado personalmente de propagarlo a los cuatro vientos.

—No tienen vergüenza, espero que la Duquesa la haya preparado también para afrontar esta situación.

La puerta volvió a abrirse y cerrarse, quedando de nuevo la estancia en silencio, esperó unos minutos más antes de abandonar su escondite y regresar al pasillo.

Estaba furiosa, se lo había prometido, le había dicho que esta noche no ocurriría nada de eso y ella lo había creído, incluso se lo había agradecido con un inocente beso.

Espero a que el lacayo abriera las puertas dobles de la biblioteca, antes de introducirse en su interior.

Los vio nada más cruzar el umbral, sentados en un sillón junto al fuego, besándose, mientras ella se movía sinuosamente, sentada sobre sus rodillas.

Retiró la vista y cruzó la estancia en silencio hasta la última estantería junto a la ventana.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la cabeza bien alta y no dejarse llevar por la furia que la embargaba.

Ponerse a gritar y provocar una escena, a la que todos acudirían, no iba a ayudarla en nada a ella y mucho a Lady Putney, para demostrar sus dominios sobre el Marqués, dejando patente ante toda la sociedad, que su relación continuaba como si ella no existiera.

Ella no la daría ese poder, es más, a partir de ahora haría todo lo que estuviera en su mano para que aquella relación terminase y Lady Putney volviera a las cloacas de las que nunca debió salir, se prometió a sí misma.

Bramford no se merecía a una arpía como esa, maestra de la manipulación, ella se encargaría de destruirla.

Bramford abrió los ojos para ver quién había tenido la osadía de interrumpirles, sabía por encuentros anteriores que Agnes habría colocado un lacayo en la puerta para asegurarse su privacidad.

Pero ni en sus peores pesadillas podría imaginar que fuera su propia esposa, la cual cruzaba la estancia como si fuera una reina, quien lo haría.

Interrumpió el beso y la observó pasar junto a ellos sin decir nada, era imposible que no los hubiera visto, la habitación estaba bien iluminada y la luz del fuego los daba de lleno.

Aun así, los ignoró y siguió su camino hacia las estanterías.

—Es hora de que te marches —la ordenó Bramford cuando pudo recuperar el habla, la tomo de la cintura y la puso de pie.

—Pero no hemos terminado, querido —ronroneó acariciándole el pecho.

Bramford retiró su mano con firmeza y la miró muy serio.

—Ya seguiremos en otro momento, ahora vete.

—Pero …

—No me has oído, vete —la ordenó acercando su cara para darle más énfasis a sus palabras, dejándola ver su enfado.

—Está bien, nos veremos en mi casa cuando consigas deshacerte de ella, tras el baile —le propuso manteniendo la voz lo suficientemente alta para que la Marquesa lo oyera—. Te estaré esperando, querido.

Bramford bufó a punto de perder la paciencia, si no fuera tan importante ese baile para la reputación de su esposa, no dudaría en dar rienda suelta a su ira, por tan vil emboscada, pero no podía permitirse un escándalo. Ella no lo merecía después de todo lo que se había esforzado para que la aceptaran y hasta ahora lo había logrado.

Él no sería quien la destruyera, no se lo merecía, por lo que tomó una respiración profunda para calmarse, antes de tomar del brazo a Agnes y arrastrarla hasta la puerta.

—Me estás haciendo daño —protestó ante su fuerte agarre.

—Bien.

Abrió la puerta y la empujó al exterior sin ningún miramiento.

Los invitados que pululaban por allí se quedaron en silencio y se volvieron hacia ellos.

—Recuerda que hemos quedado después, querido —le susurró, melosa, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

Bramford la miró con desprecio y cerró la puerta en sus narices, con un gran portazo.

Tomó varias respiraciones, mientras maldecía interiormente su suerte, antes de volverse y caminar hacia su esposa.

La cual había tomado un libro de la estantería y lo estaba hojeando.

—Siento haberos interrumpido —le dijo volviéndose hacia él con una sonrisa que no llegó a sus ojos, era tan buena actriz como esa arpía, tuvo que reconocer.

—No importa —respondió no sabiendo que más decir—. ¿Qué haces aquí?, se suponía que debías permanecer en el salón de baile en todo momento.

—Hacía un calor bochornoso, estaba a punto de desmayarme —le explicó—. No sabía si podía salir al jardín a tomar un poco de aire, por lo que vine a la biblioteca, a husmear entre los libros más antiguos, si había alguno de los que están buscando —improvisó justificando así su presencia en la sala.

Bramford sonrió aliviado, no parecía enfadada por haber faltado a su palabra, lo único que ella le había pedido que no hiciera esa noche, maldijo de nuevo por ser tan estúpido y haberla fallado.

—¿Has encontrado alguno?

—Lamentablemente, no —le respondió defraudada—. Pero me siento menos acalorada y lista para volver al salón.

—Supongo que esta biblioteca sería una de las primeras que inspeccionaron, ya que John Dee era uno de los asistentes personales de la Reina y tendría acceso a ella.

—Supongo —dijo colocando de nuevo el libro en su lugar.

Bramford estaba lo suficientemente cerca como para oler el delicado perfume de su pelo, la suave piel inmaculada de su cuello lo tentaba sobremanera, se inclinó para depositar un suave beso, con la intención de saborear su sabor dulce y salado por el sudor.

Fanny sintió arder la piel bajo sus labios y el extraño aleteo de las mariposas en su estómago, pero se obligó a retirarse despacio y volverse hacia él.

Sus ojos brillaban de una manera extraña que no había visto hasta ahora.

—Estás tan hermosa —confesó con la voz enronquecida por la pasión, que crecía en su interior.

Fanny tuvo la impresión de que iba a besarla y se separó de él.

—No, no deseo saborear el sabor de los labios de tu amante en los tuyos —le recriminó sin poder contenerse, a la vez que se regañaba por haberlo hecho.

Su madre siempre le decía que "se atraían más moscas con miel que con vinagre" y Dios sabía que iba a necesitar mucha miel si quería que su relación con Lady Putney acabara.

Bramford se tensó al oírla y maldijo de nuevo, por el amor de Dios en que demonios estaba pensando, ella era una dama, además de su esposa, pero la realidad es que no pensaba, había dado rienda suelta a la pasión que había despertado en él, sin pensar en las consecuencias.

Eso no podía volver a suceder, se prometió a sí mismo, ella no era en realidad su esposa como tal y nunca lo sería.

Los primeros compases de un vals llegaron hasta ellos.

—Creo que este es mi baile, milady —dijo ofreciéndole el brazo, tras recuperar la compostura.

Fanny lo tomó y fueron hacia la puerta.

—Llevo toda la noche esperándolo, milord —le respondió sonriéndole con ternura.

Algo que pudieron ver con sus propios ojos todos los presentes en el abarrotado vestíbulo.

Era como si todo el salón de baile se hubiera trasladado allí, esperando ser testigos de primera mano, de la desavenencia entre los marqueses.

Los cuales los ignoraron y caminaron hacia la pista de baile para ocupar su lugar.

Lady Putney les observaba desde una esquina donde había sido relegada tras su regreso al salón, rechinando los dientes por la furia contenida.

Era más que evidente que su plan no había funcionado, tendría que emplear la artillería pesada si deseaba destruir a aquella furcia y ocupar su lugar de su brazo, como había ocurrido hasta ahora en cualquier evento desde la temporada anterior.

Y lo haría, por su parte, la guerra había comenzado.

Un par de horas después abandonaron el palacio sin haberse separado de nuevo ni un solo instante, acallando cualquier rumor que se hubiese producido sobre el desliz del Marqués con cierta dama en la biblioteca.

—Bueno, pues ya ha pasado —comentó Bramford acomodándose en el carruaje.

—Sí, gracias a Dios.

—¿Cansada?

—No especialmente, aunque agradecería un poco de paz en los próximos días.

—Lo supongo.

—Me lo tomaré con calma de aquí en adelante.

Bramford la miró calibrando sus palabras, no tenía muy claro que había querido decir con eso exactamente.

—Aún queda más de un mes para que termine la temporada y la gran parte de los nobles se retire al campo para pasar el verano —la recordó.

—Aunque no se espera que asista a todos los eventos a los que me inviten —dijo volviéndose hacia él, buscando su conformidad.

—No, por Dios.

—Entonces asistiré solo a los más interesantes y me tomaré un tiempo para mí, cada día —le informó de cuál era su plan a partir de ahora—. Ares echa de menos sus paseos por el parque y yo también.

—Esa es una actividad que podéis hacer juntos, sin ningún problema.

Bramford se dio cuenta de que no entendía a que se estaba refiriendo y decidió aclarárselo.

—Muchas damas y caballeros pasean por Hyde Park con sus mascotas a las horas de más afluencia.

—Nunca he entendido esa necesidad de dejarse ver en el parque —le confesó distraída.

—Es una tradición —la explicó—. Es una manera de anunciar que están en la ciudad.

—De todas maneras, preferimos algo más tranquilo y menos concurrido para nuestros paseos —le comentó no queriendo comprometerse a nada.

El carruaje comenzó a desacelerar al acercarse a la casa.

El viaje se había hecho corto, esta vez en medio de las calles casi desiertas de Londres.

Fanny se tapó bien con su capa antes de descender, tomo la mano que la tendía, pero ignoro su brazo.

Ya estaban de regreso, la comedia había terminado, al menos por su parte.

—Espero que disfrutes del resto de la noche —dijo nada más cruzar el umbral dirigiéndose hacia las escaleras—. Que descanses.

Bramford observó como se alejaba sin decir nada, confuso, puede que al final sí que estuviera enfadada por su desliz, cuando la había prometido que no debería preocuparse porque algo así sucediera.

Se colocó de nuevo el abrigo y se giró hacia la puerta, aún le quedaba un asunto que atender esa noche.

—Buenas noches, milord —le saludó el mayordomo tras abrirle la puerta y permitirle entrar al vestíbulo—. Sígame, por favor, milady le está esperando.

Bramford le siguió en silencio al piso superior, donde Agnes le esperaba en sus aposentos.

—Oh, ya estás aquí —le saludó despidiendo a su doncella para que los dejara solos —apenas si me ha dado tiempo para prepararme —se quejó retocándose el pelo que se había dejado suelto para la ocasión—. Y eso que he salido detrás de ti por si tenías prisa por verme —susurró incitándolo.

Bramford la miró con frialdad y se volvió hacia el mueble de las bebidas para servirse una ración, más que generosa, de su excelente whisky escocés, cortesía de Lady MacQuoid.

Se dejó caer en el sillón junto al fuego, dandole un buen trago, saboreando sus matices.

—No vas a ponerte cómodo, querido.

Agnes había estado observándole disimuladamente, mientras fingía terminar de prepararse para él, tratando de calibrar cuál era su estado de humor, después de como la había despedido delante de todos.

El hecho de que estuviera allí ya era un triunfo para ella, pero necesitaba un poco más de información para saber cuál debía ser su próximo movimiento.

Bramford la ignoró y siguió saboreando su copa, deleitándose con el danzar del fuego.

Rebusco en su chaqueta y saco su pitillera, no acostumbraba a fumar en su dormitorio, pero esa noche sintió la necesidad de hacerlo.

—Ya sabes que no me gusta que fumes aquí —le recordó sin ponerse demasiado seria al hacerlo.

—Y a mí no me gustan otras cosas —la rebatió con voz inexpresiva —las reglas están hechas para los dos, si uno decide romperlas el otro no se siente obligado a cumplirlas.

Agnes sintió como se le erizaba el pelo de la nuca al oírle, eso no presagiaba nada bueno, se dijo, era hora de moverse y hacerle olvidar lo ocurrido.

Bramford vio como se levantaba y caminaba hacia él, insinuante, dejándole ver, a través de su bata entreabierta, su fino camisón semitransparente.

Esa era una de las muchas cosas que le habían mantenido a su lado tanto tiempo, siempre se insinuaba de manera tenue, dejando que él descubriera el resto de lo que escondía y podía ofrecerle.

La enlazó por la cintura con un solo brazo y tiró de ella hacia él.

—No me ha dado la impresión de que estuvieras tan necesitado —ronroneó acomodándose sobre sus piernas, antes de fundirse con él en un tórrido beso.

Después de tanto tiempo sabía perfectamente que le gustaba y como hacerle disfrutar de sus encuentros, algo que esa noche iba a necesitar para mantenerle anclado a ella, anulando a su burda esposa de su mente.

Bramford la devolvió el beso y la dejo hacer, dejando que despertara su lujuria, para luego saciarla en su interior.

Esa noche buscaba venganza, no un intercambio de placeres.

Capítulo 9

Agnes se acurrucó con él junto a su pecho, pero este se separó al notar su contacto y se sentó con los pies fuera de la cama.

—Tengo que irme —dijo levantándose, comenzando a recoger su ropa al tiempo que se vestía.

—Tan pronto —se quejó confundida—. Pero si aún ni siquiera ha amanecido.

Bramford se mantuvo en silencio y acabó lo que estaba haciendo.

—Vamos vuelve aquí, querido, aún podemos divertirnos un poco más.

—No, esta ha sido la última vez —metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un estuche con un brazalete de plata y aguamarinas engarzadas—. Por los servicios prestados —dijo dejándolo encima del tocador de camino hacia la puerta—. Adiós.

—No puedes hablar en serio —bufó Agnes, saltando de la cama para ir tras él.

—No puedes dejarme así —gritó viéndole alcanzar las escaleras sin mirar atrás.

Se cerró la bata y corrió tras él.

—Oliver —le llamó desde lo alto de la escalera.

Este se paró en seco y se volvió furioso hacia ella.

—Bramford, tú no tienes ningún derecho a llamarme así —siseó entre dientes—. Nunca vuelva hacerlo Lady Putney.

Agnes se quedó paralizada al ver la ira que emanaba de cada poro de su cuerpo, él nunca la había mirado así. Haciendo que se sintiese verdaderamente intimidada por primera vez en su vida, no era posible que hubiese calibrado mal a ese hombre después de tanto tiempo juntos.

Y ella, convencida de que le conocía, pensó, que equivocada estaba.

—Vamos, vuelve a arriba para que podamos hablarlo con calma —le rogó intentando que volviera al dormitorio, donde estaba segura de poder convencerle para seguir con su relación como hasta ahora.

Bramford se giró de nuevo y continuó descendiendo hasta el vestíbulo.

—Está bien, si quieres marcharte no te detendré —dijo cambiando de táctica—. Mañana, en la velada musical de los Redford, seguiremos hablando de esto una vez te hayas calmado.

Bramford salió al exterior, sin mirar atrás, la decisión ya estaba tomada y no había nada en el mundo que le hiciera cambiar de opinión.

Decidió regresar a casa andando, a pesar de las horas y el peligro que suponía la ciudad de Londres, en una noche como esa, de niebla cerrada, en lugar de parar un coche de alquiler, necesitaba pasear y prepararse para el siguiente movimiento de Agnes, no era tan estúpido como para pensar que había aceptado su ruptura.

Lo que había ocurrido esa noche en el baile no volvería a suceder.

Ninguna mujer lo manipularía, jamás, se prometió a sí mismo.

Agnes se quedó mirando la puerta como se cerraba a su espalda, desde la escalera.

Apretó los puños con rabia, tenía hasta mañana por la noche, para encontrar la manera de hacerle volver a su cama y no tenía ninguna duda de que lo conseguiría, solo tenía que hallar el modo de presionarlo.

El hecho de que Scarlett volviera a Escocia ese mismo día, era un contratiempo, ella podría

haber sonsacado a Pembury algo que la ayudara o al menos propiciar algunos encuentros casuales entre ellos al ser amigos comunes.

Aun así, se las arreglaría, ya encontraría el modo, se prometió dándose la vuelta y regresando a su dormitorio.

Mañana, a la luz del día, seguro que se le ocurría algo con lo que convencerle de que seguir juntos era una buena decisión para ambos.

Capítulo 10

Bramford levantó la cabeza al oír la puerta principal abrirse y cerrarse, girándose hacia la ventana para ver a Fanny salir a la avenida y subir a un carruaje que la esperaba junto a la acera.

—Eso sí que no me lo esperaba —puntualizó Pembury, sentado a su lado —¿Quién era ese?

—No tengo el placer de conocerle —le respondió, sarcastico, con los dientes apretados.

Justo en ese momento, Jenkins anunció que su caballo estaba listo, desde la puerta de la biblioteca.

Bramford se apresuró en cruzar el vestíbulo y salir al exterior, si se daba prisa podría alcanzarlos y ver donde iban.

Cabalgó y fue tras ellos, pero el tráfico de la gran avenida hizo que los perdiera sin saber a donde dirigirse.

—Era un coche de alquiler sin ningún distintivo —dijo Pembury colocándose a su lado al paso.

Bramford maldijo entre dientes.

—No ibas a Tattersalls —le preguntó controlando su ira por haberlos perdido.

—Esa era la idea.

—Pues vamos.

Espoleó al caballo acelerando la marcha, Pembury lo siguió en silencio.

Si Bramford ya estaba de mal humor cuando llegó a la casa, ver salir a la Marquesa con un desconocido, lo había terminado de enfurecer, no iban a divertirse ese día, tal y como esperaban, sino conseguía relajarse primero un poco.

¿Quién demonios era ese hombre?, se preguntó lleno de curiosidad, Fanny hacía poco que había llegado a Londres y aparte de los Kedington y el resto de sus compañeros de trabajo, no conocía a nadie más, dedujo rebuscando en su mente cualquier información al respecto que se le hubiese escapado, sin encontrarla.

Por sus ropajes, bien podía ser cualquier escribano, pensó, descartando algún noble que hubiera conocido la noche anterior.

Sí, tenía que ser eso, pero por qué se había marchado con él, qué relación mantenían, sería su amante, se preguntó tensándose de rabia, haciendo que su caballo se encabritase.

Consiguió controlarlo en el último momento, ¿qué más le daba a él si su esposa tenía un amante o no?, pensó, sacudiendo la cabeza, confuso, él mismo había mantenido a Lady Putney como su amante hasta la noche anterior.

Dadas las circunstancias de su matrimonio, no sería de extrañar que ella también hubiera conocido a alguien, con quien deseara compartir su vida, aunque no pudieran casarse.

—Si vas a seguir de ese humor, mejor nos volvemos a casa con una botella de brandy a lamentarnos por nuestras penosas vidas —le propuso Pembury.

—Perdona, me imagino que tú tampoco estarás muy complacido con la partida de Lady MacQuoid —se disculpó al recordar el motivo de su visita esa mañana.

—Pues no, hubiera preferido que se quedara hasta el final de la temporada, como todos los años —le confesó—. Pero su marido ha solicitado su regreso, por motivos familiares, con antelación.

—Ella tampoco estaría contenta por dejarte.

—Qué más da, ya encontraré otra dama dispuesta a invitarme a su cama, si me apetece —le respondió—. Scarlett solo es una distracción segura, sin complicaciones, ni falsas pretensiones.

—Muy distinta de Agnes —le confesó—. La cual, desde que se supo de mi matrimonio, solo ha querido destruirlo y con él a mi esposa. Algo que no estoy dispuesto a tolerar.

Pembury le miró preocupado, así que ese era el motivo de su mal humor, Lady Putney había traspasado las líneas de su acuerdo y eso no le gustaba a ningún caballero, que solo buscaba un poco de diversión sin ataduras, ni quebraderos de cabeza, para eso ya estaban las esposas.

Los hombres solteros tenían derecho a tener un poco de paz en su vida antes de pasar por el altar y no volver a conseguirla, nunca.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó preocupado.

—Lo único que se puede hacer en estos casos —respondió encogiéndose de hombros —dar por terminada la relación.

—Uf, eso no será nada agradable teniendo en cuenta que Lady Putney no lo aceptará de buen grado.

—Pues no, pero ya está hecho —le confesó—. Esperemos que lo deje estar y podamos separarnos como amigos y no como enemigos.

—Lo dudo —murmuró Pembury cruzando las puertas del mercado.

—Olvidémoslo y demos una vuelta para ver que nos ofrece hoy —dijo Bramford encaminándose hacia los establos.

Pembury le siguió en silencio, la vista de los hermosos caballos y la posibilidad de pujar por ellos, siempre acababa poniéndolos de buen humor, por eso le había propuesto venir en primer lugar.

—Ponis, ponis —grito, corriendo con sus cortas piernecitas hacia el recinto donde había expuestos varios ejemplares para su venta.

—Stacy, ven aquí, Stacy —gritó Fanny corriendo tras ella, mientras que el señor Morrison pagaba al cochero que los había llevado a Tattersalls tras los oficios religiosos a los que habían asistido.

—Ves, ponis —exclamó ilusionada parándose tras el cercado.

—Ya los veo —la confirmó con la respiración entrecortada por el esfuerzo —pero no debes correr así por un sitio desconocido.

—Y mucho menos soltarte de nuestra mano, jovencita —la regañó su padre, llegando hasta ellas.

—Vale, no lo volveré a hacer —murmuró sin apartar la mirada de los animales —¿puedo tener uno?

—Ya lo hemos hablado, los ponis son caros y no podemos permitírnoslos.

—Pero en casa teníamos un poni —protestó sin entender por qué antes si que podía y ahora no —yo quiero uno.

Harris se volvió hacia Fanny impotente, no sabía que más hacer, para hacerla comprender que era del todo imposible tener un poni en las habitaciones que habían alquilado, en la ciudad, junto con la tía Melanie.

—Es demasiado pequeña para entenderlo —dijo Fanny colocando su mano sobre su brazo, demostrándole su apoyo.

—Lo sé.

Bramford se había vuelto inconscientemente al oír la voz de su esposa y observaba la escena

unos metros más allá, donde estaba examinando un pura sangre, que había llamado su atención.

Balbuceó una disculpa con el vendedor y fue hacia ellos.

—Buenos días, querida, si me hubieras dicho que deseabas visitar Tattersalls podrías habernos acompañado —la saludó con su voz más aristocrática, llegando hasta ellos.

—Oliver —exclamo sorprendida de verlo.

Después de la noche anterior y su salida posterior, para visitar la cama de Lady Putney, no esperaba verlo levantado, hasta bien entrada la tarde.

—Buenos días, Lady Bramford —saludó Pembury, sorprendiéndola de nuevo.

—Lord Pembury —se volvió hacia él—. ¿Ustedes no duermen nunca? —les preguntó sorprendiéndoles a ambos.

Morrison los miraba con cara de pocos amigos, debía haber imaginado que su marido podría estar allí y haber planeado ir de excursión a otro lugar, donde pudieran tener a Fanny solo para ellos.

—No vas a presentarnos —insistió Bramford al ver que no lo hacía.

—Ah, mis disculpas, caballeros —se excusó por su descortesía—. Ellos son el señor Morrison y su hija Stacy.

—Encantado de conoceros, señorita —la saludó Pembury tomando su mano, para llevársela a los labios.

Stacy le miraba como si le hubieran salido tres cabezas, rescató su mano y se la limpió en su vestido.

Pembury se echó a reír al ver el gesto.

—Harris, ellos son Lord Bramford y Lord Pembury —les presentó omitiendo sus títulos a propósito para no incomodarlo aún más.

—Es un honor —les saludó, sin saber muy bien que decir, en una situación como esa.

Fanny se volvió hacia él notando su incomodidad, debía estar confundido sin saber cuál sería la forma adecuada de dirigirse a la nobleza.

Hasta ahora él había sido su empleado y ellos tan solo sus amos, pero hoy era distinto, él solo era un hombre humilde disfrutando del domingo con su hija y una amiga.

Fanny se apiadó de él y le sonrió con cariño.

—Buf —bufó Bramford, al ver su sonrisa hacia ese desconocido y se erizó en toda su estatura.

No le estaba gustando nada el comportamiento de su esposa y la familiaridad con que lo trataba.

Estaba claro que ese hombre deseaba algo más que amistad, al ver como la miraba, por el amor de Dios, si la estaba desnudando con los ojos, delante de sus narices.

—¿Han venido a comprar un poni? —intervino Pembury, adivinando a donde se estaban encaminando los pensamientos de su amigo, con la intención de distraerle antes de que hiciera algo que los avergonzara a todos.

—Sí, poni, poni —gritó Stacy volviéndose de nuevo hacia el cercado.

—Me temo que no —confesó Morrison sin apartar la vista del Marqués.

—En las habitaciones que tienen alquiladas en Belgravia no hay cabida para un poni —les confesó Fanny—. Solo hemos venido a verlos, antes de ir a almorzar a la posada.

—Eso me recuerda que deberíamos marcharnos ya —dijo el señor Morrison consultando su reloj de bolsillo—. Stacy es hora de irnos.

—No.

—Entonces no podrás tomar el pudin y jugar con los gatitos del establo —la engatusó Fanny,

haciendo que soltara el cercado y se acercara para tomarla de la mano.

—Podemos quedarnos con uno —preguntó esperanzada.

—Se lo preguntaremos al jefe de los establos —la respondió Fanny con cariño.

—Caballeros —se despidió Morrison iniciando la marcha.

—Les deseo un buen día —dijo Fanny siguiéndole con Stacy a su lado.

Bramford y Pembury no pudieron hacer otra cosa que verles partir de nuevo, en silencio.

Si Bramford llevaba todo el día de mal humor, ahora parecía una tetera a punto de explotar, definitivamente este no estaba siendo un buen día y no parecía que fuera a mejorar.

—Nosotros también deberíamos ir yéndonos al club, antes de que se acaben los mejores platos —le propuso Pembury.

—Sí, será mejor que nos marchemos, ya —concordó Bramford yendo en busca de su caballo, ya volverían otro día a comprar ese ejemplar que deseaba.

Lady Putney había sido testigo silencioso, en la distancia, del encuentro.

Que la Marquesa hubiera preferido la compañía de otro hombre, no debía haberle sentado muy bien a Bramford, el cual estaría tan enfadado que sería fácil acercarse a él esta noche y ofrecerle su consuelo.

No se resistiría a tomarlo, se dijo feliz de haber acudido a la subasta en lugar de quedarse en casa como deseaba, lamentándose por su abandono.

Al amanecer todo se habría solucionado entre ellos y volverían a estar juntos, se prometió a sí misma, segura de ello.

Capítulo 11

—Bueno, pues parece que se ha suspendido el evento musical de los Redford para esta noche —comentó Pembury sentado en uno de los cómodos sillones de la sala de billar del Brooks.

—Eso acabo de oír —respondió Bramford saboreando su copa de brandy, sentado frente a él mientras hacían tiempo a que llegara la hora de volver a casa a prepararse para la noche —alguna idea para sustituirlo.

—No, la verdad, es que me vendría muy bien una noche tranquila en casa, esta temporada está siendo de lo más agitada o yo que me hago cada vez más viejo —dijo con apatía.

—Pues ya somos dos, amigo.

Y volvieron a caer en un cómodo silencio, bastante habitual entre ellos.

Ese era uno de los muchos motivos por los que ambos disfrutaban de su mutua compañía, no tenían porque estar todo el tiempo conversando como cotorras o corriendo de una actividad a otra. Podían sentarse cómodamente uno frente a otro, para perderse en sus propios pensamientos sin que se les tachase de antisocial o descuidado con sus deberes hacia su acompañante.

Tal y como, muchos otros caballeros, exigían si no estaban solos.

—Creo que me iré a casa —anunció Pembury levantándose y estirándose la chaqueta.

—Yo también —dijo Bramford imitándolo.

Salieron a la avenida y llamaron a un coche, habían mandado sus caballos a casa con un mozo cuando llegaron.

—Sé suave con ella —le aconsejó Pembury bajándose del carruaje frente a su residencia —ten en cuenta que ha vivido una vida sin ti, hasta hace, tan solo, una semana.

Bramford levantó la cabeza, sorprendido por su consejo.

—Lo tendré —le prometió—. En realidad, no me importa su pasado.

—Mentiroso —dijo cerrando la puerta tras él e indicándole al cochero que reiniciara la marcha.

Se quedó allí plantado hasta que lo perdió de vista, giro sobre sus talones y camino hacia su casa, la verdad es que se sentía más cansado de lo que pensaba, cuando le ofreció a Bramford una escusa para no salir esa noche y poder quedarse en casa con su esposa.

Pero ahora que estaba allí, una buena cena y un libro, se le antojaba una gran velada de la que disfrutaría.

Quizás sí que se estaba haciendo viejo y era hora de buscarse una esposa, con quien compartir más veladas como esa y de la cual no tuviera que despedirse cada verano, hasta después de navidad todos los años, pensó, recordando la partida de Lady MacQuoid hasta enero, si es que regresaba el próximo año.

Llegaría un día en que no volvería más y se quedaría en Escocia, junto a su esposo.

Eso era algo que siempre había sabido, tarde o temprano ocurriría.

Se cambió de ropa y fue al comedor en busca de su cena.

—Ha regresado la señora —le preguntó Bramford a Jenkins cuando le abrió la puerta.

—Aún no, milord.

Se volvió hacia él, confundido por su respuesta, está anocheciendo, pronto las calles se

cubrirían de esa maldita niebla rojiza, envolviéndolo todo.

No era el mejor momento para que una mujer sola caminase por las calles de Londres.

Entonces recordó que el señor Morrison estaría con ella, apretó los puños, furioso, ese no era su papel, sino el suyo.

Sacudió la cabeza tratando de apartar esos pensamientos de su mente.

—Dígale a la señora Jenkins que cenaré en casa y haga que me preparen un baño —le ordenó subiendo los escalones de dos en dos hacia sus aposentos—. Y avíseme en cuanto regrese —grito desde el pasillo de la planta superior.

—Sí, milord.

Bramford entró en su dormitorio y se dejó caer en el sillón, mientras esperaba que su ayuda de cámara le indicara que ya podía tomar su baño.

Debería plantearse instalar esos nuevos sistemas de tuberías para facilitarles el trabajo a sus sirvientes, pensó, dejando vagar su mente, pero sobre todo mejorar las letrinas.

Mañana lo consultaría con Pembury, si no recordaba mal, el Duque de Ainsworth ya las había instalado en su residencia de la ciudad, a principios de temporada, antes de que él y su familia se trasladaran.

Le preguntaría que tal su experiencia y si le recomendaba hacer tal inversión, pensó, añadiendo una nota mental para hablar con él.

Aunque Fanny era probable que las hubiera probado, al haberse pasado tanto tiempo en su residencia la semana pasada.

Si es que es allí donde había estado y no con el señor Morrison paseándose por Londres con la hija de ambos.

Dio un salto, erizándose en su asiento, al pensarlo, de donde había salido tan absurda idea, se preguntó, tratando de no darle la más mínima credibilidad, ella se la había presentado como la hija del señor Morrison únicamente.

Que tuviera una edad en que también pudiera ser hija suya, no quería decir que lo fuera, ¿o sí?

No, seguro que no, Fanny no era de esas mujeres que se entregaban a cualquiera, estando casada, mucho menos tener un hijo con su amante, se dijo esperanzado, pero poco convencido de ello.

Se masajeó la sien tratando de aplacar el incipiente dolor de cabeza que semejantes pensamientos le estaban causando.

—Su baño está listo, milord —anunció su ayuda de cámara desde el umbral de la puerta que unía su dormitorio con la zona de aseo.

Bramford fue hacia allí, dispuesto a relajarse y olvidar semejante descabellada idea.

Fanny llegó como una hora más tarde, justo cuando la oscuridad de la noche comenzaba a adueñarse de las calles.

La hubiera gustado regresar antes, pero no había sido fácil alejar a Stacy de sus nuevos amigos en el establo, al final, su padre tuvo que claudicar y aceptar que un gatito de la nueva camada regresara a casa con ella.

Sonrió con cariño al recordar la cara de Stacy cuando su padre dio su consentimiento, solo por eso merecía todas las molestias que pudiera causarles su nuevo inquilino.

Oyó a Ares que se acercaba y se agachó para saludarle.

—Siento haberte dejado solo tanto tiempo —se disculpó acariciándole la cabeza con cariño —el próximo domingo podrás venir con nosotros, te lo prometo.

Ares ladró su acuerdo como si la hubiera entendido y troto de regreso a la sala.

Fanny fue tras él.

—Por favor, podrían traerme una bandeja con la cena a la sala cuando esté lista —le pidió a Jenkins el cual iba tras ella.

Bramford soltó el pasamanos que no sabía que apretaba con tanta fuerza al escucharla, así que tenía pensado verle de nuevo la próxima semana, eso lo único que quería decir es que se veían con asiduidad, sintió renacer la ira en su interior.

Si no fuera porque era del todo imposible, diría que estaba celoso de a quien dirigía sus afectos, su esposa, pero a él no le interesaba lo más mínimo ser receptor de ellos, se dijo sacudiendo la cabeza y reanudando la marcha, hacia la biblioteca, donde esperaría hojeando el periódico a que la cena estuviera servida.

Se sentó en su sillón favorito y tomo el periódico, finamente doblado, de la mesita, tras encender un cigarro.

Aunque muy pocos de sus conocidos lo creyeran, ese era uno de sus momentos preferidos del día.

Saborear un buen cigarro, en la paz de su biblioteca, sin que nadie le molestara, pero esa noche se sentía inquieto y no pudo disfrutarlo.

Tras más de media hora intentándolo, se dio por vencido, cerro el periódico y se puso en pie, cruzo el vestíbulo hacia la sala.

—¿Puedo acompañaros, milady? —preguntó desde el umbral, antes de entrar, la había prometido que preservaría su intimidad, si no deseaba su compañía.

Fanny se volvió sorprendida al oírle, no esperaba que estuviera en casa a esas horas, nunca lo estaba, al menos desde que ella residía allí.

—Por supuesto, milord —le respondió con una sonrisa, la verdad es que se alegraba de verle —, ¿no salís esta noche?

—Me temo que la velada musical, a la que tenía pensado asistir, ha sido cancelada por motivos familiares —la confesó.

—Seguro que hay más eventos en la ciudad, a los cuales habéis sido invitado para distraeros.

—Supongo que sí.

Fanny levantó una ceja interrogativa, esperando que continuara, pero él ya había perdido interés por la conversación y se había acercado a la mesita frente al fuego para dejar el periódico, que llevaba en las manos, antes de saludar a Ares, que esperaba pacientemente su turno de caricias.

Fanny sonrió al verle tan desinhibido y alegre, jugando con su perro, nadie diría que el Marqués de Bramford podía relajarse, hasta parecer un niño despreocupado, con algo tan banal como la mascota de su esposa.

Nunca le había visto así y le gustaba, estaba aún más guapo y viril que con el disfraz de aristócrata, que siempre usaba, tuvo que reconocer para sí misma sintiendo las alas de las mariposas revolotear en su estómago.

Esa sensación se estaba haciendo cada día más frecuente cuando se encontraba en su presencia, pensó, apoyando su mano en el abdomen como si pudiera pararlas con tan simple gesto.

—La cena ya está preparada —anunció Jenkins desde la puerta—. ¿Dónde desean que se la sirvan?

Bramford se volvió a mirarla, dejándola a ella la decisión, no la impondría su presencia si ella no lo deseara.

—En el comedor contiguo, por favor.

—Muy bien, milady.

Fanny observó como se alejaba antes de mirar a Oliver.

—Estoy suponiendo que cenaréis conmigo.

—Por supuesto, estaré encantado con vuestra compañía —la respondió, poniéndose de pie y tendiéndola el brazo para guiarla al comedor.

Bramford observó los cambios que también se habían producido en esa estancia.

En lugar de la típica mesa alargada, Fanny había preferido una gran mesa redonda dispuesta para seis comensales, dándole así un ambiente mucho más íntimo y familiar a las comidas.

—¿Os gusta? —le preguntó viendo como examinaba la estancia sin decir nada.

—La verdad es que sí —respondió con una cálida sonrisa en los labios—. Tenéis el don de transformar una fría estancia, que solo se utilizaba de paso por formalidad, en una agradable habitación, donde no te importaría permanecer más tiempo del necesario, dada su comodidad y calidez.

—Gracias —dijo azorada por el cumplido que acababa de hacerle.

—¿Hay alguna habitación más que hayáis retocado?

—Tan solo mi cuarto —respondió ruborizándose de nuevo.

—Espero tener el honor de poder visitarlo algún día.

La entrada de los lacayos con la sencilla cena que habían encargado evito que tuviera que responder, porque no hubiera sabido qué decir al respecto, ni siquiera tenía claro si su interés era solo por ver la decoración o había algo más tras sus palabras.

Nunca había sido buena detectando las intenciones de los caballeros, tal y como, Melanie la recordaba a menudo, normalmente no se daba cuenta de que la cortejaban o se estaban postulando como pretendientes en los bailes de la parroquia, los únicos a los que había asistido hasta la noche anterior.

Ambos se sentaron y disfrutaron de la cena, charlando, animadamente sobre banalidades, entre copa y copa, del buen vino que les habían servido.

Tras la cual se trasladaron de nuevo a la sala, Bramford se acomodó en uno de los sillones de tres plazas, medio recostado con las piernas en alto, frente al fuego, mientras que Fanny se acomodó de espaldas a este, para poder mirarle de frente con un libro en las manos.

Ambos se sentían cómodos con el silencio que se había instaurado en la habitación, disfrutando de sus lecturas.

El reloj marcando las diez de la noche, saco a Fanny de sus abstracciones, devolviéndola al presente.

—Es hora de retirarme —le dijo cerrando el libro y estirándose perezosamente.

—Creo que yo haré lo mismo —la respondió imitándola.

Ares se levantó al verlos y camino hacia la puerta, ambos lo siguieron.

—Creéis que podréis dormir siendo tan temprano para vos —le preguntó extrañada al ver que hablaba en serio en cuanto a retirarse a esas horas.

—Por supuesto que sí, estoy más cansado de lo que aparento —confesó volviéndose a mirarla.

—Nunca pensé oír esa palabra de vuestros labios.

—Mujer de poca fe —se rio entre dientes—. Los libertinos también dormimos, aunque preferimos hacerlo acompañados —se volvió y la guiñó un ojo provocativo, con una sonrisa torcida en los labios.

Fanny se tropezó con el siguiente escalón al verle, tuvo que agarrarse fuertemente al pasamanos para no caer.

Oliver no puedo resistirse y se rio a carcajadas al verlo, pero no hizo nada para sujetarla.

Le encantaba provocarla de esa manera, puede que hasta un día se atreviera a visitar su cama. Su libido se despertó de solo pensarlo, pero se obligó a mantenerlo bajo control.
—Que descanséis —la dijo una vez llegaron al pasillo superior.
—Lo mismo os deseo —le respondió.
Ambos se volvieron y caminaron rumbo a sus habitaciones en direcciones opuestas.

Capítulo 12

—Disculpe, milady —la llamó Jenkins desde el pie de la escalera —ha llegado un mensaje urgente para vos.

Fanny se volvió y regreso a las escaleras, intrigada. Quién podría enviarla un mensaje a esas horas y que podía haber sucedido, tan importante, se preguntó mientras esperaba a que Jenkins llegara hasta ella y se lo entregara.

Bramford regresó a su lado preocupado, ese tipo de mensajes no solían traer buenas noticias, por lo que se preparó para lo peor y ayudar en lo que pudiera.

Fanny tomó la misiva y comenzó a leer. Tuvo que agarrarse a la barandilla cuando sintió que se mareaba por la impresión.

—Oliver —susurró buscando su apoyo a tientas.

—Estoy aquí —la dijo tomándola por la cintura y acercando su espalda a su pecho.

Fanny separó la misiva para que pudiera leerla.

—Que avisen inmediatamente a mi médico para que vaya a … —la miró expectante esperando la dirección.

—Dieciocho de Frist, St.

—Y que traigan el carruaje enseguida —ordenó—. Ve a prepararte, nos vamos —la dijo soltándola, mientras se alejaba para terminar de vestirse.

Diez minutos después, ambos salían por la puerta y subían al carruaje que les esperaba.

—Lo solucionaremos —murmuró Bramford, sentado frente a ella—. No tardaremos en llegar, a estas horas apenas hay tráfico por las calles.

Fanny le sonrió agradeciéndole el gesto, apenas si podía respirar de lo preocupada que estaba.

—Gracias por acompañarme —murmuró agradecida de poder contar con su presencia, él la transmitía la fuerza que la faltaba solo con estar allí.

Sin él a su lado todo sería aún más terrible para ella, ver su seguridad y determinación la daba esperanzas de que todo se quedaría en un susto y Stacy no tendría que sufrir de por vida ninguna incapacidad.

Era tan pequeña y había sufrido tanto.

El carruaje comenzó a desacelerar al acercarse a su destino, Oliver había tenido razón, apenas si tardaron quince minutos en llegar a la casa.

—Vamos —la tendió la mano para ayudarla a descender.

—Gracias.

—Ocurra lo que ocurra ahí dentro, debes controlarte y mantener las emociones bajo control o no podrás ayudar a tus amigos —la aconsejó—. Por lo que te convertirás en un estorbo al tener que preocuparse también por ti.

—Lo intentaré —murmuró volviéndose hacia él—. ¿Me ayudarás?

—Estoy aquí para eso, permíteme ser tu ancla.

Fanny cabeceó su acuerdo y camino hacia la puerta, Bramford la seguía de cerca, subieron al segundo piso y caminaron hasta la puerta al final del pasillo.

Bramford la golpeó con su bastón, al ver que no había aldaba con la que llamar.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sorprendido Harris al verla en su entrada.

—Yo la he pedido ayuda y que viniera —dijo Melanie acercándose a ella —gracias —susurró tomándola de las manos.

—Mi médico llegará en cualquier momento.

—Ya ha llegado, está ahora mismo examinándola con su enfermera.

—No puedo creer que no esté gritando como una energúmena de dolor —dijo Harris alejándose de la puerta.

—El matasanos que vino antes la retorcía de tal manera la pierna que la pobre no dejaba de gritar y llorar —les explicó Melanie—. Incluso quería cortársela —exclamó horrorizada.

—¿Tan grave ha sido? —preguntó Oliver, preocupado.

—Espero que no.

—Gracias a Dios, Harris le echo antes de que pudiera usar su oxidado serrucho.

—Solo porque tú también te pusiste a gritar como una loca.

—Ese matasanos quería cortarla la pierna —le recordó enfrentándose a él—. Estaba loco, nunca debió entrar aquí.

—Es todo lo que podemos permitirnos —se volvió para encararse a su hermana.

Ya se sentía bastante mal, por ello, por el amor de Dios, era su hija la que estaba ahí dentro.

—Basta, no es el momento para esto —intervino Bramford para detener la pelea entre los hermanos—. Estoy seguro de que mi médico encontrara una solución menos drástica para ella.

—Puede estar seguro de ello, milord, la amputación era totalmente descabellada dado el caso —dijo el médico, regresando a la habitación principal, donde le esperaban—. He recolocado los huesos lo mejor que he podido, dado el estado en que los había retorcido el otro médico y vendado —les explicó—. No espero que haya ningún problema, dada su edad, el hueso soldara, volverá a correr y jugar, como antes, en unas semanas.

—Gracias a Dios —murmuró Melanie aflojando un poco el agarre de sus manos.

—¿Cuánto le debo? —se adelantó Harris, aún preocupado por como iba a conseguir el dinero que le debían.

—¿Podemos verla? —intervino Fanny antes de que pudiera responder.

—En cuanto la enfermera termine de colocarla, milady —la respondió volviéndose hacia ella —estará dormida aún unas horas y bastante tranquila, durante todo el día de mañana —la explicó —. Por lo que no se asusten, he tenido que darla una dosis de láudano para que no sufriera mientras la recolocaba el hueso.

—Por eso no lloraba —dijo Melanie.

—Ya pueden pasar —anunció la enfermera uniéndose a ellos.

Todos se precipitaron en el cuarto ansiosos por verla.

—Hay algo más que deban saber —le preguntó Bramford al médico.

—Que deben darle cinco gotas de esto —le tendió un botecito con la medicina—. Cada doce horas, diluido en medio vaso de agua, evitará que se le inflame la pierna y apaciguará el dolor.

—Está bien.

—Nada de levantarse o apoyar la pierna bajo ningún concepto —le advirtió—. Yo volveré pasado mañana para ver como sigue.

—Eso será difícil de conseguir —dijo Harris uniéndose a ellos, Bramford le tendió el frasco con la medicina.

—Lo imagino. Sí, hay cualquier novedad, avísenme —le advirtió antes de marcharse con su enfermera.

No había nada más que pudiera hacer por su paciente de momento, la recuperación sería lenta, pero si hacían lo que les decía, no la quedarían secuelas, pronosticó convencido.

—Yo correré con todos los gastos, ya encontraremos la manera en la puedas devolvérmelo —le propuso Bramford siendo muy consciente de lo que suponía para su orgullo, siendo el cabeza de familia, al no poder cumplir con su deber—. Ahora lo importante es Stacy y su recuperación.

—Gracias, milord —dijo entre dientes reconociendo que sin su ayuda, su hija a esas horas tendría una pierna menos —le devolveré hasta el último penique.

—Estoy seguro de ello.

Ambos se miraron a los ojos para sellar su acuerdo.

Aunque a Bramford le importaba muy poco recuperar su dinero, era la única forma que se le había ocurrido para aliviar su conciencia.

Confiaba en que Fanny encontrara otra solución, para que dejara pasar la deuda que había contraído.

—Por el amor de Dios, ha tenido que pasar esto para que te des cuenta de que estas habitaciones son un peligro para una niña tan pequeña —le regañó Fanny regresando a la sala.

—Es todo lo que podemos pagar —la recordó Harris, erizándose ante ella.

—Mi casa es mucho más adecuada, incluso tiene un jardín posterior donde puede jugar sin peligro —le recordó —. Está cerrada y vacía, lista para su uso.

—No, ya lo hemos hablado y no.

—Sí, mañana mismo nos instalaremos Stacy y yo —replicó su hermana enfadada de nuevo —puedes venir con nosotras o quedarte aquí para los restos, tú decides.

—Es mi hija, no puedes llevártela de mi lado.

—También es mi sobrina y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme su bienestar —replico decidida.

—No podemos pagar el alquiler de una casa así —le recordó airado.

—No voy a cobraros nada —le aseguró Fanny.

—No viviere de la caridad de nadie, mantendré a mi familia por mí mismo —siseó encarándose a ella.

—Harris —gritó Melanie al ver su actitud.

Pero Fanny no se amilanó y le hizo frente.

—Si me permitís —intervino Bramford tratando de calmar los ánimos.

—No —le gritaron al unísono, regresando de nuevo, a su cada vez, más encarnecida discusión.

Bramford se dejó caer y apoyo la espalda contra la puerta, observándolos en silencio.

—Os recuerdo que cualquier propiedad que mi esposa afirme poseer, en realidad es mía y seré yo quien tenga la última palabra sobre ella —dijo Bramford cansado de verles enfrentarse por ello.

—No serias capaz de negarte a mis designios sobre lo que deseo o no deseo hacer con mi propia casa —le encaro Fanny volviéndose hacia él.

Bramford levantó una ceja desafiándola, sin decir nada.

Fanny bufó enfadada, estaba rabiosa, como se atrevía, se preguntó, y ella pensando que muy en el fondo, su esposo tenía corazón, pero estaba claro que estaba equivocada, era un ser sin sentimientos, incapaz de ayudar al prójimo, salvo en su propio beneficio.

—Por supuesto que pagaréis un alquiler adecuado a los precios de la zona —dijo Bramford ahora que tenía su atención —desde enero del próximo año, más un suplemento por los meses de aquí a enero, para cubrir las mensualidades que no pagaréis hasta entonces.

—En enero comenzarán a llegar los encargos para la nueva temporada, lo que nos permitirá pagar el arrendamiento sin problemas —dijo Melanie, comenzando a entender a qué se refería el

Marqués—. Hasta entonces y con las nuevas clientas que llegaran mañana, habremos conseguido ahorrar lo suficiente para poder permitírnoslo y vivir con holgura.

Todos en la habitación se quedaron en silencio pensando en lo que Melanie había dicho, Bramford los dejo recapacitar durante unos minutos más, antes de intervenir de nuevo y dar por zanjada la cuestión.

—Mañana mismo hablaré con mis abogados para que redacten el contrato —les explicó—. Os propongo esperar hasta pasado mañana y contar con el visto bueno del médico antes de trasladar a Stacy —les propuso—. Para entonces mis abogados ya tendrán listo el documento para firmarlo.

—Lo pensaré —dijo Harris, no dando su aprobación por el momento, aunque reconocía sus ventajas.

—No hay nada que pensar —le regañó su hermana exasperada.

—He dicho que lo pensaré —siseó advirtiéndola para que no volviera a entrometerse.

—Entonces, volveremos pasado mañana a media tarde para conocer su respuesta —dijo Bramford incorporándose—. Es hora de irnos, querida.

—Sí, os dejaremos descansar —concordó con él, tomando su capa y saliendo al rellano—. Nos veremos el martes —se despidió.

Bramford fue tras ella en silencio.

—Era necesario —la susurró alcanzándola en la escalera.

—Lo sé.

Y era cierto, ahora lo sabía.

Subieron al carruaje, pero Fanny se sentó a su lado en esta ocasión, entrelazando sus dedos con los suyos.

—Estoy tan cansada —susurró apoyando la cabeza sobre su hombro y cerrando los ojos.

—No tardaremos en llegar.

Notó como una lágrima solitaria resbalaba por su rostro, pero la dejo ir, no quería soltarle, él había dicho que le dejara ser su fuerza y ahora la necesitaba más que nunca.

La vida no dejaba de golpearte cuando menos te lo esperas y aunque ella no estuviera demasiado complacida con el giro que había pegado la suya, al menos sabía que había gente a su alrededor con quien podía contar, puede que no para siempre o que no estuvieran allí la próxima vez, pero hoy, Oliver estaba a su lado y con eso la bastaba.

Suspiro y le apretó la mano con más fuerza.

Oliver se había mantenido en la misma posición, observándola en silencio, no quería perturbar ese momento de paz que parecía haber conseguido y que tanto se merecía, pero había algo que no dejaba de rondarle la mente y no pudo dejar de preguntar.

—¿Qué ha pasado en realidad?, con tanto lío no he conseguido saber como Stacy ha acabado así.

—La puerta no cierra bien, casi siempre se queda entreabierta —le explico levantando la cabeza para poder mirarle —el gato se escapó y ella fue tras él, cayendo rodando por las escaleras.

—Uf, es un milagro que acabase solo con una pierna rota —murmuro, rememorando en su mente, el tramo de escaleras en mal estado por el que habían subido.

—Los niños tienen un ángel de la guarda que siempre los protege —murmuro volviéndose a apoyar en su hombro —o al menos eso decía mi madre.

—Sí, eso piensa mucha gente —la confirmo con una sonrisa tierna en los labios.

Se giró a mirarla y la levanto la cabeza, sujetándola la barbilla.

Se miraron por un momento a los ojos, antes de que sus labios rozaran los suyos con delicadeza, con una ternura que nunca pensó que tenía, fue profundizando el beso poco a poco, hasta que la oyó suspirar y no pudo resistirse a introducir su lengua en su suave caverna.

Fanny se dejó llevar, imitándole e incitándole a ir más allá.

Sentía su corazón palpitar a un ritmo vertiginoso, al tiempo que sus pechos hinchados luchaban por llenar de aire sus pulmones, pero a pesar de eso no quería que parase.

Su sabor al vino maduro, del que habían disfrutado durante la cena, la embotaba los sentidos, impidiéndola pensar.

Suavemente, Oliver rompió el beso, al sentir que el coche se detenía, abrió los ojos y pudo comprobar que habían llegado.

Perezosamente, se separó de ella y se incorporó.

Ninguno de los dos dijo nada, caminaron hacia la casa, y fueron directos a sus aposentos, el día había sido largo. lleno de descubrimientos y sorpresas que ninguno de los dos esperaba o estaba dispuesto a afrontar en esos momentos.

Capítulo 13

Fanny se levantó tarde esa mañana, se había negado a pensar en lo ocurrido la noche anterior en el viaje de regreso a casa. Dándole una importancia que no tenía.

Los dos estaban cansados, con las emociones a flor de piel, solos en la semi oscuridad del carruaje, enfadados con lo injusta que era la vida y preocupados por Stacy.

Apoyándose el uno en el otro, para no dejarse llevar por la desolación e impotencia del momento.

Un beso tierno, lleno de confort, era lo que necesitaban para que la ilusión, la esperanza, renaciera en sus corazones, porque todo iría a mejor.

Porque eso es lo que había sido un simple beso de aliento y nada más.

Si lo repetía una y otra vez en su mente, puede que con el tiempo su corazón, acelerado, solo con recordar el tacto de sus labios sobre los suyos, se lo creyera.

Aun así, la siempre practica Fanny, se obligó a hacerlo y seguir con su vida.

Hoy se pasaría por el Club y más tarde iría a ver a Melanie, para ver como la había ido con sus nuevas clientas, pero sobre todo para saber de Stacy, se dijo con determinación, apartando la silla y volviendo a sus aposentos para prepararse.

Como no sabía hasta qué punto podía usar el carruaje, decidió ir caminando, por lo que se puso unas buenas botas de cuero marrones, sus preferidas, para su paseo.

Cruzo el parque que ya empezaba a llenarse de niñeras e institutrices, que se agolpaban junto al Serpentine, donde los niños jugaban bajo su supervisión.

Qué distinto se veía todo a cuando lo cruzaba, por la mañana, temprano y solo algunos caballeros cabalgando por la gran avenida eran su compañía.

Le parecía tan lejanas aquellas mañanas y apenas habían pasado dos semanas desde que su vida cambio completamente, teniendo que adaptarse de nuevo para sobrevivir.

Suspiro con nostalgia por aquel tiempo pasado, por el anonimato, por la libertad, por todo ello de lo que ya nunca más disfrutaría.

Sacudió la cabeza y aligero el paso, no tenía sentido fantasear con el pasado que ya no volvería, se recordó a sí misma.

Bramford llegó a casa sobre media tarde, después de haber comido con Pembury en Brooks y volver al bufete de sus abogados a por los documentos que le faltaban.

—¿Está la señora en casa? —le preguntó a Jenkins entrando al vestíbulo.

—No, milord.

—Avíseme cuando regrese —le ordenó caminando directo hacia la biblioteca.

Dejó la carpeta sobre el escritorio y se quitó la chaqueta, el chaleco, junto con el pañuelo corrieron la misma suerte, mientras se desabrochaba los primeros botones de la camisa.

Odiaba estar en casa con tanta ropa, prefería con mucho la libertad que le daba solo la camisa.

Aunque otros años no era necesarios tenerlos encendidos, para estar a buena temperatura, en esta ocasión todos los fuegos de la casa ardían a media carga para que fuera agradable permanecer en mangas de camisa, tal y como a él le gustaba estar.

Se preparó una copa y se sentó en su sillón favorito a hojear el periódico, mientras espera a su

esposa.

Seguro que no tardaría en llegar, esa noche asistirían al baile de los Middleton y se acercaba la hora de prepararse para la cena, la cual esperaba poder compartir con ella, en aquel cálido comedor, como la noche anterior.

El reloj de encima de la chimenea dio las siete de la tarde y subió a arreglarse.

—¿Aún no ha regresado? —le pregunto a su mayordomo al cruzar el vestíbulo rumbo a las escaleras.

—Todavía no, milord.

Acababa de alcanzar el pasillo superior cuando oyó que la puerta principal se abría.

—Buenas tardes, Jenkins —lo saludó al entrar—. Llego un poco tarde, tengo que recordar que a estas horas todos los carruajes de alquiler están ocupados —comentó sin detenerse en su camino hacia su cuarto—. La próxima vez saldré antes o más tarde, da igual, porque acabaré llegando a la misma hora —suspiró resignada.

—¿Por qué no te has llevado nuestro carruaje? —observó Bramford extrañado.

—Oh, no te había visto —dijo levantando la cabeza hacia él —no sabía si ibas a necesitarlo tú —le confesó.

—Rara vez uso el carruaje —la confesó—. Prefiero mi caballo o tomar uno de alquiler, paso muchas horas dentro del Club y no me gusta tener a los caballos esperando en la calle.

—A mí tampoco, por lo que prefiero caminar si es posible.

—Pero hoy venías de demasiado lejos.

Fanny llegó a su altura y se paró frente a él.

—Fui a ver a Melanie, para saber que tal su día y como le había ido con las nuevas clientas —le explico —además de a interesarme por Stacy.

—¿Cómo se encuentra?

—Ha pasado una buena noche, gracias al remedio que le dio el médico para el dolor —le contó—. Harris se ha tomado el día para poder cuidarla y mañana será Melanie quien se quede con ella.

—Me alegro —la dijo con sinceridad —. Espero que siga así.

—Milord, el baño se enfría.

Oyó Bramford decir a su ayuda de cámara a su espalda.

—Iré enseguida.

—Yo también tengo que arreglarme.

—¿Cenamos juntos? —la preguntó viendo como se alejaba por el pasillo.

—Te veré abajo —fue todo lo que dijo, antes de entrar en su dormitorio, donde Zoe la esperaba.

Bramford se giró con una sonrisa en la cara hacia su propio cuarto, no había rechazado su compañía y eso, por algún motivo que desconocía, le hacía feliz.

Fanny estaba confundida, no recordaba ni una sola noche, aparte de la anterior, en la que Oliver hubiera preferido su compañía, para la cena, a la de Lady Putney.

Apretó los puños con fuerza, furiosa, solo con recordar su nombre en su mente.

Entonces recordó que esa noche debían asistir juntos al baile de los Middleton para mantener las apariencias, donde permanecerían, al menos un par de horas, antes de ser libres de poder retirarse cada uno por su lado.

Otra de las muchas normas absurdas que la sociedad les imponía, como si no se supiera quienes tenían un buen matrimonio y quienes ni siquiera se soportaban.

Pero todo el mundo las seguía, pensó, encogiéndose de hombros mientras se secaba el pelo

frente a la chimenea.

Al fin y al cabo, en esta ocasión quien ganaba era ella, pudiendo pasar más tiempo en compañía de su esposo, sonrió satisfecha.

Cenaron en armonía, disfrutando de su mutua compañía, antes de partir para el baile.

Si en el baile de la Reina todo lo que hizo fue ser presentada a cientos de extraños, en el de los Middleton no dejo de bailar, ni una sola pieza, pensó, en el carruaje de regreso a casa, estaba agotada, pero la encantaba bailar y esa noche había disfrutado, sobre todo del vals que había compartido con su esposo.

Levantó la mirada con una sonrisa en los labios, estaba feliz.

Bramford se había mantenido en silencio, sentado frente a ella, observándola, parecía feliz a pesar de lo muy cansada que debía de estar, no había parado ni un minuto en toda la noche, parecía estar disfrutando por lo que se quedaron bastante más tiempo del que tenían planeado, le gustaba verla sonreír así.

El carruaje se detuvo y ambos descendieron.

—Estoy muy cansada, si me disculpas me retiraré ya —anunció Fanny, nada más entrar en el vestíbulo.

—Oh, casi lo olvido, hay algo que deseo darte antes de partir mañana para Bramfield.

—¿Te marchas a Bramfield? —le preguntó volviéndose hacia él, sorprendida.

—A primera hora, tengo que declarar en el juicio contra mi antiguo administrador, pasado mañana —la informó de sus planes.

—Ah

—Si pudieras concederme unos minutos —la pidió extendiendo el brazo para indicarla que fueran a la biblioteca.

—Si es tan importante —claudicó encaminándose hacia allí.

—Gracias, por favor, toma asiento —la indicó yendo hacia el mueble de las bebidas —¿Brandy?

—No, gracias, creo que he bebido demasiado ponche —le confesó sintiéndose un poco mareada —. Aunque se supone que solo es una mezcla de frutas.

—Regado con un buen brandy —la explicó—. Y el de esta noche estaba bien cargado.

—Nunca he preparado un ponche con licor —le confesó—. Ni ninguna de las anfitrionas a las que he visitado en Bramfield lo ha hecho.

—Pues en Londres es muy popular, sobre todo en los eventos como el de esta noche.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

Fanny se recostó un poco más en el respaldo y cerro los ojos, se sentía aún más embotada que antes, esperaba que Oliver no tardara mucho en dejarla retirarse a sus habitaciones, lavarse la cara con agua fría y tumbarse en su cama, la ayudaría a que se le pasara ese atontamiento.

Bramford la había estado observando con detenimiento, no sabía como no se había dado cuenta antes de que su esposa estaba borracha, la verdad es que lo había disimulado muy bien, si ella no lo hubiera reconocido probablemente ni se hubiera enterado.

Se giró y tomo la carpeta que sus abogados le habían dado, antes de reunirse con ella, junto al fuego.

Intentaría darse prisa en explicárselo antes de que se quedara completamente dormida, quería dejar ese tema totalmente zanjado antes de partir al amanecer.

Capítulo 14

Oliver se acercó y se dejó caer a su lado en el diván.

—Les pedí a mis abogados que encontraran la manera en que pudiera cederte la propiedad de tu casa en Belgravia para siempre y que ningún otro hombre pudiera reclamar sus derechos sobre ella, ni a ti, ni a tus descendientes —la informó tendiéndola la carpeta.

Fanny le miro sorprendida.

—No sabía que eso se podía hacer en Inglaterra —le confesó.

—Ni ellos tampoco, pero de alguna manera lo han conseguido.

—No sé qué decir … —le dijo agarrándola con fuerza con las dos manos—. Gracias, supongo.

—Además, he abierto una cuenta a tu nombre en el banco con todo lo que asciende a tu manutención desde que nos casamos, la cual nunca recibiste.

Fanny se quedó sin habla al oírle, eso sí que no se lo hubiera podido imaginar, ni en sus mejores sueños.

—Ahora dispones de un discreto capital y una asignación trimestral de mil libras para tus gastos —terminó de explicarla—. Todos los papeles están en esa carpeta.

Fanny bajó la mirada para observarla, eso era más que generoso por su parte.

—¿Cuál es la trampa? —le preguntó no creyéndoselo del todo.

—Ninguna, no tienes nada que temer.

—Si algo he aprendido en esta vida, es que nadie da nada sin esperar algo a cambio y tú acabas de darme mucho más de lo que me corresponde, sin ninguna necesidad de hacerlo.

—De verdad que no espero nada —la dijo viendo que seguía dudando de su palabra —cuando muera el título y todo lo que está ligado a él, pasará a manos de la corona —la aclaró—. Cederte algo a ti para dejarte bien establecida, es lo menos que puedo hacer.

—Eso solo ocurrirá si falleces sin heredero.

—Que es exactamente lo que pasara.

—Pero …

—Basta, tómalo y punto —la replicó airado, no deseaba dar más explicaciones sobre ese tema en especial.

—Está bien —claudicó, dejando la carpeta sobre la mesita —. Sabes que podrías pedir la anulación y casarte con otra mujer más de tu agrado, para así concebir un heredero.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —la preguntó, extrañado por su sugerencia.

Nunca entendería a las mujeres, ni su forma de razonar, iluso el hombre que se creyera haberlo conseguido, pensó, contrariado.

—Porque está claro que yo no soy la esposa que esperabas, ni lo suficientemente hermosa como para que desees visitar mi cama, en busca del heredero para el marquesado —le confesó lo que pensaba.

—¿Qué? —gritó aún más confundido que antes.

—Tranquilo, no pasa nada, ambos conocemos la naturaleza de nuestra unión.

Bramford sacudió la cabeza, incrédulo, qué tenía que ver la imposición de su matrimonio, con pasar un buen rato retozando entre las sabanas, se preguntó sin llegar a comprenderlo, de repente

lo entendió todo.

Ella era una joven dama inocente que nunca había disfrutado de los placeres del lecho.

—Eres una mujer inteligente, valiente y leal con tus amigos, además de hermosa —la alabó —cualquier hombre estaría orgulloso de que fuerais su esposa.

—Menos vos —murmuró, bajando la cabeza para que no pudiera ver reflejado en sus ojos la profundidad de sus sentimientos.

Bramford detectó la añoranza y el anhelo en sus palabras, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

Abrió la boca para aclarárselo, pero ningún sonido salió de él, en cambio, se inclinó sobre ella para adueñarse de sus labios.

Sería mejor demostrárselo, ella nunca le creería de otro modo y se dispuso a hacerlo con total abandono.

Ya la había besado antes, por lo que esta vez no se quedó parada, dejando que él la guiara, sino que tomo la iniciativa y lo incito, recorriendo con la lengua el contorno de su boca, hasta que un gemido de placer se escapó de entre sus labios, permitiéndola profundizar el beso y comenzar ese baile prohibido en su interior.

El maestro había sido sorprendido por su inocente pupila, pensó, dejándose llevar por las sensaciones que le provocaba, sin tratar de refrenar la pasión que su inocencia, mezclada con su instinto natural, le estaban haciendo a sus sentidos.

Era hora de enseñarla una nueva lección y de dar un paso más allá de los simples y placenteros besos.

Se dejó caer hacia atrás sin despegar sus labios de los suyos, llevándola consigo para poder desabrocharla el vestido de baile y dejar sus pechos al descubierto.

Fanny sintió el aire fresco, recorrer su espalda, justo antes de que su vestido se deslizara hasta su cintura, se incorporó un poco tratando de colocárselo de nuevo.

—No —protestó Oliver, apartándola las manos e incorporándose, guiándola hacia atrás, hasta tumbarla de espaldas —. Deja que te mire —la pidió contemplándola con verdadero deleite.

Fanny le dejo hacer y aparto los brazos, mostrándose ante él, mientras la observaba, sus ojos brillaban como las estrellas, devorandola con la mirada, su respiración agitada por la pasión la transmitía sensaciones hasta ahora para ella desconocidas.

Quería que la tocara, necesitaba que la acariciara con sus manos, no solo con la mirada.

Oliver no pudo resistirse más a saborear su piel e inclino la cabeza para adueñarse de uno de sus erectos pezones.

Fanny sofocó un grito ahogado al sentir su lengua jugueteando con su pecho, sintió la necesidad de elevar sus caderas para pegarse a él.

Las manos la hormigueaban por la necesidad de acariciar su pecho y sentir el tacto de su piel.

Oliver gimió de placer al sentirla rodar sus caderas, buscando saciar su necesidad con algo que ni siquiera sabia que pudiera conseguir.

Levanto la cabeza para atacar su otro pecho, a la vez que se acoplaba entre sus piernas, mientras la subía el vestido buscando el tacto de la piel de sus bien torneados muslos.

Fanny gimió de nuevo, dándole la bienvenida, esa dureza que sentía apretada sobre su lugar más secreto, debía de ser su apéndice y por el amor de Dios, necesitaba sentirlo aún más cerca, pero él la apresaba con sus manos, limitando sus movimientos.

Agarró su cabello para obligarle a levantar la cabeza y adueñarse de sus labios de nuevo, Oliver gimió sobre ellos, dándola lo que necesitaba en su centro, hundiéndola en el sofá con cada uno de sus movimientos.

Fanny le recompenso profundizando el beso, perdiéndose entre todas las sensaciones que la embargaban.

Se sentía al borde de un gran abismo, pero no tenía miedo de dejarse caer, sabía por instinto que la caída sería aún más dulce que la vertiente por la que ya había subido.

Sus manos se movieron hacia sus glúteos, urgiéndole a acercarse más, al tiempo que su cadera se elevaban y retorcían bajo su cuerpo.

—No.

Oliver rompió el beso y se incorporó, había estado a punto de perder el control y poseer a su esposa, pensó, horrorizado, levantándose y alejándose de ella.

Fanny se quedó paralizada sin saber qué hacer, ni que había ocurrido para que la abandonara de esa manera.

Parecía estar disfrutando tanto como ella, tan solo un momento antes.

Puede que algo que había hecho le hubiera molestado, se dijo tratando de poner en orden su mente y descubrir que había podido ser.

Entonces, sintió su mirada de horror y asco, recaer sobre ella y todo su mundo se paralizó, haciéndola bajar de la nube donde él la había llevado, para dejarla caer hasta el suelo.

Tiro de su vestido para cubrirse y se sentó lo más digna que pudo dadas las circunstancias.

—Yo … —dijo tratando de explicarse.

—No —le atajo con firmeza—. Si hubiéramos consumado nuestro matrimonio no podríamos pedir su anulación —dijo poniéndose en pie.

Tomó la carpeta olvidada sobre la mesa y se dirigió hacia las puertas.

—No es eso —trató de nuevo de explicarla porque no podía tomarla, aunque lo deseara con todo su ser.

—Por supuesto que sí —afirmó convencida de ello—. Te deseo un buen viaje.

Oliver la vio salir, sin hacer nada para detenerla, no tenía sentido ir tras ella y menos en el estado en que se encontraba, se dijo a sí mismo, estar unos días separados le daría la oportunidad de calmarse y poder aclararlo todo a su regreso.

Además, él también tenía que serenarse, todo esto le había tomado por sorpresa, pensó, alcanzando las escaleras, por ahora sería mejor que tratara de dormir un rato.

Fanny alcanzó su cuarto sin cruzarse con nadie, se acercó a la cama y se sentó, abatida, con la mente en blanco, no sabría decir cuanto tiempo permaneció allí, antes de levantarse y prepararse para dormir, gracias a Dios, Zoe no la había esperado, no hubiera sido capaz de enfrentarse a ella.

Termino de trenzarse el pelo y se acostó, pero no se durmió, permaneció allí con la mirada fija en el dosel de la cama, incapaz de pensar en nada, hasta el amanecer.

Espero en su cuarto, hasta que oyó sus pasos en el corredor y los cascos de los caballos, alejándose, antes de prepararse y bajar a desayunar.

Quería estar segura de que se hubiera marchado, tenía al menos tres días antes de que regresara de Bramfield y tuviera que enfrentarse a él, de nuevo.

Tres días para entender lo que había pasado y asumir que ella nunca sería su esposa, por mucho que se esforzara.

Aunque lo deseara con todo su ser.

Tres días para convertirse en la dama noble, fría y sin sentimientos que él esperaba encontrar a su regreso.

Tan solo tres días y ni siquiera sabia como lograr acallar a su corazón y ahogar los gritos de su mente, que no dejan de repetir, una y otra vez, que luchara por él y no lo diera por perdido.

Por el amor que sentía en su corazón y la recompensa que lograría si se arriesgaba a reclamarle como su marido.

Capítulo 15

Bramford se acomodó más en el asiento dispuesto a dormir un poco antes de llegar a Londres.

Su viaje había sido satisfactorio en casi todos los sentidos, salvo porque se había prolongado más de lo esperado.

Ya llevaba cinco días lejos de casa y estaba deseando regresar para ver a Fanny, ahora que había tomado una decisión, en cuanto a su futuro, no podía dejar de pensar en ello y en como se tomaría su propuesta. Pero antes debía visitar a Madame Blanch, esperaba que Colette pudiera resolver sus dudas diciéndole donde podía encontrar lo que necesitaba.

Ella era la más indicada, de todas las mujeres que conocía, a quien acudir. Tenía muchas chicas a las que proteger y llevaba años en el negocio de ofrecer placer a los caballeros más importantes de Londres.

No todos podían acceder a su establecimiento, por mucho título y fortuna que poseyeran.

Él era uno de los afortunados clientes de su selecto Club de caballeros, sus mujeres eran las más hermosas y mejor formadas para satisfacer las necesidades de sus clientes.

Muchas cortesanas habían trabajado para ella, antes de encontrar a alguien que las reclamara en exclusividad, las retirara y mantuviera.

Las cuales siempre eran las más cotizadas entre sus pares.

La noche comenzaba a caer sobre el camino, observo desviando la mirada hacia la ventana, calculaba que aún le faltaban casi dos horas para llegar a la ciudad, por lo que llegaría justo antes de que el establecimiento se abriera al público y Colette tuviera que atender a sus clientes.

Eso le daría unos minutos para poder hablar con ella sobre el tema que le preocupaba.

Fanny, por su parte, había tratado de llevar una vida normal, integrándose lo más posible en la sociedad, mientras luchaba con la ansiedad que le producía ver a su esposo de nuevo y enfrentarse a él.

No sabía que la depararía el futuro, pero por ahora estaba disfrutando de los eventos de la temporada y de sus nuevas amistades.

Sin olvidar a sus verdaderos amigos, a quienes visitaba con frecuencia en su nueva casa donde aún se estaban instalando. Pero a ninguno de ellos podía contarles sus inquietudes, salvo a Melanie, la cual estaba tan ocupada con los nuevos encargos y el cuidado de su sobrina enferma, como para también cargarla con sus problemas.

Así que había cerrado los ojos y la mente, levantando la cabeza, con altivez, para seguir adelante, cargando con ellos sin que se la notase.

Su madre estaría orgullosa de ella, pensó, recordando como había tratado, más de una vez, educarla como una verdadera dama sin sentimientos aparentes.

Lo que más la estaba costando era mantener la indiferencia cuando coincidía con Lady Putney en algún evento al que ambas asistían. Gracias a Dios, eso ocurría muy de vez en cuando, esa mujer tenía el poder de enervarla y hacer que perdiera la compostura, algo que no podía permitir que ocurriera entre sus nuevas amistades, las cuales la consideraban tan superficial como ellos.

De algún modo tenía que relegar a esa mujer al grupo del resto de las amantes de su marido, las cuales no la afectaban lo más mínimo, pero aún no había conseguido averiguar como hacerlo.

Y esa noche había sido toda una pesadilla que no deseaba volver a vivir.

Quien iba a pensar que a Lady Putney la interesaría tanto la poesía, como para asistir a un recital ofrecido en casa de los considerados nobles menores, tan alejados de su círculo de amistades.

Ella había conocido a Lady Pavendon en el Club de los Eruditos al poco de incorporarse, casada con el Conde de Pavendon, era una mujer de ideas firmes a quien la gustaba escribir poesía y debatir sobre política,

Se habían hecho amigas casi al instante, por lo que no había dudado en aceptar su invitación para esa noche, a pesar de que muchos pensaran que era inapropiado para la Marquesa de Bramford, rebajarse de tal modo.

Y lo hubiera disfrutado si Lady Putney no hubiera hecho acto de presencia, resulta que era una prima lejana del Conde y aunque no solía asistir, ya que el Marqués de Bramford no se dignaría a honrarlos con su presencia. Ese año, al estar ausente, los había honrado con su asistencia, la explico Lady Pavendon cuando se disculpó con ella por la bochornosa situación en la que los había colocado, asegurándola de que de haberlo sabido con anterioridad la hubiera mandado una nota para advertirla.

Fanny sacudió la cabeza enfadada consigo misma, ya basta de pensar en esa mujer, se dijo, presionándose la sien para aplacar el incipiente dolor de cabeza que se la estaba levantando.

Notó que el carruaje reducía la velocidad y se preparó para descender ante la escalinata de la entrada.

Le pediría a la señora Jenkins uno de sus remedios antes de acostarse, pensó, tomando la mano del lacayo junto a la portezuela.

—Buenas noches, Jenkins —saludó al fiel mayordomo que siempre esperaba a que sus señores estuvieran en casa, por muy tarde que regresaran, antes de retirarse.

—Buenas noches, milady —la respondió con cortesía —. Milord, ha regresado y la espera en la biblioteca.

Fanny se paro en seco, en su camino hacia las escaleras, al oírle.

—Si me permite que la acompañe —se ofreció solícito.

—No es necesario, Jenkins, ya puede retirarse —dijo Bramford uniéndose a ellos en el vestíbulo —. Milady —la saludó con una ligera reverencia.

—Milord —le correspondió Fanny por inercia aún sorprendida con su presencia.

—Si sois tan amable de dedicarme unos minutos —la pidió, cruzando el vestíbulo en dirección a la salita, a Fanny no le quedo otro remedio que seguirle.

Estaba tan atractivo como siempre, pensó, admirando su ancha espalda y sus estrechas caderas, el que tuviera la costumbre de vestir solo con la camisa, mientras estaba en casa, era un deleite para sus ojos.

Sintió como su respiración se aceleraba con solo tenerle en su presencia y trato de calmarse.

Él no podía descubrir los sentimientos que la embargaban al verle o se cerraría a ella y huiría lo más lejos que pudiera.

Si solo era capaz de brindarle su amistad, pues eso es lo que tomaría, pensó, lo cual siempre era mejor que nada.

—¿Os encontráis bien? —la pregunto cediéndola el paso en la puerta.

—Solo un poco cansada —le contestó, no queriendo admitir que desfallecida por uno de sus besos.

—No os entretendré demasiado —la dijo cerrando la puerta tras él—. Os apetece algo de beber —la ofreció, no sabiendo como abordar el tema, ahora que había llegado el momento.

—No, gracias —le respondió tomando asiento en el sofá, junto al fuego.

Bramford se sentó junto a ella, asegurándose de dejar un espacio entre ambos, para que sus cuerpos no se tocaran, aún no había llegado el momento para eso.

Tenían que hablar primero y ella debía estar de acuerdo con su decisión, antes de dar el paso.

—He pensado mucho en lo mucho que me gustaría tomaros como esposa y poder visitar vuestro lecho —la confesó, tomando una respiración profunda, tratando de calmarse —. Pero no puedo hacerlo sin vuestra colaboración.

Fanny mantuvo la cabeza baja, ocultándole su mirada, sorprendida, tratando de asimilar que Bramford acababa de decirla que la deseaba en su cama.

A ella.

Se tomó unos minutos más antes de mirarle a los ojos invitándole a que continuara.

Bramford la dejo hacer, sabía que la había sorprendido su manera brusca de sacar el tema, pero no se le había ocurrido otra forma de abordarlo con más delicadeza.

—Verás, no deseo tener descendencia —comenzó a explicarla su plan—. Por eso os rechacé la otra noche, no porque no deseara compartir el placer del lecho conyugal con vos.

—Ah, podías habérmelo dicho —le recriminó su forma de tratarla y dejar que pensara mil cosas al respecto.

—Mis disculpas —murmuró avergonzado por como se enfrentó a la situación en ese momento—. Créeme que no era mi intención lastimarte de ningún modo —la confesó—. Solo pensé que unos días separados nos ayudarían a ver lo que había ocurrido entre nosotros, con otra perspectiva.

—Puede que tuvieras razón —concordó con él, pero dejándole ver que aún estaba enfadada por ello.

—Y la tenía —la aseguró—. Gracias a eso he encontrado una solución que me permitirá compartir vuestra cama sin riesgo a que mi semilla arraigué en vuestro vientre.

Fanny le miro incrédula, hasta donde ella sabía eso era imposible, la función principal del matrimonio era precisamente esa, compartir la cama con tu esposo para poder tener hijos y concebir al heredero.

Bueno, tampoco es que solo se pudieran tener hijos si estabas casada, ella conocía a algunas mujeres que se habían quedado embarazadas sin estarlo, habían sido marginadas por la sociedad, considerándolas unas perdidas.

Muchas tuvieron que marcharse lejos y comenzar una nueva vida.

También había hombres casados que dejaban a otras mujeres que no eran sus esposas en cinta.

Sacudió la cabeza confundida, si Oliver tuviera razón no habría tantos hijos bastardos en el mundo, se dijo a sí misma.

—Existe un modo de evitarlo.

—Puedes explicármelo, por favor —le pidió, llena de curiosidad.

—Llevo muchos años compartiendo el lecho con mujeres y hasta ahora ninguna de ellas ha concebido un hijo mío.

—Algunos matrimonios no tienen hijos, aunque compartan el lecho —dijo recordando a los ancianos señores Hanson, sus antiguos vecinos, los cuales estaban muy tristes por ello.

—No es ese el caso, créeme.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto —la respondió tajante, comenzando a enfadarse por cuestionar su hombría.

—Si tú lo dices —contesto dejándole ver su escepticismo.

Oliver la miró con los ojos brillantes de furia, estaba claro que había tocado un tema sensible para él, pero era imposible que lo supiera con tal certeza, si nunca había visitado la cama de su esposa.

Sus amantes no contaban, casi todas eran casadas, al menos las que ella conocía, si se hubieran quedado embarazadas, sería de sus esposos, por lo que Oliver nunca lo sabría.

Excepto, Lady Putney, que era viuda y con la que había compartido su lecho más de dos años, la recordó su mente. Apretó los puños con fuerza, llena de ira solo con pensar en esa mujer, pero se negó a mencionarla y así probar su teoría de que puede que fuera él quien no pudiera sembrar su semilla en el vientre de una mujer.

Tomo una respiración profunda, tratando de serenarse, antes de volverse a mirarlo a los ojos esperando que continuara.

—He consultado con una experta, la forma de evitar embarazos no deseados, con el fin de poder disfrutar del lecho conyugal —la explicó—. Al parecer es tan simple como que te tomes este tónico cada veintiocho días —metió la mano en su bolsillo y se lo mostró—. Justo el día en que empiece vuestra indisposición cada mes.

Bramford sintió como se ruborizaba al hablar tan abiertamente de ese tema con ella, se suponía que los hombres ignoraban cualquier cosa relacionada con el mismo, pero sobre todo nunca hablaban de ello con las damas.

Fanny se removió cohibida en el asiento, había cosas de las que nunca se hablaba con nadie y esa era una de ellas, era demasiado personal e íntimo como para ir comentándolo por ahí.

—Bueno —carraspeó para aclararse la garganta —si te tomas un tónico de estos una vez al mes, evitaremos que mi semilla se implante en tu vientre y podremos disfrutar de los placeres del lecho sin preocuparnos por nada.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunto aun dudando de que fuera posible.

—Sí —la respondió tajante —confía en mí.

Fanny le miro unos instantes antes de cabecear su acuerdo.

—Bien —dijo satisfecho —ahora la cuestión es saber cuando comenzaran esos días —la miro interrogante.

—Hoy —le respondió azorada.

—Ah.

Bramford no pudo evitar sentirse desilusionado por ello, él esperaba poder visitar su cama esa misma noche, pero estaba claro que tendría que esperar para hacerlo.

—Entonces tienes que tomártelo ahora mismo.

Fanny tomó el frasco que le tendía con desconfianza, no sabía que contenía ni como podía afectarla.

No la parecía muy sensato tomarlo sin más, solo porque él se lo pidiera.

—¿Por qué de repente ese interés por hacerme tu esposa? —le preguntó, sin haber tomado aún una decisión sobre lo que iba a hacer.

Bramford la miró extrañado, sin llegar a comprender a lo que se refería, pensaba que había dejado bien claro que la deseaba y que no había otro modo de hacerla suya.

Se manoseó el pelo desesperado, buscando las palabras correctas para hacérselo entender, pero no se le ocurría nada más para explicárselo.

—Iré a por un poco de agua para que te lo tomes —dijo, en cambio, levantándose y saliendo de la sala.

Fanny se quedó mirando el frasco con cara de pocos amigos, no deseaba tomárselo, pero, por otro lado, si Oliver deseaba hacerla su esposa, podía ser una oportunidad para que todo acabara

bien entre ellos y en un futuro, aunque ahora no los quisiera, formar una familia.

Ella siempre había querido tener sus propios hijos, aunque hacía muchos años que había renunciado a ello, al estar casada con un marido ausente y sin ningún interés en ella como mujer.

Ah, ojalá, pudiera hablar con alguien sobre el tema que la aconsejara lo que debía hacer, pensó desesperada, temiendo tomar la decisión equivocada y perder la oportunidad de que su marido la amara.

¿Amor?, él no había hablado de amor, se regañó a sí misma por pensar que él pudiera amarla alguna vez, solo había mencionado el placer del lecho conyugal.

Pero podía existir dicho placer sin amor, se preguntó confundida, era demasiado inocente para saber la respuesta.

El amor romántico que describen en las novelas que solía leer, estaba ausente en todos los matrimonios que había conocido desde su llegada a Londres.

Había podido ver complicidad, respeto, entre los esposos, pero no creía que eso fuera amor y en todo caso, si lo fuera, era muy escaso entre sus pares.

Casi todas las parejas que había conocido apenas se toleraban en público, un escalofrío la recorrió de arriba abajo solo con pensar en como se comportarían en privado, y la mayoría de ellas, ni eso, podía decirse que eran enemigos acérrimos.

Era eso lo que deseaba que pasara entre Oliver y ella, se preguntó tratando de aclarar sus ideas.

Ahora se llevaban más o menos bien, habían dejado de pelear por todo, tal vez el permitirle visitar su cama, les ayudaría a profundizar el vínculo que se había establecido entre ellos.

Vio que Oliver volvía a entrar, con una bandeja donde llevaba una jarra de lo que parecía ser agua y un par de vasos.

—Bien, tómatelo —dijo sirviéndola un vaso y tendiéndoselo.

—Aún no has respondido a mi pregunta —le recordó tratando de ganar más tiempo con el fin de tomar la decisión correcta.

—Ya lo he dejado todo bien claro, no hay nada más que hablar —dijo comenzando a perder la paciencia —tómatelo, ahora —la ordeno, colocándose ante ella en modo amenazador.

—Y si no quiero —dijo, levantando la barbilla desafiante.

—Ahora o te lo haré tragar yo mismo —siseó entre dientes.

Fanny le miro con ira, pero se rindió, no había nada que pudiera hacer si decidía obligarla a ello.

Destapo el frasco y se lo bebió, antes de tomar el vaso que la tendía y darle un buen sorbo.

—Le pediré a tu doncella que me informe cuando tu indisposición haya terminado para visitarte —dijo sin más, saliendo de nuevo de la estancia, rumbo a sus habitaciones.

Esa no era la manera en que le hubiese gustado llevar el tema, pero su esposa era demasiado terca y curiosa, como para aceptar sin rechistar cualquier cosa que la ordenase.

Y él no conocía la manera de explicarle a una joven dama inocente los beneficios que ambos obtendrían si acataba sus deseos y se tomaba el maldito tónico.

Esperaba que tras la primera noche que compartieran ella misma se diera cuenta de ello.

Aun así, tendría que estar presente cada mes, para asegurarse de que lo tomara, pensó, bajo ningún concepto podía quedarse embarazada.

Hablaría con su doncella para que le informara el primer día de su indisposición cada maldito mes.

Todo saldría bien, se dijo, alcanzando la puerta de su cuarto y entrando en su interior, era hora de descansar, estaba agotado, apenas si había dormido durante el viaje.

Camino hacia la cama, quitándose la ropa, dispuesto a no pensar más en el asunto, al fin y al cabo, ya estaba hecho.

Fanny le vio partir en silencio, al final no había tenido que decidirse, él había decido por ella, no sabía como sentirse al respecto, por un lado, estaba furiosa por no haber tenido en cuenta su parecer al respecto y por otro, aliviada de que hubiera acabado con su indecisión.

Sacudió la cabeza confundida, estaba demasiado cansada para pensar, se dijo poniéndose en pie y yendo hacia las escaleras.

Mañana lo vería todo de otra manera, se dijo segura de que seria así.

Capítulo 16

Fanny esperó hasta bien entrada la mañana para bajar a desayunar, con la esperanza de que él ya se hubiera marchado a sus quehaceres.

—Buenos días, Jenkins —saludo al mayordomo que se encontraba apostado en el vestíbulo, como era su costumbre, desde donde dirigía y supervisaba a todo el personal de la casa.

—Buenos días, milady —la respondió con una ligera inclinación de cabeza —el desayuno aún está servido en el comedor pequeño —la informo, adelantándose, para guiarla hacia allí.

—Gracias —le dijo entrando en la estancia —¿el señor ya se ha marchado?

—No, milady, aún se encuentra en sus habitaciones.

—Oh —exclamo sorprendida por su respuesta —. Por favor, mande preparar el carruaje, saldré en cuanto termine de desayunar —le pidió tomando asiento en su lugar habitual.

—Enseguida, milady —la confirmo —¿volverá para el almuerzo?

—No, pasaré todo el día fuera —le informo de sus intenciones.

—Muy bien, ¿si no desea nada más?

—No, puede retirarse —le pidió distraída sirviéndose un poco de té.

No solía desayunar demasiado, por lo que apenas veinte minutos después descendía de nuevo por las escaleras, lista para marcharse.

Una mañana de compras con Lady Gristón, una de sus nuevas amistades, la ayudaría a mantener la mente alejada de sus problemas con Oliver y sus absurdas peticiones.

Más tarde asistirían a una reunión social junto al Serpentine en Hyde Park, por lo que volvería a casa poco antes de la cena.

Esa noche no tenía pensado asistir a ningún evento, así que tomaría una cena ligera y disfrutaría de una buena lectura, frente al fuego, en sus aposentos.

Con un poco de suerte no se encontraría con Oliver en todo el día.

Ya solo la quedaban tres días más, antes de que él la visitara en sus habitaciones y no tuviera más remedio que recibirle, pero hasta entonces haría todo lo posible para evitar su compañía.

Bramford por su parte, se pasaba el día en el club o en otras actividades exclusivas de caballeros en compañía de Pembury. Y las noches en los clubs de juego o en las fiestas de las cortesanas, donde tenía la certeza de no encontrarse con su esposa por casualidad, con el fin de evitar un posible enfrentamiento que diera al traste con sus planes.

Aunque no se sentía nada bien, por como se había desarrollado su última conversación, por lo que decidió compensarla de alguna manera.

Cada día la enviaba algún presente, unas flores, una pulsera, un abanico. Cosas así que por lo general siempre le gustaba recibir a las mujeres.

Le hubiera gustado comprarla algo de lencería, para sus encuentros, pero eso debería esperar por el momento, hasta que las cosas estuvieran bien de nuevo entre ellos.

Cada día, su doncella, le mantenía informado, tal y como, la había pedido, pero eso no evitaba que se mantuviera expectante de que llegara la noche en que pudiera visitar su alcoba, ni de que fantaseara con lo que ocurriría.

Esa tarde Fanny decidió quedarse en casa, sus días de indisposición habían terminado y estaba segura de que Zoe había informado a su señor de ello.

Tomo un largo baño caliente para relajarse, antes de arreglarse un poco más de lo que era normal en ella, cuando no tenía pensado salir a ningún evento nocturno y quedarse en casa a pasar una velada tranquila.

Se puso una camisola transparente bajo el vestido. Melanie había insistido en proporcionarla algunos conjuntos de ropa interior más sugerentes y agradables para los caballeros, según ella, para lucir en esas ocasiones.

Fanny se miró en el espejo de cuerpo entero, ruborizada, era como estar desnuda ante él, sintió la tentación de cubrirse con las manos ante la mirada evaluativa de Zoe.

—Milord, gozará de él —la aseguro adivinando sus pensamientos.

Fanny la miro dubitativa, pero guardo silencio, no era una persona que pudiera expresar sus emociones con cualquiera.

En realidad, era muy tímida y solía guardarse todo para ella, tal y como su madre la había enseñado.

Tan solo con Melanie solía abrirse algo más o con su esposo, pensó dándose cuenta de que con él siempre había podido hablar sin tapujos, quizás sea por eso por lo que peleaban tanto, se preguntó sorprendida, con él no solía callarse y defendía sus convicciones.

Aunque no la sirvieran de nada, como era el caso, se recordó al pensar en lo que ocurriría esa noche.

Pero no tenía derecho a culparle, se dijo regañándose a sí misma, esa noche había sido incapaz de expresar sus dudas y él había terminado por decidir en nombre de los dos, cuando noto que ella no lo haría.

Debería haber sido más valiente y haber tomado una decisión por ella misma, aunque hoy sabia que hubiera sido la misma, esa noche no lo tenia tan claro.

Quería que la tomara por esposa para acabar de una vez, por todas, con ese falso matrimonio.

Tener una oportunidad de acercarse a él y conquistarle.

Oliver no la resultaba repulsivo y había disfrutado, hasta ahora, de los momentos que habían compartido, por lo que desear algo más era lo más natural, se dijo, negándose a castigarse por querer compartir su lecho con su esposo.

—Ya está bien, Zoe, puedes retirarte —la ordeno —, no te necesitaré más por esta noche.

—Muy bien, milady.

Fanny la vio salir a través del espejo, echo un vistazo más a su aspecto y quedo satisfecha con lo que veía, no había mucho más que pudiera hacer para que su apariencia resultara agradable a su marido.

Tomo una respiración profunda, antes de apartarse y salir al corredor rumbo a la salita, donde estaba segura de que encontraría a Oliver, esperándola, en compañía de Ares.

—Buenas noches —le saludo cruzando el umbral.

—Buenas noches —la respondió poniéndose de pie para recibirla —un poco de jerez, mientras esperamos a que esté lista la cena —la propuso.

—Sí, por favor —le agradeció el gesto, yendo hacia el sillón frente al fuego.

—A pesar de estar a principios de junio, el tiempo sigue siendo de lo más inhóspito para esta época del año —comento con la esperanza de comenzar así una conversación entre ellos.

Ambos estaban tan tensos, como las cuerdas de un violín, lo cual se podía notar en el ambiente.

—Es verdad, este año parece que estuviéramos en un invierno perpetuo —le respondió,

dispuesta a seguirle el juego y relajarse un poco.

Pasaron el resto de la velada conversando de temas intrascendentales, los cuales a ninguno de ellos interesaban en realidad, hasta que llego el momento de volver a la sala.

—Te propongo que disfrutemos de una generosa copa de brandy en tu salita privada, junto a tu dormitorio.

Fanny levantó la cabeza para mirarle a los ojos, sopesando su petición, él tenía más experiencia que ella en esos temas, por lo que decidió hacer lo que la pedía.

—Si lo crees más conveniente.

—Lo es, confía en mí.

Fanny pasó junto a él, camino de las escaleras, podía oír sus pasos a su espalda, siguiéndola.

—He pedido que aviven el fuego y que trajeran algunas bebidas —la informo, entrando tras ella y cerrando la puerta con llave —espero que no te moleste.

Fanny fue directa a sentarse en el sofá, junto al fuego, buscando su calor, de repente tenía mucho frío.

—Un whisky doble, por favor —le pidió al verle junto al carro de las bebidas —, dicen que eso ayuda a calmar los nervios y a relajarse —le confió, esperando que estuviera de acuerdo.

—Sí, pero tampoco deseamos que te emborraches y mañana no puedas recordar nada de lo ocurrido —la explicó con paciencia.

—No era mi intención.

—No hay porque apresurarse, relajémonos y disfrutemos de nuestras bebidas —la aconsejo uniéndose a ella en el sofá, sin permitir que sus cuerpos se rozaran.

No debía olvidar que su esposa era una joven dama inocente, si deseaba proporcionarla el placer que se merecía y el que le permitiría volver a su lecho en el futuro, se recordó, debía de ir despacio y controlar su pasión en todo momento, por los dos, ya que ella, dada su inexperiencia, no lo haría.

Se quedaron allí sentados en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, durante unos minutos, antes de que ambos por mutuo acuerdo se inclinaran hacia adelante y depositaran sus copas sobre la mesa.

Oliver se giró hacia ella, levantándola la cabeza por la barbilla, con cuidado, al tiempo que se inclinaba para robarla un beso.

Un beso suave y controlado, que prometía los placeres que más tarde ambos compartirían, pero sin apresurarse en su búsqueda.

Fanny suspiró contra ellos dándole la bienvenida, podía saborear el licor que habían compartido.

No estaba borracha, pero se notaba más desinhibida y lo suficientemente relajada como para disfrutarlo.

Poco a poco se tornó más posesivo, cuando su lengua busco la suya en el baile de placer que ya conocía.

Sentía sus senos más llenos, suplicando por sus caricias.

Oliver rompió el beso, ahogando una risita de placer por como había respondido su cuerpo a la pasión.

Su esposa era puro fuego, que le incendiaba las venas, pensó viéndola languidecer ante él.

Estaba deseando poder descubrir toda la pasión que ardía bajo su piel sonrosada, tomo una respiración profunda tratando de controlar su libido, aún quedaba mucho por descubrir antes de poder tomar su propio placer, en su interior.

Sacudió la cabeza, apartando esos pensamientos de su mente.

Su imaginación no le estaba ayudando a controlarse, se dijo, poniéndose en pie frente a ella.

—Ven conmigo —la invito, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Fanny la tomo sin dejar de mirarle a los ojos que brillaban como las estrellas en una noche sin luna, dejando que la guiara a su dormitorio.

Oliver se sentó en la cama y la atrajo hacia él, rodeándola por la cintura, antes de dejarse caer de espaldas sobre el colchón, arrastrándola consigo.

Fanny ahogó un gritito de sorpresa al notar que perdía el equilibrio, sonrió con ternura e inclino la cabeza para besarle, adueñandose de sus labios con pasión.

Oliver rodó un poco hasta tumbarla sobre la cama. Mientras dejaba que ella marcara el ritmo del beso.

La había enseñado bien, pensó, su naturaleza atrevida, dispuesta a experimentar e ir más allá, mezcladas con su inocencia, estaban causando estragos en el autocontrol que se había impuesto.

Rompió el beso y se incorporó un poco para desabrocharla el vestido, con manos temblorosas, sin llegar a romper el contacto con sus ojos.

Fanny le dejo hacer con la respiración cada vez más agitada, deseaba arrancarse las ropas ella misma, con tal de sentir la aspereza de sus rudas manos sobre su piel.

Cómo se podía tardar tanto en desabrochar unos simples botones y deshacer un lazo, se preguntó desesperada.

Al fin, sintió el aire fresco de la noche, acariciar sus senos y le dio la bienvenida.

—Eres hermosa —murmuro con la voz ronca por la pasión contenida —deseo besar cada rincón de tu cuerpo y saborear la dulzura de tu piel.

—Pues deja de hablar y demuéstramelo —le urgió atrayéndole hacia ella de nuevo para atrapar su boca en un tórrido beso.

Oliver abandonó su boca a punto de perder el control y se concentró en recorrer su cuello, con suaves besos, descendiendo hasta sus turgentes senos.

Mientras, con la otra mano, empuñaba su vestido subiéndoselo hasta encontrar su dulce centro, húmedo e hinchado, listo para él.

Tuvo que recurrir a todas las prácticas de control que conocía, para no hundirse en su interior sin ningún miramiento en ese justo momento.

Atrapo su tierno pezón entre sus dientes, mientras le golpeaba suavemente con la lengua.

Fanny había dejado ya, tiempo atrás, su intención de no mostrarle todo lo que la hacía sentir y temblaba como una hoja bajo sus manos y su boca.

Cada vez se la hacía más difícil mantener el aire en sus pulmones, por lo que resoplaba como una locomotora por la pasión que ardía en su interior.

Sintió como sus dedos jugaban con su centro y uno de ellos se introducía en su interior, se puso rígida al notar la invasión de su cuerpo.

—Relájate, te gustará, te lo prometo —murmuro, Oliver abandonando su presa para mirarla.

—Tienes demasiada ropa —susurro Fanny, sintiendo la necesidad, repentina, de sentir su piel bajo sus manos.

—Eso se puede solucionar.

Oliver se levantó y comenzó a desvestirse, con más ligereza de la que deseaba, pero poseído por la urgente necesidad de volver a sus brazos.

—Vuestro turno, milady.

Fanny le miro confundida sin saber a qué se refería exactamente.

Su mente había dejado de funcionar y solo podía admirar cada trocito de su piel que descubría bajo sus ropajes.

Las manos le temblaban ante la expectativa de poder acariciarla y recorrer su torso, bien modelado, con sus labios, tal y como, Oliver había hecho con el suyo.

A qué dulce manjar de los dioses sabría la piel de un hombre, se preguntó, sin poder apartar la vista de su hermoso cuerpo.

Oliver se incorporó un poco para poder sacarla el vestido por la cabeza y terminar de desnudarla, antes de recostarla de nuevo sobre las almohadas, uniéndose a ella.

Fanny sintió como devoraba con la mirada, cada rincón de su cuerpo, parecía estar complacido con lo que veía, pensó, satisfecha consigo misma por ser de su agrado.

Oliver se inclinó sobre ella, para asaltar su boca con una pasión descarnada, había llegado el momento de hacerla suya, pensó, llevando su mano hacia su centro, con el fin de prepararla para él.

Introdujo un dedo en su interior, haciéndola recobrar la pasión con su juego, otro dedo se unió al anterior dilatándola aún más.

El momento había llegado, pensó Fanny, al sentir la punta de su virilidad apoyada en su entrada y se preparó para su invasión.

—Intentaré ser lo más suave que pueda —la prometió —, pero no tengo manera de evitarte el dolor que la primera vez te causara.

—Lo sé —le respondió mirándole a los ojos llena de confianza.

Oliver se introdujo muy lentamente, hasta que noto su barrera que lo detenía, tomo una respiración profunda y empujo con todas sus fuerzas, mientras la sujetaba por las caderas, manteniéndola inmóvil.

—En unos segundos el dolor habrá cesado y podremos continuar —la explico, luchando consigo mismo para no moverse.

—No ha sido para tanto —le aseguro —apenas un latigazo que ya no es más que una simple molestia.

Oliver soltó la respiración que no sabía estaba reteniendo, comenzando a moverse con cuidado, entrando y saliendo cada vez con más fuerza de su interior.

Fanny levantó las piernas para abrazarle con ellas y darle más acceso a su centro, se sentía como en una espiral ascendiendo sin límite hacia la cima.

Se unió a él, recibiendo sus embestidas con una sensación de placer indescriptible, hasta que se rompió en mil pedacitos al alcanzar el clímax.

Oliver esperó hasta que obtuvo su placer antes de reclamar el suyo propio y dejarse ir.

Se retiró suavemente y se tumbó a su lado, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Había estado con muchas mujeres, pero esa vez había sido diferente, más plena, pensó antes de caer en un placentero sueño.

Fanny le observo durante un momento, antes de incorporarse para tomar las mantas del pie de la cama y cubrirlos.

Dejándose atrapar por el cálido sueño que la embargo con una sonrisa de felicidad en los labios.

Si eso era ser la esposa de Oliver, estaba más que conforme con seguir siéndolo, decidió satisfecha.

Capítulo 17

Toda la sociedad parecía haberse dado cuenta de que los Marqueses de Bramford estaban más cercanos, pensó Lady Putney, observándolos deslizarse al compás del vals que compartían en la pista de baile.

Agnes sintió como las miradas inquisitivas se volvían hacia ella, preguntándose que había podido pasar entre ellos, pero decidió ignorarlas y seguir asegurándose de que todos pensaran que continuaban juntos.

Eso solo era la forma en que tenía Bramford de apoyar la entrada en sociedad de su esposa para que fuera aceptada por todos.

Por el rabillo del ojo vio como Lord Pembury regresaba de la sala de juegos y decidió ir a su encuentro.

—Milord —le saludo con una ligera inclinación de cabeza cuando llego frente a él.

—Milady —la correspondió, ocultando una mueca de fastidio al verla.

Lady Putney nunca le había caído demasiado bien, siempre había tenido la sensación de que se aprovechaba de Bramford en su beneficio y que tenía aspiraciones, ocultas, de convertirse en algo más que una amante pasajera para él.

No le gustaba que las mujeres como ella se aprovecharan de sus amigos.

—Parece que Bramford se ha tomado muy en serio sus deberes como esposo —comento, Agnes ajena a sus pensamientos, colocándose a su lado.

Pembury tomo dos copas de champán, del lacayo que pasaba, antes de contestarla.

—Bramford siempre ha sido muy responsable con sus obligaciones, ¿no creéis? —contesto tendiéndola una de las copas.

—Tanto como Scarlett —dijo cambiando de tema, evitando responder a su pregunta —¿Habéis sabido algo de ella desde que se marchó?

—No, ni lo espero.

—Uf, pues parecéis llevarlo muy bien para ser un hombre enamorado, a quien han abandonado, en mitad de la temporada —comento llevándose la copa a los labios.

—Disculparme, acabo de ver a Lord Hertford y debo hablar con él antes de que abandone la ciudad con el resto de su familia —dijo, evitando responder a su pregunta sobre sus sentimientos hacia Lady MacQuoid.

Agnes le vio partir sin poder hacer nada para retenerle. Que la vieran en su compañía era bueno para hacer callar los rumores, pensó, al fin y al cabo, todos sabían que era el mejor amigo y confidente de Bramford.

Lanzo una mirada furiosa a su espalda, mientras se alejaba, antes de volverse a escudriñar la estancia y decidir a que grupo de comensales se uniría.

La próxima vez no escaparía tan fácilmente, ni Bramford tampoco, se prometió a sí misma, observando como reía por algún comentario que había hecho su insulsa compañera de baile.

—He oído que en lo más apartado de los jardines hay una bella fuente que todo el mundo debe visitar, si tiene la oportunidad —susurro Fanny, provocativa, para que solo él pudiera escucharla.

—¿Os interesan las fuentes, milady? —la pregunto sorprendido por el reto velado que

ocultaban sus ojos.

—Por supuesto —afirmo categórica —os uniréis a mí, tras unos minutos, después del baile.

—Puedo conduciros hasta allí, si lo deseáis —la propuso, en cambio.

—Debo visitar el salón de las damas —le confesó con fastidio —, pero os esperaré allí, tomaros vuestro tiempo.

—Como vos ordenéis —cabeceo su acuerdo, justo con el último acorde del vals que compartían.

Fanny se inclinó agradeciéndole la atención, antes de volverse y salir al frescor del pasillo, cada vez se sentía más acalorada en esos eventos multitudinarios, pensó un tanto mareada por las vueltas del baile y el calor.

Un paseo por el jardín la sentaría bien para recuperarse.

Bramford se reunió con Pembury y otros caballeros, durante unos minutos antes de ir tras su esposa.

No le gustaba dejarla sola por el jardín y menos por los oscuros senderos que había que transitar hasta llegar a la fuente, pensó acelerando el paso, sin contar con quién podría estar en esos momentos haciendo uso de la privacidad que ofrecían, para un encuentro clandestino entre los amantes.

No sabía que había escuchado su inocente esposa, exactamente sobre la fuente, la cual todo sea dicho, no tenía nada de especial.

No era más que una simple fuente de jardín.

Salió del último recodo del sendero y pudo ver su figura inclinada, dándole la espalda, parecía estar acariciando el agua con la mano.

Se acercó sigiloso y la agarro por la cintura, pegándola a él.

—Te has apresurado a venir —comento, coqueta, volviéndose para mirarle.

—Te echaba de menos —la confesó.

—Ya me doy cuenta —susurro moviendo suavemente sus caderas para ajustarse a su dureza.

Bramford dejo escapar el aire entre los dientes antes de inclinarse sobre ella y apoderarse de su boca en un tórrido beso.

—Umm, ahora entiendo por qué este era uno de tus sitios preferidos para tus encuentros con Lady Putney —susurro cuando puedo recuperar el aliento tras su apasionado beso.

Bramford se puso rígido al oírla, separándose unos centímetros para poder mirarla a la cara, no podía estar celosa, se dijo, su relación con esa mujer había terminado hace semanas y no había vuelto a pensar en ella de esa manera, ni en ninguna otra mujer, todo sea dicho.

Cómo podría hacerlo teniendo a su bella y apasionada esposa cada noche en su cama, se preguntó.

—Tranquilo, sé que tenéis un pasado con esa mujer y lo acepto. Siempre y cuando se mantenga en el pasado —le advirtió.

Bramford la observo durante unos instantes, tratando de descubrir si le ocultaba algo, que no deseaba decirle al respecto, pero no encontró nada extraño en su mirada, salvo la pasión que había despertado en ella con su beso.

—Entonces, milady, que desea de mí —la pregunto —un tórrido encuentro oculto en la oscuridad de la noche o regresar a casa a nuestro humilde y cómodo lecho —la propuso dejándola elegir el lugar de su encuentro.

Fanny le sonrió con picardía, aunque estaba tentada a tener un escarceo con él en el jardín, una mullida cama, con sabanas blancas, la daría la oportunidad de disfrutar más de su cuerpo y torturarle con sus caricias, tal y como, él se había tomado la molestia de enseñarla.

—Vámonos a casa —le pidió.

—Qué desilusión, milady, me la imaginaba más aventurera —dijo tomándola del brazo para volver a la casa y despedirse de sus anfitriones antes de marcharse.

—Os compensaré en el carruaje durante el regreso —susurró melosa.

Bramford acelero el paso al oírla, preguntándose qué dulce tortura tendría su hermosa esposa preparada para él.

Fanny miró por última vez la bacinica antes de dejarla aún lado e intentar levantarse de la cama.

La verdad es que no se encontraba nada bien desde la noche del baile, hacía ya un par de semanas y las cosas parecían no estar mejorando.

Al principio, solo eran ligeros mareos al despertar, que solían remitir con un par de sorbos de té durante el desayuno.

Unos días después, también empezaron a aparecer según se acercaban las horas de las comidas principales, pero solían desaparecer tras ellas.

Por lo que pensó que dado el desgaste físico que suponía cada noche compartir lecho con su esposo, necesitaba comer más para recuperar energías.

Pero esa era la segunda vez que se había despertado vomitando y comenzaba a preocuparse, quizás debería hacer llamar al médico para que la examinara, pensó terminando de arreglarse y saliendo al corredor en busca del desayuno.

Tomo el pasamanos y comenzó a descender, ya casi había llegado cuando noto que la faltaban las fuerzas y caía, intento sujetarse con más fuerza, pero no pudo evitar precipitarse hacia el suelo.

No sabía si había llegado a perder el conocimiento en algún momento, ni como acabo tumbada a los pies de las escaleras con Jenkins, preocupado, inclinado sobre ella.

—Milady, milady. —la llamo, alarmado, tratando de hacerla recuperar el conocimiento —ir a buscar al señor enseguida.

Oyó que ordenaba a alguien a quien ella no podía ver, por lo que supuso sería alguno de los lacayos que siempre le acompañaban junto a la puerta en el vestíbulo.

Intento protestar, no era necesario molestar a Oliver, que aún estaría durmiendo, por una tonta caída por las escaleras, pero no consiguió pronunciar ninguna palabra.

Bramford salto de la cama al oír hablar al lacayo con su ayuda de cámara explicándole lo que había pasado.

Tomo unos pantalones y una camisa, poniéndoselos a toda prisa, antes de salir del cuarto, aun abrochándose la camisa.

—Que nadie la mueva hasta que llegue el médico —grito desde lo alto de la escalera.

—Menuda tontería —dijo Fanny recuperando la voz por fin.

Intento incorporarse, pero sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas de nuevo, por lo que la dejo caer sobre el frío mármol, justo cuando Oliver los alcanzaba y apartaba al pobre Jenkins, tan preocupado por ella.

Parecía haber envejecido diez años en los escasos minutos que llevaba allí inclinado a su lado.

Tendría que disculparse con él más tarde por darle semejante susto, pensó apenada por causarle tantos problemas.

—Por el amor de Dios, quieres estarte quieta hasta que llegue el médico.

—Estoy bien —le dijo sintiéndose mejor y volviendo a intentar incorporarse.

Bramford bufo enfadado, pero la ayudo a sentarse.

—Mujeres, son incapaces de obedecer hasta la orden más sencilla —se quejó malhumorado.

Fanny giró la cabeza hacia él para mostrarle su enfado por tan desafortunado comentario, pero acabo vomitando sobre su pecho, mirándole horrorizada.

—Ya está bien —exclamo aún más enfadado y preocupado que antes.

Se inclinó para tomarla en brazos antes de levantarse y volver a subir las escaleras con su preciada carga.

—Que traigan al médico a mis aposentos en cuanto llegue —grito apretándola contra su pecho con cuidado de no dejarla caer.

Fanny le miro, podía sentir su corazón desbocado, a punto de salírsele del pecho, por la preocupación y el esfuerzo de cargar con ella hasta el piso superior.

—Si vuelves a decir que estás bien, me volveré loco y me arrancaré todos los pelos de la cabeza.

—No, por favor, me encanta tu pelo —consiguió decir al tiempo que enlazaba sus dedos entre su suave pelo, acariciándolo.

Era todo lo que podía hacer por el momento para tranquilizarle.

Bramford, la dejo, con cuidado sobre su cama, que su ayuda de cámara había estirado y preparado para ella, le daría las gracias más tarde, pensó, sentándose junto a ella, tras cambiarse la camisa manchada y asearse un poco.

Fanny cerro los ojos al tocar la almohada por un momento, pero debió de quedarse dormida porque al abrirlos de nuevo, el médico ya se encontraba en la habitación hablando con Oliver entre susurros.

Vio a Zoe unirse a ellos, hablaban tan bajo que no podía oír lo que decían, por lo que permaneció quieta observándolos, hasta que Zoe se marchó poco después, se movió un poco buscando acomodarse y eso llamo la atención de Oliver, quien no había apartado los ojos de su desvalido cuerpo.

—Por fin has despertado —exclamo yendo hacia ella.

—Por favor, milord, déjenos solos para que pueda examinarla —le pidió el doctor Ulford pisándole los talones.

—Mandaré a buscar a su doncella.

—No —protesto Fanny al oírle.

—Pero …

—Por favor —le suplicó, no queriendo a nadie extraño en la habitación siendo testigo de lo que hablara y pudiera hacerla el médico.

—Está bien —claudico al verla tan contrariada —si el doctor Ulford está de acuerdo —dijo volviéndose hacia él.

—Prefiero tratar a mis pacientes en la intimidad, milord.

—Esperaré fuera —dijo no muy convencido de que eso fuera lo correcto.

—Gracias —murmuro Fanny desde la cama.

El doctor Ulford se acercó a ella y deposito su maletín a sus pies, sobre la cama.

—Muy bien, milady, puede decirme que ha sucedido y como se encuentra.

Fanny le miro pensativa por un momento antes de empezar a contarle como se había sentido en las últimas semanas.

Ulford la escuchaba con atención, haciéndose una idea de cuál podría ser el problema, solo necesitaba una sencilla exploración física para confirmarlo y darla algunas recomendaciones para que no volviera a suceder en el futuro.

Capítulo 18

—¿Embarazada? —exclamo horrorizado —¿Cómo es posible?, yo mismo te di el frasquito con la medicina para que esto no sucediera.

—Pues está claro que no ha servido de nada —dijo Fanny, medio incorporada en la cama, apoyada sobre las almohadas, esperando que la trajeran el desayuno antes de intentar levantarse de nuevo, tal y como, la había aconsejado el médico antes de retirarse.

Si seguía sus instrucciones al pie de la letra, no necesitaría de nuevo sus servicios hasta el momento de su alumbramiento, la había asegurado.

—Iré a hablar con Madame Blanch ahora mismo, para que me diga donde conseguir el otro tónico y deshacer el embarazo —exclamo yendo hacia el armario y sacando la ropa para vestirse —en unas horas todo estará solucionado, querida, no hay nada de que preocuparse.

—No —grito, horrorizada al oír sus intenciones.

—¿Qué? —exclamo, volviéndose hacia ella al oírla —tenemos un trato —la recordó enojado.

—Y lo he cumplido, pero nunca accedí a matar a nuestro hijo una vez estuviera en mi vientre —le replico airada.

—Nada de niños, nada de niños —grito sin dejar de vestirse a toda prisa —iré por el tónico y te lo tomarás —sentencio enfadado ante su negativa.

—No lo haré —le desafío presa de la desesperación que sentía al ver su actitud.

—Eso ya lo veremos —replico, terminando de prepararse y saliendo de la estancia con un gran portazo.

Fanny le miro horrorizada, estaba segura de que él la obligaría a tomarlo a su regreso, y ella no podría hacer nada para impedírselo.

Oliver no la escucharía, no debía estar allí cuando él regresara.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso a Zoe, que portaba la bandeja con su desayuno.

Esperaba que el doctor estuviera en lo cierto y recuperara las fuerzas tras desayunar, rogó en silencio, no tenía demasiado tiempo, tomando la taza de té para darle un pequeño sorbo tentativo.

Espero hasta que Zoe saliera de la habitación para intentar levantarse con cuidado, dio un par de pasos hacia la puerta dubitativa.

Parecía estar bien, incluso tenía energía, pensó, era hora de ponerse en movimiento.

Oliver no tardaría en volver.

Salió de la habitación rumbo a sus aposentos, nada más entrar vio a Ares junto a la chimenea, el cual levanto la cabeza al verla antes de volver a dormirse sobre la alfombra.

Que estuviera allí significaba que no tendría que recorrer toda la casa en su búsqueda, sonrió complacida.

Se quitó el vestido mañanero que llevaba, manchado de vómito, y fue hacia el ropero para tomar uno de sus antiguos vestidos de lana marrón, mucho más prácticos para los viajes, que aún conservaba y se lo puso.

Vio la bolsa de mano y la abrió, metiendo otro vestido semejante color azul oscuro, junto con una muda y la gruesa capa de paño.

Sus descartadas cosas de aseo estaban sobre el discreto estante semi oculto al fondo del ropero, fue hacia allí para guardarlas junto al resto de las pertenencias que había preparado.

Volvió a la habitación y fue hacia la mesita junto a la cama.

Oliver la había dado, tan solo unos días antes, su asignación, que junto a sus pocos ahorros ascendían a unas tres mil libras.

Si se administraba tendría suficiente para poder empezar de cero en cualquier otro lugar, aunque con menos lujos de los que ahora mismo disfrutaba y su hijo se merecía, pero no la daba miedo la estrechez, toda su vida había transcurrido en un ambiente más humilde y era igual de digno que estar rodeada de tanta opulencia.

Volvió al tocador y tomo su antiguo joyero, rellenándolo con las joyas que Oliver la había regalado en esas últimas semanas.

Siempre podía venderlas en tiempos de necesidad, pero esperaba no tener que hacerlo.

Cada una de ellas era una historia que sería agradable de recordar en las frías noches de invierno, sentada frente al fuego.

Ya solo faltaba la carpeta de los abogados con la propiedad de su casa y el dinero en el banco, no es que la sirvieran de mucho allí a donde iría, si no quería que Oliver descubriera su paradero, pero no estaba de más llevárselas por si acaso.

Recorrió la habitación con la mirada, buscando cualquier otra cosa que se le pudiera estar olvidando, pero no vio nada, por lo que tomo la correa de Ares, el cual había estado muy pendiente de sus movimientos por la habitación y camino hacia él.

—Ahora silencio —le advirtió enganchándola en el collar —es hora de irnos —susurro, despidiéndose de todo lo que había vivido allí.

Tomo su bolsa y salieron de nuevo al pasillo, en dirección a las habitaciones del señor, continuaron más allá sin detenerse, hasta unas escaleras de servicio, semi ocultas al final del pasillo, que conducían a una puerta junto a los establos.

Era una suerte que hubiera descubierto aquella entrada a la casa, casi por casualidad la semana pasada, al ir ella misma a los establos a solicitar su carruaje, en lugar de ordenárselo a Jenkins.

Iba a echar de menos a ese estirado mayordomo y a su esposa, por lo bien que la habían tratado, pensó, con un poco de nostalgia.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente, ahora no tenía tiempo para tonterías. Debía concentrarse en salir de allí sin ser vista y alejarse lo más que pudiera u Oliver la encontraría y mataría a su hijo sin ningún remordimiento, se recordó, saliendo a la calle desierta y entrando en los callejones que la llevarían a una de las avenidas principales donde podría tomar un coche de alquiler o al menos eso esperaba.

Nunca había estado allí antes, pero tarde o temprano encontraría lo que buscaba, rogó en silencio para que fuera cierto.

Vio que un carruaje se acercaba y se lanzó hacia él.

—¿A dónde, milady? —la pregunto el cochero desde el pescante.

Fanny se paró en seco al oírle. ¿A dónde?, no había pensado a donde iría tras su precipitada huida de la casa.

No tenía a donde ir, ni nadie que la acogiera sin que Oliver lo supiera.

Bramfield sería el primer sitio donde la buscaría y los Morrison a quienes les preguntaría.

—Milady —insistió el cochero al ver que no respondía.

Piensa, se dijo a sí misma, una mujer sola con un perro sería fácil de localizar con tan solo unas cuantas preguntas en las casas de postas. Por lo que huir en un carruaje de pasajeros era una mala idea. Además, de que no la permitirían viajar con Ares y no lo abandonaría, él era el único que siempre había permanecido a su lado.

Alquilar un carruaje tampoco era una buena idea, aunque Ares pudiera viajar en él.

Todas las huidas de las que había oído hablar, siempre eran así, por lo que sería donde la buscarían.

—Milady, ¿se encuentra bien? —la pregunto cada vez más preocupado.

—Al puerto, a la salida de pasajeros —le dijo de repente recordando el gran número de embarcaciones que llegaban y zarpaban todos los días de sus muelles.

Con un poco de suerte nadie la buscaría allí.

—Está bien al puerto de Docklands.

Fanny subió al carruaje y se acomodó en el asiento.

Como no tenía adonde ir, daba igual el destino del barco, pensó acariciando distraída la cabeza de Ares, lo único que importaba era alejarse de Londres y de Oliver, cuanto antes, por lo que tomaría el primer barco que zarpara, decidió.

Tuvo la suerte de encontrar un billete para Irlanda en un barco que saldría en tan solo unos minutos, cinco días de travesía, si los vientos les eran favorables, la permitirían pensar con detenimiento sobre su futuro y el siguiente paso que daría, pensó entrando en su camarote junto con Ares.

Y al fin había decidido como viviría a partir de ahora, pensó, viendo como atracaban en el puerto de Dublín, ocho días más tarde, donde desembarcarían.

El capitán había sido tan amable de explicarla, como ir a Escocia, ahora solo tenía que buscar un barco que la llevara a Cairnryan y desde allí a Glasgow, a visitar a la única persona que podría ayudarla, o al menos eso esperaba.

Dos días más en barco y otros dos en carruaje, pero por fin había llegado a su destino, sin contratiempos.

Podría haber llegado antes, pero había reducido el tiempo de viaje en el carruaje por miedo a que el mal estado de los caminos pudiera dañar a su bebe.

Si lo perdía por apresurarse, nada de lo que había hecho y haría a partir de ahora tendría sentido, era mejor tardar un poco más que correr el riesgo.

Al fin y al cabo, tampoco es que tuviera ninguna prisa, ni nadie que la esperara, pensó sentada junto a la ventana en el salón principal de la posada, esperando a Lady MacQuoid, quien había tenido la gentileza de atender su petición de concederla una entrevista.

Esperaba haber hecho lo correcto al ponerse en contacto con ella y que no la delataría, pensó nerviosa y preocupada por el resultado de su conversación esa tarde.

Capítulo 19

—¿La señora sigue arriba? —pregunto Bramford adentrándose en el vestíbulo.

—Sí, milord —respondió Jenkins tomando su abrigo.

—Gracias —dijo caminando hacia las escaleras y subiéndolas de dos en dos.

Había tardado más de lo que esperaba en conseguir el dichoso tónico.

Según Madame Blanch, habían tenido que cambiar de proveedor, ya que los últimos que habían adquirido habían derivado en diversos embarazos no deseados entre sus chicas, tal y como, la había pasado a Fanny.

Este era más lento, pero más minucioso a la hora de prepararlos, le había asegurado Colette, por lo que no esperaban tener problemas.

Y había tenido razón, más de una hora le había tocado esperar a que preparara lo que deseaba, por lo que había decidido ir a almorzar al club mientras tanto.

No tenía ningún sentido quedarse allí de pie mirando como hacía su trabajo, pensó. Además, una conversación ligera con Pembury y otros caballeros del club le ayudarían a calmarse.

Porque todo acabaría bien al final, desharían el embarazo y gracias a los nuevos tónicos, encargados por Madame Blanch, podrían retomar sus encuentros sin riesgo.

Se recordó, alcanzando la puerta de sus aposentos y abriéndola, sorprendiendo a su ayuda de cámara, en su interior, mientras hacía sus tareas.

—¿Dónde está mi esposa? —le pregunto al verle contrariado.

—No estoy seguro, milord —le contesto terminando de doblar minuciosamente el pantalón antes de colocarlo en el armario —supongo que regreso a sus habitaciones.

—Claro —fue lo único que dijo antes de dar media vuelta y cruzar el pasillo de nuevo.

Abrió la puerta decidido, solo para encontrar a Zoe recogiendo la estancia.

—¿Dónde está?

—No lo sé, milord, quizás abajo en la salita —le respondió tras recuperarse de la sorpresa de verle allí.

—Uf —bufo volviendo a las escaleras.

Atravesó el vestíbulo como alma que lleva el diablo, ya se estaba cansando de ese juego, pensó exasperado.

—Alguien podría decirme donde se encuentra mi esposa —grito al comprobar que allí tampoco estaba.

—No ha salido de la casa, milord —le aseguro Jenkins acercándose a él —daré orden de que la busquen inmediatamente.

Bramford se volvió hacia él, furioso.

—Ya deberían haberlo hecho —le señalo yendo hacia la biblioteca, necesitaba una copa, pensó caminando directo hacia el mueble de las bebidas.

—Algunas veces usa la puerta de la cocina para salir a pasear con su perro —le recordó el lacayo de turno, apostado junto a la puerta.

—Esperemos que hoy no sea de esos días —refunfuño Jenkins consternado, al darse cuenta de que no había tenido en cuenta esa posibilidad al asegurar que se encontraba en la casa.

Bramford les oyó hablar, pero se abstuvo de intervenir, en cambio, se dejó caer en su sillón

favorito junto al fuego y saco un cigarrillo, decidido a espera a que la encontraran.

Tomo el periódico de la mesa, dispuesto a mantenerse ocupado y no dar rienda suelta a su mal humor por el inconveniente de que no estuviera en casa esperándolo.

Tenía que tomarse el dichoso tónico cuanto antes o no funcionaria, pensó desesperado, se lo había dejado bien claro antes de marcharse a buscarlo.

Esa forma de actuar, tan irresponsable, no era de su agrado, pensó furioso con su comportamiento, tendrían una larga charla al respecto cuando regresara.

No estaba dispuesto a tolerar ningún otro desafío así por parte de su esposa, por mucho que no le gustara lo que deseara que hiciera.

Al fin y al cabo, le debía obediencia ciega, por el amor de Dios, solo era una mujer, se recordó aún más enfadado.

Y él se había portado muy bien con ella al recogerla, al presentarla ante la sociedad bajo la protección de su apellido, asegurándose su éxito. Incluso le había devuelto la propiedad que había heredado de su padre, aunque le pertenecía por derecho al ser su marido y se había asegurado de que dispusiera de un cuantioso deposito de dinero a su nombre, suficiente para poder vivir sin volver a sufrir estrecheces el resto de su vida y así era como se lo pagaba.

Qué más quería de él, se preguntó furioso.

Lo único que la había pedido a cambio era que no tuvieran hijos y ella se negaba a interrumpir el embarazo.

Por el amor de Dios, tenían un acuerdo y él mismo se aseguraría de que lo cumpliera en cuanto regresara, se prometió a sí mismo, dándole un gran trago al whisky que se había servido.

Ya había anochecido cuando sonó la aldaba de la puerta principal.

—Buenas noches, Jenkins —saludo Pembury.

—Buenas noches, milord —le respondió con una ligera inclinación de cabeza —por aquí —dijo señalándole el camino —le advierto que el señor no está de muy buen humor.

—Vaya por Dios, ¿y a que se debe esta vez?

—A que esta panda de ineptos que tengo como sirvientes son incapaces de encontrar a mi esposa —exclamo airado saliendo a su encuentro.

—¿Lady Bramford ha desaparecido? —pregunto perplejo.

—Ha salido a pasear a su perro —le aseguro Jenkins quitándole importancia al asunto.

—¿A estas horas? —replico extrañado.

—A veces pierde la noción del tiempo y se retrasa —tuvo que admitir Jenkins muy a su pesar —, pero llegara antes de la cena, se lo aseguro, siempre lo hace.

—Eso espero —comento Pembury observando a Bramford, quien parecía estar a punto de perder la poca paciencia que tenía.

Bramford regreso a su asiento junto al fuego y se quedó embelesado observando el danzar de las llamas.

¿Dónde podía estar a estas horas?, se preguntaba una y otra vez en su mente, sin hallar una respuesta.

¿Y si algo la retenía?, ¿y si no podía volver a casa?, su preocupación iba en aumento con cada minuto que pasaba, sin conocer su paradero, tenía un mal presentimiento sobre todo este asunto, como si algo se le estuviera escapando, pero incapaz de ver que podía ser.

—Supongo que ya no saldremos a cenar —afirmo Pembury sentándose frente a él, tomando un cigarro de la caja del tabaco.

Bramford se volvió hacia él con una mirada asesina, cómo podía pensar en salir a divertirse con su esposa desaparecida.

—Solo era un comentario, tranquilo.

—¿Cómo puedo estarlo sin saber donde está y si está bien? —le pregunto dejándole ver su desesperación.

—Ya la conoces, seguro que ha ido a ver a sus amigos, los Morrison, y ha perdido la noción del tiempo, como dice Jenkins.

—No ha estado allí —le confesó —, mande a un lacayo a buscarla hace rato.

—¿No fuiste tú mismo? —le pregunto extrañado.

—Pensé que era mejor estar aquí cuando regresara.

—Bien, entonces enviaremos a más lacayos a recorrer Londres en su búsqueda —decidió —¿Dónde más podría haber ido?

Bramford le miro desconcertado, cómo no se le había ocurrido antes, pensó desesperado, hacía horas que podía haberlos enviado y ya estaría en casa a salvo y lo más importante, se habría tomado el dichoso tónico, eliminando el problema.

—Jenkins, reúna a todos los lacayos —grito desde la biblioteca —saldrán a buscar a mi esposa.

—Bien, hagamos una lista de los sitios a donde suele acudir y de las personas que conoce en la ciudad, a quien haya podido ir a visitar —le propuso Pembury sentándose tras el escritorio y tomando la pluma para escribirlos.

—De compras a New Bond.

—Descartado, las tiendas ya están cerradas a estas horas.

—Al Club de los Eruditos.

—Bien —comento anotándolo.

—A casa de los Kedington.

—Perfecto, ¿alguien más a quien pudiera visitar?

—Que yo sepa no —comento pensativo —no ha establecido una gran amistad con nadie en especial, al menos que yo haya notado.

Pembury hizo una mueca al oírle, la verdad es que la Marquesa trataba a todo el mundo de manera superficial, la costaba confiar en la gente y abrirse a ella.

Podría decirse que era bastante tímida, pensó.

—Se fue con Ares —recordó Bramford de repente —así que podrían haber ido a cualquier parque de la ciudad.

—Es un poco tarde para pasear por el parque —opino Pembury —, pero aun así enviaremos a alguien a cada uno de todos los parques de Londres, espero que tengas lacayos suficientes.

—No habrá problema, milord —le aseguro Jenkins entrando en la biblioteca.

—Entonces distribúyalos y que salgan inmediatamente a buscarla —le ordeno Bramford tomando la lista que Pembury había confeccionado y dándosela.

—En seguida, milord —dijo volviendo al vestíbulo donde le esperaban.

Ambos le observaron salir, en silencio, antes de volver a sentarse junto al fuego a esperar noticias.

—Seguro que estará bien.

—No sé yo después de lo ocurrido esta mañana —le aseguro cada vez más preocupado.

Pembury se volvió a mirarle intrigado por su comentario.

Bramford decidió ponerlo al día de los últimos acontecimientos y el motivo de su discusión.

Pembury le escuchaba en silencio, haciéndose un mapa mental más amplio de la situación, puede que su amigo hubiera enfocado mal su desaparición, pensó recordando la tendencia de la Marquesa a no someterse a las órdenes de Bramford sin desafiarle para terminar haciendo que

cediera o cambiara su punto de vista para ajustarlo al suyo propio.

Todo esto parecía ser algo más que una simple salida para pasear al perro, a la vez que despejarse, tal y como, le habían dicho a su llegada.

Bramford se quedó en silencio, observando las llamas de nuevo, perdido en sus pensamientos.

Pembury le miro durante un instante antes de levantarse e ir hacia las puertas para llamar a Jenkins.

Tenía que comprobar si estaba en lo cierto y solo había una manera de hacerlo.

—Milord —contesto Jenkins a su llamada.

—Haga llamar a la doncella personal de la Marquesa, por favor —le pidió —necesito que suba a su habitación para examinarla detenidamente, asegurándose de que no falta absolutamente nada.

—En seguida, milord.

—No estarás pensando —le pregunto Bramford sorprendido al escucharle y comprender por donde iban sus pensamientos.

—No está de más asegurarnos.

—Maldita sea, debí haberlo pensado antes, en lugar de quedarme aquí sentado sin hacer nada —dijo saltando de su asiento y yendo hacia la puerta, presuroso.

—Puede que esté equivocado —dijo Pembury tras él.

—Ojalá, sea así, porque si no habremos perdido un tiempo precioso para encontrarla, incluso su rastro puede que ya se haya enfriado.

—Hombre, una mujer sola que viaja con su perro, no pasa desapercibida para nadie —le dijo irrumpiendo tras él en sus aposentos.

Bramford fue directo al primer cajón de la mesita de noche, donde sabía que guardaba sus ahorros. La bolsa que contenía las monedas, así como el cofre donde guardaba los billetes, había desaparecido.

Maldijo irritado, lanzándose sobre el pequeño escritorio junto a la ventana, tal y como sospechaba, la carpeta que la había dado con los documentos de los abogados, tampoco estaba en su lugar.

Ya no tenía ninguna duda al respecto, su esposa le había abandonado, apretó los puños con fuerza, maldiciendo lleno de ira.

—Milord, faltan dos de sus vestidos más gruesos, junto con sus antiguos enseres de aseo —le informo Zoe desde la puerta del ropero —así como una pequeña bolsa de viaje.

—Aparte de sus joyas, si no me equivoco.

Pembury volvió la mirada hacia el tocador donde estaba el joyero.

—Vacío —comento abriéndolo.

—Tengo que encontrarla —exclamo saliendo de nuevo al pasillo —esto no quedara así.

—Necesitamos un plan o nunca daremos con su paradero —observo Pembury tras él.

—Tú eres el de los planes, pero date prisa, no seguiré aquí esperando sin hacer nada.

Pembury le vio entrar de nuevo a la biblioteca e ir directo hacia el mueble de las bebidas, estupendo, pensó, un buen trago les vendría bien a ambos.

La noche iba a ser muy larga y frustrante si estaban en lo cierto.

—Lo primero avisar a Scotland Yard, para que organicen la búsqueda y nos orienten sobre lo que podemos hacer —dijo tomando asiento de nuevo tras el escritorio para escribir la misiva —, ellos tienen más experiencia que nosotros en estos casos.

—Buena idea —dijo reuniéndose con él y tendiéndole el vaso de licor que le había servido.

—Pero hay un inconveniente —le advirtió lacrándola antes de entregársela a Jenkins, que les

había seguido dentro de la estancia —es muy probable que por la mañana toda la ciudad se levante con la noticia de que la Marquesa de Bramford ha huido de la ciudad abandonando a su esposo.

—Sobreviviré al escándalo si es necesario —le aseguro —lo único que importa en estos momentos es encontrarla cuanto antes.

—Está bien, aun así, les pediremos la máxima discreción —le aseguro Pembury, tendiéndola la nota a Jenkins.

—Yo mismo la llevaré inmediatamente —se comprometió, sintiéndose culpable por todo lo sucedido.

Pembury observo a Bramford recorrer la estancia como un león enjaulado, antes de volver a sentarse junto al fuego y darle un gran trago a su bebida.

Sí, iba a ser una noche muy larga, pero que muy larga.

Capítulo 20

Lady MacQuoid se había sorprendido al recibir su misiva, pero no tuvo ninguna duda a la hora de acudir a su reclamo.

—Milady —la saludo Fanny al verla acercarse a su mesa—me alegra mucho que hayáis podido venir.

—Por favor, llámame Scarlett —la pidió tras saludarla a su vez y tomar asiento frente a ella.

—Y vos a mí, podéis llamarme Fanny —dijo, una vez que el posadero se había retirado a por sus pedidos.

—He de decir que estoy intrigadísima por saber que os ha podido traer hasta aquí — confeso —. Además, sospecho que habéis venido sola.

—Así es —la confirmo —Bramford era imposible que me acompañara en este viaje.

—Pero no así vuestro perro, por lo que veo —dijo señalando a Ares tumbado a los pies de su ama, pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor.

—Nunca podría dejarlo.

—Ya veo.

En ese momento el posadero regreso con las jarras de aguamiel que le habían pedido y ambas guardaron silencio.

—Siento haberos molestado, milady, pero no se me ocurrió nadie más a quien pudiera recurrir —se disculpó por ponerla en semejante aprieto.

—Scarlett, por favor —la pidió de nuevo —contadme antes de que explote de curiosidad que os ha traído hasta mí.

—Ante todo he de pediros discreción —la suplico, mirándola a los ojos —como podéis imaginar, he huido de mi marido y no tengo ninguna duda de que me estará buscando.

—No puedo comprometerme a nada, sin saber antes el motivo de vuestra huida —la explico —tener en cuenta mi relación con Lord Pembury, que además es el mejor amigo de vuestro esposo.

—Cierto.

—No deseo tener que mentirle por vos, si no es estrictamente necesario.

Fanny se la quedo mirando durante unos segundos, con el alma en un puño. Si Lady MacQuoid decidía decirle a Pembury donde estaba, este se lo diría a Oliver, inmediatamente, y él no tardaría en encontrarla, una vez supiera por donde comenzar la búsqueda de su esposa descarriada.

Un escalofrío la recorrió la espalda solo con imaginarse enfrentándose a su ira, no solo por abandonarle, sino por insistir en tener a su hijo.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, debía confiar en Lady MacQuoid para salir de esta.

—Veréis, antes de visitar mi lecho, Bramford me confió que no deseaba tener descendencia —sintió como se ruborizaba al hablar por primera vez con una extraña de sus intimidades con su esposo —y yo estuve de acuerdo.

Lady MacQuoid oculto lo mejor que pudo su sorpresa, todos los hombres deseaban tener un heredero para su título, no conocía a ninguno de ellos que no fuera capaz de cualquier cosa para

conseguirlo.

Fanny decidió seguir contándola todo lo sucedido antes de que el valor para hacerlo la abandonase, por muy vergonzoso que la resultara tener que hablar de ello. No debía ocultarle nada si deseaba contar con su ayuda o al menos su consejo sobre lo que podría hacer a partir de ahora para que Oliver no diera con su paradero.

Lady MacQuoid la escuchaba con atención mientras pensaba en posibles soluciones a su problema.

—Y eso es todo —concluyo Fanny, su historia —¿Podréis ayudarme? —la pregunto desesperada.

Scarlett se tomó unos instantes antes de responder.

—Creo que sí, pero antes necesito que me prometáis algo.

—Lo que queráis.

—Que me informaréis una vez haya nacido el bebe y me permitáis ponerme en contacto con Pembury, para notificárselo —la pido no muy segura de que aceptará —. Hasta entonces guardaré vuestro secreto.

Fanny la miro calibrando si era aconsejable para ella y su hijo hace semejante promesa a cambio de su ayuda o era mejor que se marchara de allí y buscara donde comenzar una nueva vida, para ella y su retoño, por su cuenta.

Al fin y al cabo, estaba en Escocia, muy lejos de Londres y de Oliver.

—No os equivoquéis, tarde o temprano él os encontrará —la dijo adivinando sus pensamientos —o bien os cruzaréis con alguien que os reconocerá y le vaya con el cuento.

Fanny se estremeció al oírla, siempre viviría con el miedo de que eso pudiera ocurrir y eso la impediría disfrutar de su nueva vida.

Y lo peor de todo es que podría hacer infeliz a su hijo, con su obsesión a no ser descubierta, eso era algo que debía pensar muy detenidamente, si esa era la clase de vida que deseaba darle.

—Si deseáis tomaros un tiempo para pensarlo, puedo volver en otro momento, cuando estéis lista —la propuso al verla dudar tanto sobre su respuesta.

—No, por favor, solo decidme por qué haríais tal cosa.

Scarlett se tomó su tiempo con el fin de elegir bien las palabras para que entendiera los motivos de su petición.

—Por principios —la respondió, comenzando a enumerarlos —. Primero, una vez haya nacido, él no podrá hacer nada contra ello. Será padre lo quiera o no.

—Bueno, yo no estaría segura de eso.

—Seguro, segundo, en el caso de ser varón, sería el heredero al Marquesado y ni tú ni nadie tiene derecho a arrebatarle su herencia, ni sus raíces.

—Es decir, todo lo que le pertenece por derecho de nacimiento —termino Fanny por ella —si fuera niña, todo sería distinto.

—No del todo, la negarías su dote, la posibilidad de hacer un buen matrimonio, su presentación en sociedad —la fue enumerando —pero sobre todo saber quién es y el cariño de su padre.

—Ya te he explicado que Oliver no desea ser padre —exclamo irritada al darse cuenta de que no la había escuchado mientras la hablaba.

—Ahora, pero una vez que nazca el bebe, cambiara de opinión —la aseguro —o al menos deberíais darle la oportunidad de hacerlo, una vez la amenaza de interrumpir el embarazo haya pasado.

Fanny la miro aun dudando, quizás tuviera razón y Oliver cambiaria una vez que su hijo

llegara al mundo.

No debía pensar así, no podía basar su nueva vida, en la esperanza de que la quisiera de nuevo a su lado, no después de lo que había hecho, eso era algo que jamás sucedería, se dijo a sí misma convencida de ello.

—Solo os pido que me permitáis comunicárselo a Pembury y él decidirá que hacer con la información y si Bramford está listo para recibirla.

—Está bien, podréis comunicaros con Pembury una vez el bebe haya nacido —claudico, no muy convencida de que fuera lo mejor para ambos, pero dispuesta a arriesgarse.

Al fin y al cabo, quién era ella para negarle a un padre, a su hijo o a su hijo la posibilidad de crecer junto a él.

Solo esperaba que todo saliera bien, rezo en silencio, aunque aún faltaba mucho tiempo para eso, se recordó, sería mejor no darle más vueltas hasta que llegara el momento, si es que alguna vez se presentaba, decidió resuelta a no volver a atormentarse con las mil cosas que podrían salir mal.

—Estupendo, entonces necesitaré papel para escribir una misiva —dijo Scarlett volviéndose a llamar al posadero.

Fanny la miro extrañada por su petición, pero no dijo nada al respecto.

Scarlett esperó hasta haber lacrado la nota antes de volver a hablar.

—Bien, existe un lugar donde las mujeres, que por diferentes motivos se ven en la necesidad de abandonar la seguridad de sus hogares y ocultarse de sus parientes, donde pueden vivir seguras, sin ser molestadas. Un refugio de mujeres, por así decirlo —la explico —y a las que no todas las que lo necesitan tienen acceso. Es necesario demostrar lealtad al lugar para que no sea divulgado.

—Desconocía que pudiera existir un sitio así.

—No es algo que se vaya comentando en los salones de baile, como podéis imaginar —la replico airada —de ser así dejaría de ser un refugio para ellas.

—Perdonarme si os he ofendido —se disculpó al notar su enfado, sin saber muy bien cuál había sido su falta.

—Como os iba diciendo —dijo retomando el tema que las interesaba —deberéis dirigiros al norte, a la aldea de Laggan, para ser exactos. Una vez lleguéis allí, le entregaréis esta misiva a la mujer del párroco, en mano —dijo entregándole la nota —ella os contara más sobre el lugar y os llevara hasta allí, si os considera digna de entrar en el refugio.

Fanny tomó la carta y la guardo con cuidado en su bolso de mano.

—Debéis aseguraros de dársela solo a ella —la advirtió.

—No os preocupéis, así lo haré —la prometió.

—Os recomiendo que partáis lo antes posible, una mujer sola con un perro llama mucho la atención y estoy segura de que Bramford os estará buscando —la aconsejo —deberíais subir a por vuestro equipaje y partir.

—No os preocupéis, saldré de Glasgow enseguida —la confirmo —buscaré otro lugar donde pasar la noche.

—Bien, si queréis puedo acercaros a otra posada donde podréis alquilar un carruaje —se ofreció poniéndose de pie dando por terminada su entrevista —eso despistara a los secuaces que os anden buscando.

—Gracias, pero no me alojo aquí —dijo imitándola.

—Bien pensado —la alabo por su ingenio —entonces me marcho, espero recibir noticias vuestras tras el alumbramiento —se despidió recordándole su promesa.

—Las tendréis —la aseguro.

—Buen viaje, os deseo lo mejor —la dijo con sinceridad.

—Gracias por todo, milady.

Scarlett inclinó la cabeza antes de salir de la posada y regresar a su carruaje.

Ojalá todo la fuera bien, pensó un poco preocupada por ella, aunque no podía hacer nada más por ayudarla.

Se alegraba de que hubiera confiado en ella, prácticamente una desconocida, para que la ayudara a salir de aquel atolladero, en el cual se encontraba.

La Marquesa de Bramford siempre la había caído bien, por su valentía y coraje, tan escaso en las mujeres de su tiempo y que ella, personalmente, tanto envidiaba.

Fanny la vio marchar en silencio, antes de inclinarse a coger la correa de Ares.

—Hora de irnos —le dijo poniéndose en marcha y saliendo tras ella.

Glasgow era una ciudad grande, por lo que tenían una buena caminata hasta llegar a la posada donde se alojaba en realidad.

Pediría una cesta con el almuerzo y partirían, deseaba alejarse lo más posible, antes de que callera la noche y la impidiera seguir avanzando.

Al menos en esta ocasión tenía un destino definitivo a donde dirigirse y si todo salía bien, cosa que esperaba, pronto dejaría de viajar y podría establecerse en algún lugar a esperar la llegada de su hijo, pensó contenta por primera vez desde que partió de Londres.

Todo saldría bien, se repitió acariciándose su incipiente vientre con cariño.

Capítulo 21

Echaba de menos a Oliver, pensó mientras paseaba por las calles desiertas de la pequeña aldea sin nombre al atardecer, donde había residido los últimos ocho meses, con Ares correteando delante de ella.

Esa era la primera oportunidad que había tenido, para tomarse un poco de tiempo para ella desde que su pequeña Sarah había llegado al mundo tres semanas antes y todo gracias a la señora Odell, quien había insistido en quedarse al cuidado de Sarah mientras dormía.

Una vez que llego a Laggan y contacto con la esposa del párroco, todo había ido bastante bien, rememoro en su mente, recordando aquellos días de desazón y desesperanza.

Ella la había conducido aún más al norte, al pie de las montañas, hasta una gran fortaleza medieval, de la cual solo se conservaban sus enormes murallas, que aislaban a las mujeres que tras ellas se refugiaban del peligro que las acechaba en el exterior.

Una esperaba encontrar en su interior una aldea medieval primitiva, pero una vez traspasadas sus puertas te dabas cuenta de tu error.

Todo había sido modernizado e incluso derribado y vuelto a construir de acuerdo al avance de los tiempos.

Había dos grandes casas señoriales, una de ellas de uso exclusivo de los aristócratas escoceses, dueños de las tierras y otra a disposición de las mujeres que allí llegaban y no deseaban vivir solas o preferían seguir disfrutando de su opulencia y criados que las sirvan, como siempre habían hecho en su vida.

Mientras que otras, como ella misma, que valoraban su independencia, eran alojadas en las pequeñas cabañas de piedra que componían la aldea.

No es que fuera mucho, una cocina que hacía las veces de comedor, una sala de estar y dos dormitorios, suficiente para una mujer sola y sus hijos, como era su caso.

Contaban además con un gran almacén al final de la calle principal, junto a las puertas del norte, donde podías abastecerte de cualquier cosa que necesitaras y si no lo tenían, solo había que rellenar una simple solicitud para que fuera incluido en el siguiente envió.

También disponían de un local común que a Fanny la recordaba al Club de los Eruditos, regentado por las hermanas Smith, donde se concentraba gran parte de la vida social del lugar.

Sonrió al recordar las tardes de tertulia que allí había compartido mientras esperaba el nacimiento de Sarah.

Había llegado a encontrar la paz y casi la felicidad, encerrada entre esas grandes murallas, sonrió con pesar, pero no había pasado ni un solo día en que no se acordara de Oliver.

Cuantas veces se había sorprendido, a sí misma, hablándole en voz alta, contándole cualquier acontecimiento del día, mientras conversaban, en su imaginación, sentados frente al fuego las largas noches de invierno.

Le echaba de menos, le necesitaba en su vida, para sentirse plena y ser feliz.

Le amaba con todo su corazón, hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de ello.

Y desde que había nacido Sarah, la necesidad de llevarla junto a él, era cada vez más grande.

Sabía que tarde o temprano lo haría, solo era cuestión de tiempo reunir el valor necesario para regresar a su lado o al menos para intentarlo.

La seguridad con que Lady MacQuoid le había dicho que los hombres cambiaban cuando se convertían en padres la daba esperanzas para que las aceptara de nuevo.

Sabía que la haría pagar un precio por su huida, pero no la importaba hacerlo si con ello podía volver a amarle, como las semanas en las cuales fue su esposa, aunque él no la amara de igual modo.

Solo con tenerle cerca, todo lo que la pasara merecería la pena, se dijo cerrando los ojos por un momento, recordando su sonrisa traviesa y el brillo de sus ojos cuando la tomaba el pelo.

Sacudió la cabeza levemente, para apartar esos pensamientos de su mente, mientras abría la puerta de su humilde morada, obligándose a regresar al presente.

A su triste y solitaria vida sin él, pensó, sintiendo un vacío en su interior que ni siquiera Sarah podría llegar a llenar por más que la quisiera. Y por Dios, que la quería con toda su alma, lo había sacrificado todo por ella y nunca se arrepentiría de haberlo hecho, por muy dura y solitaria que la vida fuera en el futuro, pensó entrando de nuevo en la casa, seguida de Ares.

—Oh, ya has regresado —exclamo la señora Odell al verla —han traído esta carta para usted —dijo tendiéndole la misiva.

Fanny se quedó petrificada en el umbral de la puerta al oírla.

Solo una persona conocía su paradero y aunque había cumplido su promesa, con el pasar del tiempo había perdido la esperanza de recibir cualquier tipo de respuesta.

Vio que la señora Odell la miraba contrariada, instándola a que la cogiera.

Extendió la mano temblorosa y tomo la misiva, sintiendo un gran peso en el corazón, al tiempo que la embargaba la esperanza e incertidumbre por su contenido.

Oyó como la señora Odell murmuraba una despedida antes de marcharse y dejarla sola para enfrentarse a su futuro, fuese el que fuese.

Bramford permanecía sentado en la nueva mecedora, como tantos otros días, imaginándose a su esposa y a su retoño junto a él.

El balbuceo del pequeño y la dulce risa de su madre, retumbándole en los oídos, llenando su corazón de amor y cariño, pero sobre todo de paz.

Esa maldita paz que no había vuelto a alcanzar desde que ella se marchó, huyendo de él para salvar la vida de su hijo.

Cómo había podido ser tan estúpido, se preguntó por enésima vez a lo largo de aquellos interminables meses y lo peor de todo, es que si ella no se hubiera marchado como lo hizo, hubiera asesinado a su pobre hijo, sin un ápice de remordimiento.

En que clase de hombre se hubiera convertido, en un ser vil y ruin, que mataba a los de su propia sangre, como su padre había hecho. Sintió el sabor de la bilis en su garganta, por el asco que sentía de a sí mismo. Y por lo que había estado a punto de hacer, no pasaba un solo día en que no le diera las gracias a su querida Fanny por haberlo impedido.

El sonido de una suave llamada a la puerta antes de abrirse le saco de sus cavilaciones.

—Lord Pembury le espera en la biblioteca, milord —le informo Jenkins desde el umbral, sin decidirse a adentrarse en la estancia.

—No deseo ver a nadie en estos momentos, pídale que se marche —le contesto con voz monótona.

—Ha dicho que trae noticias que debería conocer inmediatamente —insistió.

—Está bien, le recibiré en unos minutos —le respondió dando por zanjado el asunto y levantándose.

Paseo la vista por la nueva habitación de juegos que él mismo había decorado, con la

esperanza de encontrarlos algún día y poder explicarles el motivo de sus actos, pero eso nunca pasaría, se dijo a sí mismo con pesar, convencido de ello.

Se encogió de hombros y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, con tanto cuidado como si su hijo estuviera en su interior y no quisiera despertarle.

—Qué te trae de nuevo a la ciudad, pudiendo estar en el campo con tu recién estrenada esposa —le pregunto Bramford entrando en la biblioteca.

—Lady MacQuoid —le contesto tomando los dos vasos de whisky que acababa de servir y yendo hacia él junto al fuego.

Bramford se paró en seco al oír el motivo de su visita.

—Creí que vuestra relación estaba más que terminada —comento extrañado de que Pembury decidiera mantenerla como su amante tras sus recientes nupcias.

—Por supuesto que si, por quien me tomas —le replico enfadado al ver lo que pensaba de él, debería conocerle mejor después de tantos años de amistad, pensó sintiéndose molesto.

—Eso suponía —respondió Bramford aun sin comprender.

—Debería marcharme y dejar que siguieras pudriéndote en la miseria solo por lo que acabas de insinuar —le regaño por su osadía.

—Está bien, mis disculpas, pero dado tu pasado con esa mujer, cualquiera creería que habéis retomado vuestra relación.

Pembury le miro aún más furioso que antes, al oírle hablar de su baja moral, pero se abstuvo de contradecirle, al fin y al cabo, Bramford había pasado por mucho en estos últimos meses y su juicio estaría nublado por ello, pensó, aun así no pudo evitar aclararle.

—Lady MacQuoid siempre ha sido una amiga y aún sigue siéndolo.

—Vale, ya me he disculpado —dijo tomando el vaso que le tendía y dándole un gran sorbo —siéntate, por favor, y cuéntame que te decía Lady MacQuoid en su carta —le invito, armándose de paciencia para escuchar la letanía que estaba seguro no le interesaría nada oír, pero que él insistía en contarle.

—Que eres padre de una preciosa niña, llamada Sarah, que tanto su madre, como ella, se encuentran bien y que deberás viajar a su casa en Escocia si es que deseas saber más de ellas —le informo del motivo de su visita.

Bramford sintió que todo giraba a su alrededor a un ritmo frenético, el corazón se le había parado en el pecho, apenas podía respirar.

Extendió las manos, dejando caer el vaso que sostenía y se agarró con fuerza al respaldo del sillón para no acabar en el suelo.

Pembury, bendito Pembury, había dicho …

—Que preparen el carruaje grande —grito como un poseso, cuando pudo recuperarse lo suficiente de la impresión —salimos inmediatamente para Escocia.

—Espera, no deberías precipitarte —le aconsejo Pembury preocupado al ver como se había tomado la noticia —. Date un momento para asimilar lo que te acabo de contar, no hay porque salir corriendo.

—Llevo más de ocho meses, sentado sin poder hacer nada más para dar con su paradero y tú me dices que no me precipite —replico mirándole como si se hubiera vuelto loco y le hubieran nacido tres cabezas de repente.

—Por eso mismo no deberías precipitarte —insistió.

—Jenkins —grito Bramford, en cambio, a punto de perder su escasa paciencia —¿dónde demonios está mi maldito carruaje?

—Llegará en tan solo unos minutos, milord, ya le están preparando —le contesto su

mayordomo desde el umbral de la puerta.

—Bien, quiero partir enseguida —le recordó cuáles eran sus intenciones —avise a mi ayuda de cámara para que me siga con mi equipaje en el otro carruaje —le ordeno —ah, que le acompañe mi administrador —recordó en el último momento —. Me reuniré con ellos en la posada donde nos detengamos a pasar la noche —concluyó volviéndose de nuevo hacia Pembury —¿contento? —le pregunto en tono burlón.

—Bien, algo es algo —le alabo su estrategia —, pero también necesitaras la dirección de Lady MacQuoid —le recordó —¿O piensas recorrerte toda Escocia buscándola?

—Si es necesario, no dudaré en hacerlo —le contesto convencido —, pero me vendría bien conocerla de antemano.

Pembury no pudo evitar echarse a reír, al tiempo que le tendía una nota con la dirección de Scarlett en Glasgow.

Bramford la tomo y la guardo con cuidado en el bolsillo de su chaqueta tras echarle un rápido vistazo.

—El carruaje ha llegado, milord.

—Que tengas buen viaje —dijo Pembury a su espalda yendo tras él —. Suerte, te deseo lo mejor.

Bramford se paró en su precipitada salida y se volvió hacia él.

—Gracias —le dijo con lágrimas en los ojos —por todo.

Ambos se dieron un fuerte apretón de manos como despedida, los dos sabían que la próxima vez que se vieran las cosas habrían cambiado.

Para bien o para mal, eso aún estaba por verse y la Marquesa tendría mucho que decir al respecto, pensó Pembury apiadándose de su amigo cuando se enfrentara a ella.

Ya podía tener un buen motivo para intentar hacer lo que pensaba hacer, el cual él desconocía o ella nunca lo perdonaría, ni en el mejor de los casos.

Bramford soltó su mano y salió como alma que lleva el diablo, subió de un salto en el carruaje e inicio la marcha, no tenía ni un minuto que perder ni tampoco deseaba hacerlo.

Tenía un largo e incómodo viaje por delante, el estado de las carreteras del norte en estas fechas no era el más idóneo para transitarlas, pero el poder encontrar a su esposa y su hija, hacía que cualquier sacrificio mereciera la pena.

Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento, cerrando los ojos, dejando a su mente imaginar como sería su reencuentro.

Por primera vez en mucho tiempo, una tímida sonrisa asomaba a sus labios mientras se quedaba dormido acunado por el traquetear de las ruedas en el camino.

Capítulo 22

Bramford llevaba más de media hora sentado, sin saberlo en la misma silla que meses atrás ocupo su esposa, mirando a través de la ventana la llegada de Lady MacQuoid.

No había querido ir a su casa directamente, tal y como era su primera intención, para no ponerla en un aprieto frente a su marido, por lo que la había escrito una carta, nada más llegar a la ciudad, citándola en la posada donde se alojaba.

Ni siquiera había recibido respuesta, por lo que no podía estar seguro de que viniera a su encuentro, se revolvió en la silla, molesto, solo con pensar que no le atendería.

Tomo su jarra de aguamiel y le dio un gran sorbo, también era posible que no estuviera en la ciudad o que tuviera otro compromiso, por el que no podía atenderle, pensó tratando de calmar su impaciencia por el retraso de su llegada.

Estaba a punto de llamar al posadero para pedirle otra jarra, cuando un discreto carruaje se detuvo en el patio de la posada, llamando su atención, inconscientemente, un mozo bajo del pescante y fue a abrirle la portezuela a su pasajero, que no resulto ser otra persona que Lady MacQuoid, al fin había llegado.

Bramford tomo varias respiraciones profundas para calmar su impaciencia, pasara lo que pasara, debía convencer a Lady MacQuoid de sus buenas intenciones para que le revelara el paradero de su esposa, pensó armándose de paciencia, eso sería mucho más rápido y satisfactorio que si tenía que recorrer toda Escocia él mismo en su búsqueda.

Suponiendo que fuera allí donde se ocultaba y Lady MacQuoid no fuera solo una persona conocida a quien había acudido en su huida, pero no permanecía cerca de ella, tal y como se temía, tras darle muchas vueltas al papel de la dama en este embrollo.

Había tenido mucho tiempo para pensar, encerrado en el carruaje, los seis días que había tardado en llegar a su destino y eso que habían viajado sin apenas descanso desde que salieron de Londres.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, al tiempo que Lady MacQuoid entraba por la puerta de la posada, se puso de pie para recibirla.

—Milady, le doy las gracias por acudir a mi encuentro —la saludo con una ligera inclinación de cabeza —espero no haberla ocasionado ninguna disputa con su esposo, por mi atrevimiento al reclamarla.

—No os preocupéis, milord, Angus es muy comprensivo con mis amistades, a quien vos no podríais ofenderle —le respondió devolviéndole el saludo y tomando asiento frente a él —además de que conoce el motivo de vuestra visita, incluso deseaba acompañarme para conoceros.

Bramford estuvo a punto de caer al ir a sentarse de nuevo en la silla al oírla y la miro contrariado.

¿Por qué motivo sabría su esposo el motivo de su visita?, le miro confundido.

—Entre los miembros de su clan circula un rumor de que hace años, un malvado Marqués inglés, envió a su heredero a sus tierras para reeducarlo, ordenando sesgarle la vida al ver que continuaba sin adquirir la educación que su progenitor deseaba —le contó con voz monótona, muy pendiente de su reacción.

Bramford trago saliva con dificultad al oírla, por supuesto eso era Escocia y su esposo el Lair

del antiguo clan de los MacQuoid en las altas y recónditas Highlands.

El lugar elegido por su padre para encerrar a su hermano por su falta, debería haber supuesto que algo así ocurriría y estar preparado para ello, pero Lady MacQuoid le había sorprendido con la guardia baja con sus palabras.

Dudaba mucho de que no se hubiera dado cuenta de como le afectaban, sobre todo al oír por primera vez la historia de su fallecimiento, de alguien distinto a su padre.

Aunque no debería sorprenderle que hubiera ordenado su ejecución, ese era el verdadero motivo por el que su hermano tuvo que huir y enrolarse en el ejército, pensó no sorprendido de ello.

Siempre supuso que tanto su padre como su hermano, le habían ocultado muchas cosas, las cuales carecían de importancia en esos momentos, pensó regañándose a sí mismo por permitir que aquella mujer le alejara de lo verdaderamente importante, con sus cuentos ocurridos hace tantos años.

Si deseaba respuestas a los interrogantes, que esta nueva versión de la historia, le habían despertado, ya tendría tiempo después de encontrar a su esposa y a su hija, para resolverlos.

Además, tenía la sensación de que Lord MacQuoid poseía toda la información que necesitaba para ello.

Sacudió la cabeza y aparto cualquier otro pensamiento de su mente que no fuera el tema que le había llevado hasta allí.

Lady MacQuoid ya no tenía ninguna duda de quién había sido el misterioso Marqués, ni porque Angus le había contado aquella historia cuando supo que acudiría a su llamada.

Aunque le había ocultado las partes más dolorosas y el papel de Angus en ella, él ya la conocía de primera mano, debía ser poco más que un chiquillo en aquellos tiempos, se le veía terriblemente afectado.

Sentía haber tenido que perturbarle así, pero debía estar segura de quién era en realidad antes de revelarle el paradero de su esposa, la cual había confiado en ella su seguridad y no pensaba defraudarla, devolviéndola a un hombre que no la cuidaría como se merecía.

—No soy mi padre —afirmo categórico mirándola directamente a los ojos —aunque mis intenciones, en un momento determinado, puedan asemejarme a él.

Bramford no estaba dispuesto a darla ninguna explicación más sobre sus actos, ya había reconocido ante ella, el tipo de sangre que corría por sus venas, lo que ocurriera a partir de ahora sería solo un voto de confianza que no sabía siquiera si merecía.

—Como debéis suponer, debo estar segura de que no las haréis daño a ninguna de las dos.

—Tenéis mi palabra de caballero —dijo muy serio —ahora debéis de valorar si os es suficiente o no, como para confiar en mí.

—Solo una pregunta más —le pidió —, por favor, concedérmela.

—Está bien, pero no prometo respondérosla.

—¿Conoce Lady Bramford la historia?

Bramford se quedó unos minutos en silencio antes de responder, tratando de encontrar las palabras precisas sin revelarle nada más de su vida privada, ni de la de Fanny a manos de su padre, si no era estrictamente necesario.

—Lo desconozco —la respondió con sinceridad —estuvo bajo la protección de mi padre durante muchos años, por lo que pudo llegar a conocer el tipo de hombre que era.

—Entiendo —dijo sin entender nada en realidad.

Le miro pensativa tratando de tomar una decisión en cuanto a revelarle la información sobre su esposa o no, al tiempo que se volvía a llamar al posadero para encargarle su bebida.

Ambos se mantuvieron en silencio expectantes, hasta que este regreso para servirlos.

—¿Y bien? —la pregunto, comenzando a perder la esperanza de que le diera la información que buscaba.

—No sé donde está vuestra esposa —le confesó —, pero puedo hacerla llegar un mensaje de vos.

Bramford dio un respingo al oírla, no sabía donde estaba, no lo sabía, todo esto no había servido de nada, ellas seguían tan lejos de su alcance como antes de comenzar aquel maldito viaje.

—Dejar que me explique — le pidió al verle tan enfadado.

—Adelante.

—Vuestra esposa, acudió a mí en busca de consejo sobre donde se podría ocultar de vos y sentirse segura —comenzó Lady MacQuoid a contarle su entrevista, en aquella misma posada, meses atrás.

Bramford permaneció en silencio atento a sus palabras, no podía hacerse una idea del estado emocional de su esposa en esos momentos, por más que lo intentaba.

Parecía estar muy segura de lo que hacía y decidida a seguir adelante con su vida sin él, es todo lo que pudo adivinar, por el modo en que Scarlett relataba lo que hablaron.

—Así que en realidad no conocéis su paradero —concluyo por ella, sintiéndose decepcionado.

—No.

—Pero si podéis contactar con ella a través de otra persona, ¿me equivoco?

—Exacto, puedo hacerla llegar una carta vuestra si lo deseáis —le propuso, tomando su jarra y dándole un buen sorbo, sentía la garganta reseca de tanto hablar.

—Por supuesto —afirmo categórico —si me dais unos minutos, subiré a mi habitación para redactarla —dijo poniéndose en pie.

—Me temo que se nos ha hecho muy tarde y he de volver a casa antes de que anochezca —señalo Scarlett desviando la mirada hacia la ventana —los caminos no son demasiado seguros en estos momentos, dada la tensión política y la hambruna que sufrimos por las malas cosechas del año pasado.

—¿Entonces? —la pregunto contrariado.

—Enviármela a mi casa y yo se la haré llegar —le prometió —. Después de lo cual deberéis marcharos a Edimburgo y alojaros en este hotel —le tendió la nota que había preparado con la dirección —a esperar su llegada.

—¿A Edimburgo?

—Sí, estaréis más cómodo allí para la larga espera.

Bramford la miro furioso, a qué se refería con larga espera, se preguntó, no estaba dispuesto a volver a quedarse sentado durante días interminables esperando a que apareciera.

—Tener en cuenta que debo enviar la nota a un tercero, que a su vez se la hará llegar a Lady Bramford y que esta deberá prepararse para viajar, durante días, con un bebe de apenas unas semanas —le explico la situación a la que debería enfrentarse a partir de ahora —. Eso, suponiendo, que ella desee atender vuestra petición y acceda a reunirse con vos en Edimburgo.

Bramford pensó detenidamente en sus palabras, tenía que reconocer que existía la posibilidad de que no acudiera a su encuentro y si lo hacía, no sería tan rápido como él deseaba.

—De cuanto tiempo estamos hablando.

—Yo calculo y es una estimación —le aclaro— que si no habéis sabido nada de ella en los próximos dos meses podéis pensar que no desea veros y regresar a Inglaterra.

—Vendrá —la aseguro no muy convencido de ello —, pero porque no puedo esperarla aquí, no lo comprendo—volvió a insistir en el tema.

—Es mejor que sea en una ciudad donde ella se pueda sentir segura de poder marcharse si decide no regresar a vuestro lado tras escucharos.

—Eso no ocurrirá.

—Aun así, es mejor ofrecerla tal seguridad con el fin de que se decida a veros —insistió.

—Está bien iré a Edimburgo —claudico, la verdad es que estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa con tal de encontrarla.

—Entonces yo me despido —dijo Scarlett poniéndose de pie —espero que todo salga de acuerdo a vuestros deseos.

—Gracias por todo, mañana a primera hora os entregarán la misiva —se despidió, levantándose, para acompañarla hasta el carruaje.

Bramford se quedó allí plantado, viendo como este desaparecía, calle abajo, alejándose hacia su destino.

Dos meses, pensó resignado, tendría que permanecer aún dos meses más viviendo esa pesadilla, día tras día, no tenía ni idea de como iba a resistir semejante calvario.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente y conservar un poco de esperanza a la que se pudiera aferrar en los días venideros.

Era hora de volver a sus habitaciones y redactar la nota que la haría volver a su lado.

Mañana recogería sus escasas pertenencias y retomaría su viaje, en esta ocasión a Edimburgo, con un poco de suerte, ese sería el final del camino y cuando volviera a subir a su carruaje, sería para volver a casa con su familia a su lado, sonrió tímidamente imaginándoselo.

Capítulo 23

Al fin, después de cuatro días de viaje, habían llegado a Edimburgo, casi dos semanas después de que recibiera su nota, pensó Fanny de pie en la acera, mirando la fachada del hotel donde supuestamente Oliver la esperaba.

Ojalá, no se hubiera marchado al ver su demora, sintió que Sarah se revolvía en sus brazos, reclamando su atención y bajo la mirada para observarla.

Llevaba más de media hora despierta esperando su comida, no era de extrañar que estuviera nerviosa, más la valía darse prisa y llegar pronto a sus habitaciones o se pondría a llorar a pleno pulmón, pensó caminando hacia la entrada sin mirar atrás.

Los lacayos que había contratado para el viaje se ocuparían de su equipaje y de Ares, pensó, caminando directamente hacia el mostrador de recepción.

—Buenas tardes, desearía una habitación con sala de estar, por favor, —le pidió al caballero uniformado que se encontraba tras él.

—Disculpe, pero este no es el lugar más adecuado para usted —la dijo recorriendo de arriba abajo, con la mirada, su pobre vestido de paño envejecido —un par de manzanas más adelante encontrará el alojamiento que solicita, si me permite la buscaré un carruaje.

Fanny sintió que enrojecía bajo su escrutinio, no era la primera vez que le negaban el acceso a los establecimientos más opulentos de las ciudades por las que había viajado por su humilde aspecto, despreciando su dinero. Normalmente, no la importaba alojarse entre la alta burguesía, en lugar de entre sus pares, ya que su compañía siempre le era más de su agrado, pero esta vez no estaba dispuesta a marcharse.

—Me temo que eso es imposible —le contradijo con la voz tan altanera, como la mejor de las grandes matronas de Londres, por la ofensa recibida —mi esposo, Lord Bramford, está alojado aquí esperando nuestra llegada —le informo acunando a Sarah, quien estaba a punto de explicarle a ese señor, tan desagradable, lo que opinaba de su desprecio.

Fanny vio como palidecía al oírla y casi sintió pena por él, casi.

—Discúlpeme, milady —dijo con una inclinación de cabeza —Lord Bramford ya tiene habitaciones reservadas para usted y su retoño —la informo haciéndole señas al lacayo más cercano para que se acercara —, acompañe a Lady Bramford a las habitaciones del Marqués —le pidió.

—Milady.

—Mi esposo se encuentra en el hotel —quiso saber antes de marcharse.

—Ha salido, milady, pero irán a buscarle inmediatamente.

—No hay prisa, no hay ninguna necesidad de molestarle, solo para informarle de mi llegada —le aseguro, nerviosa, ante la perspectiva de verle —ocúpese de que suban mi equipaje —le pidió antes de seguir al lacayo que ya se adentraba por el pasillo.

Oyó a Sarah emitir un ligero gemido lastimero, era su último aviso antes de hacer retumbar las paredes del hotel con su llanto.

La verdad es que se había portado muy bien durante todo el viaje, salvo porque no la sentaban bien las tomas con el traqueteo del carruaje, siempre acababa echándolas y con unos gases terribles, lo que los había obligado a buscar una posada con un saloncito privado donde

alimentarla, lo cual había retrasado considerablemente su llegada.

El resto del tiempo se lo pasaba durmiendo plácidamente en su canasto de mimbre, que hacía las funciones de cuna, junto a su asiento, mientras viajaban.

El cual era todo lo que necesitaba por el momento, cuando llegaran a casa ya se ocuparía de comprar todo el mobiliario y enseres que habían tenido que dejar atrás en su cabaña en el refugio.

Tan solo la ropa y algunos objetos personales las acompañaban, por lo que su equipaje era bastante ligero para ser una Marquesa que viajaba con un bebe. Ni siquiera un criado o una doncella que las atendiera, no era de extrañar que aquel estirado empleado las hubiera tomado por unas pobretonas, que se habían colado en su establecimiento, pensó con una sonrisa en los labios.

Oyó la respiración de Ares a su espalda y volvió la cabeza para mirarle con cariño, parecía que los perros podían entrar con mayor facilidad que las personas en ese hotel, pensó entrando en la estancia del primer piso que el lacayo la indicaba, abriendo la puerta.

Fanny pudo ver que se trataba de una salita privada decorada con muy buen gusto, un sofá color burdeos con dos sillones enfrente, a ambos lados de la encendida chimenea, invitaban a conversar durante las veladas, antes de retirarse.

Una mesa redonda, dispuesta para seis comensales y un pequeño escritorio bajo el gran ventanal, completaban la estancia, salvo por la pequeña cuna colocada junto a la ventana cerca del fuego.

Fanny abrió los ojos, sorprendida, acercándose despacio para comprobar que no fuera un sueño, detrás de ella podía oír el ajetreo de los lacayos que entraban con su equipaje y se marchaban en silencio.

Se inclinó un poco para verla más de cerca, parecía estar totalmente equipada, extendió la mano con cuidado para tocar el mullido colchón y el suave cojín que hacía las veces de almohada, incluso el cortinaje, de la más fina seda, bordado con discretos girasoles amarillos, la cautivaron.

—Espero que sea de tu agrado.

Fanny saltó sobresaltada al oír la voz de Oliver a su espalda, lo que provoco que Sarah estallara en llanto.

Bramford abrió los ojos, consternado, era el peor padre del mundo, aún no había podido ver su carita y ya la había hecho llorar, eso no era un buen presagio, pensó apesadumbrado.

—Lo siento, no era mi intención asustarla —dijo tratando de disculparse.

—Tranquilo, no es culpa tuya, solo tiene hambre —le explico Fanny yendo hacia el sofá para sentarse —hace un buen rato que debería haber comido —le dijo desabrochándose el corpiño y acercándola a su pecho.

Bramford abrió los ojos entre sorprendido y avergonzado, no estaba muy seguro de si un hombre debía de estar presente en esos momentos y mucho menos lo que se suponía que debía hacer.

—Deja de parecer tan escandalizado y siéntate, esto nos llevará un rato —dijo mirándolo por primera vez después de tanto tiempo separados.

Bramford se acercó temeroso al sillón de enfrente y se sentó, sin dejar de observar a su mujer, amamantando a su hija por primera vez, era lo más bello que había visto nunca y sin duda lo que vería en su humilde vida, pensó complacido por tener el honor de contemplarlo.

—Oh, por favor, —exclamo al verle —siéntate aquí, te prometo que no te morderemos —le regaño —por el momento —le advirtió con una sonrisa.

Bramford hizo lo que le pedía y se sentó a su lado.

La verdad es que desde ahí podía ver mejor la preciosa carita de su hija, extendió la mano y la acaricio con un dedo su regordete moflete.

Sarah hizo una pausa en su comida al sentir su tacto y le miro sonriente antes de volver a seguir con lo que estaba haciendo.

—Lo siento —se disculpó con la voz ahogada por la emoción —yo …

—Respira.

Bramford tomo una respiración profunda tratando de recomponerse, había ensayado tantas veces en su mente todo lo que la diría cuando la viera, que sé lo sabía de memoria, pero ahora que había llegado el momento, su mente estaba en blanco y era incapaz de recordar ninguna de ellas.

—Te prometo …

—No —le corto tajante, en medio de la frase, con más dureza de la que pretendía —no he venido aquí en busca de vanas promesas que por una u otra circunstancia a lo largo de la vida, uno se ve en la necesidad de romper —le explico.

—Nunca la rompería—replico ofendido de que dudara de su honor.

—No me interesan tus palabras, sino tus actos —insistió en defender su postura —solo ellos determinarán donde estaré mañana —le dejo bien claro cuáles eran sus intenciones.

—Así que no has venido para quedarte —afirmo compungido al oírla.

—Eso dependerá de ti y de los acuerdos que alcancemos más tarde.

La conversación se vio interrumpida con la llegada de Ares, seguido del lacayo, a quien le había pedido que le sacara a pasear tras su encierro en el carruaje.

—Puede dejarla sobre la mesa y retirarse —dijo Fanny al verle indeciso con la correa en la mano —ya le avisaremos si necesitamos sus servicios.

—Milady, milord —se inclinó en una ligera reverencia —que tengan una bonita tarde —les deseo antes de salir de nuevo y cerrar la puerta a sus espaldas.

Fanny se fijó en como Oliver acariciaba la cabeza de Ares, susurrándole palabras cariñosas mientras este ronroneaba como si fuera un gato, feliz por la atención recibida.

Ese hombre que disfrutaba en compañía de los animales, llegando a amarles, tenía muy poco que ver con el Bramford que había salido de sus aposentos la última vez que le vio.

Y Ares le adoraba, lo que la llevaba a pensar que en el fondo tenía buen corazón, solo tenía que tener paciencia para buscarlo en su interior y sacarlo a la superficie.

Noto que Sarah abandonaba su pecho, saciada, se cubrió, antes de incorporarla sobre su hombro para que echara los gases, lo cual llamo la atención de Oliver sobre ellas de nuevo.

—Ya ha terminado.

—Por el momento, sí, hasta dentro de tres o cuatro horas, que tendrá hambre de nuevo, lo cual es agotador —le confesó.

—Supongo que te acompaña su niñera o al menos una doncella para que te ayude —dijo extrañado al no ver a nadie más en la habitación —deja que vaya a buscarla.

—No, hemos venido solas—le confesó —en realidad, salvo por la señora Odell, mi vecina, que nos visitaba alguna vez y se quedaba con ella si estaba dormida, mientras yo salía a pasear o hacer algún recado —le explico —yo misma siempre me he ocupado de todo.

Bramford la miro escandalizado, a la vez que preocupado por todo el trabajo que eso suponía.

—Bajaré ahora mismo a recepción y solicitaré los servicios de una niñera —declaro poniéndose de pie.

—No, por favor, no deseo una niñera provisional con la que Sarah pudiera encariñarse para

tener que despedirse de ella en unos días, cuando nos marchemos.

Bramford se volvió hacia ella aún con el pomo de la puerta en la mano, entendía su punto de vista, el cual él mismo compartía, pero tenía que descansar en algún momento, pensó preocupado por su salud.

—Vamos, la mayoría de las mujeres se ocupan ellas mismas de sus hijos —le dijo—. Además, en cuanto nos establezcamos definitivamente, contrataré los servicios de una niñera junto con el de algunos criados —le informo de sus intenciones —me temo que me he mal acostumbrado durante el tiempo en que fui tu Marquesa y ya no deseo llevar todo el peso de la casa yo misma.

—No tenías sirvientes, allá donde estabas, para que te ayudaran —le pregunto confundido.

—No, preferí la privacidad de una pequeña cabaña que las comodidades de la casa señorial— le confesó.

—Típico de ti, no sé por qué me sorprendo —confeso, sentándose de nuevo a su lado.

—Toma, cógela, antes de que se duerma de nuevo —le dije extendiendo los brazos hacia él.

Bramford se retiró hacia atrás todo lo que puedo horrorizado.

—Por el amor de Dios, extiende los brazos —le exigió Fanny dejando a Sarah sobre ellos, pero manteniéndose cerca por si surgía algún problema poder cogerla de nuevo.

Bramford la agarró por instinto, aunque permanecía paralizado por miedo hacerla daño, era tan pequeña y parecía tan frágil, allí envuelta entre la manta que la cubría, con aquellos grandes ojos azules como el mar. Poco a poco se fue relajando y la acerco a su pecho, una leve sonrisa adorno su cara al sentir el latido de su corazón o eso pensó al verla.

—Hola, pequeña Sarah, soy tu padre —se presentó —un padre horrible que intento asesinarte antes de que llegaras siquiera a nacer y a quien odiarás cuando seas mayor y comprendas el alcance de mis actos.

Fanny sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al oírle.

—Un padre que se volvió loco por intentar cumplir la promesa que le hizo a un viejo moribundo en su lecho de muerte —le contó rememorando en su mente el momento, jamás compartido con nadie —. Que tuvo que ser privado de lo que más quería en el mundo para darse cuenta de lo estúpido que había sido solo con pensar semejante barbaridad.

Fanny se acercó más a él, hasta que sus rodillas se rozaron, colocando su mano sobre su brazo para confortarlo, mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas.

Ver a Oliver llorar, roto de dolor, hizo que ella misma se abandonara al llanto.

—Un padre que cada día da gracias a tu madre por su coraje y valentía, al alejarse de mí, permitiendo que hoy estés viva —confeso sin ocultar los sentimientos que le embargaban y amenazaban con desbordarle —. Un padre que os ama con locura, que no dudaría en dar la vida por vos o por vuestra madre, la mujer de mi vida.

Fanny contuvo el aliento al oírle, tantas veces había soñado con que él pudiera llegar a amarla, que todo aquello le parecía un sueño más, del cual despertaría para descubrir que estaba sola de nuevo.

Bramford levanto la cabeza y la miro a los ojos, dejándola ver su corazón y todo lo que albergaba en él.

—Te quiero —murmuro temeroso de su reacción.

Fanny solo pudo acercar sus labios a los suyos, para demostrarle todo el amor y la ternura que escondía en su corazón por él.

Sarah pateó en sus brazos, reclamando su atención de nuevo al verse privada de ella, lo que hizo que rompiera el beso para mirarla.

—Parece que no la gusta nada compartir —observo su padre sonriendo en ella.

—Será tan posesiva como su padre —se atrevió a vaticinar Fanny mirándola con cariño.

—Y tan hermosa como su madre.

Fanny le miro sorprendida de que él la considerara hermosa.

—Vámonos a casa —le pidió sintiendo la necesidad de estar ya allí, después de tanto vagar por el mundo.

—Necesitaréis descansar, es un viaje largo —protestó no queriendo exponerlas a nada que pudiera dañarlas.

—No, necesitamos un hogar donde podamos disfrutar de nuestra pequeña familia —le replico decidida —y quizás con el tiempo, si ambos lo deseamos, aumentarla de nuevo.

Bramford la miro con los ojos brillantes, por lo que aquello significaba, sintiendo su libido despertar, tras tantos meses reprimida.

Fanny, bajo la mirada hacia Sarah, que por fin se había quedado dormida para ocultar el placer que la producía, comprobar que aún la deseaba después de tanto tiempo.

—Es hora de acostarla en ese hermoso moisés que la has preparado —le dijo, en cambio, tomándola en sus brazos y levantándose.

—Mientras tanto iré abajo para preparar nuestro viaje a casa.

—Mañana, esta noche lo único que deseo es disfrutar de una buena cena y del lecho con mi esposo —le dijo arropándola y volviéndose hacia él.

Oliver cruzó la estancia de dos zancadas para rodearla por la cintura, atrayéndola hacia su pecho, antes de atraparla en un beso abrasador de deseo y placer, que ella le devolvió, entregándole su alma.

Había esperado mucho para tenerla de nuevo entre sus brazos y nunca más la dejaría ir, se prometió a sí mismo.

La vida carecía de sentido sin ella a su lado, tal y como había podido comprobar.

Fanny se dejó hacer, entregándose a él por completo.

Sabía que aún tenían mucho de lo que hablar, muchos temas que tratar y perdonar, el uno al otro, pero como le había dicho al principio de su conversación, no serían las palabras las que decidieran si tenían un futuro por delante o no, sino su actitud y esta había sido más satisfactoria de lo que había llegado a imaginar.

Tenían el resto de sus vidas para aclarar las cosas entre ellos, ahora era el momento de disfrutar del placer del lecho con su esposo, pensó rompiendo el beso y guiándolo hacia la puerta que suponía daba al dormitorio.

Oliver la siguió en silencio, más que dispuesto a complacerla.

Fin

Biografía:

Autora internacional de la saga “El Descaro de las Damas”, la cual la llevo al éxito, manteniéndola en los primeros puestos de ventas de su género.

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de los relatos ocultos en la historia y de las leyendas urbanas, que se transmiten de generación en generación, comenzando a coleccionarlas durante su adolescencia.